

ERLE STANLEY
GARDNER



PERRY MASON

EL CASO DE
LA HEREDERA
SOLITARIA



de

Un cliente encarga a Mason que identifique quien puso un anuncio personal bastante sospechoso. La anunciante resulta ser Marilyn Marlow, una joven que, al morir su madre, heredó el dinero que le había dejado un rico anciano al que cuidaba. Pero antes de que se haga el reparto de los bienes, los familiares del anciano intentan impugnar el testamento. Cuando Rose Keeling, la testigo clave en la impugnación del testamento muere, Marilyn es acusada, y Mason se encarga de su defensa.



Erle Stanley Gardner

El caso de la heredera solitaria

Perry Mason # 31

ePUB r1.0

Ronstad 28.04.2013

Título original: *The case of the lonely heiress*

Erle Stanley Gardner, 1948

Traducción: M. Gímenez Sales

Editor digital: Ronstad

ePub base r1.0



Guía del Lector

En un orden alfabético convencional relacionamos a continuación los principales personajes que intervienen en esta obra:

BARSTOW, Kenneth: Uno de los detectives más atractivos de la Agencia Drake... especialmente cuando se trata de interpretar el papel de un joven palurdo.

CADDO, Dolores: Esposa de Robert, dedicada a vengarse de las demás mujeres que forman parte de la vida de su marido.

CADDO, Robert: Editor de la revista «Corazones Solitarios» y psicólogo que vive gracias a su conocimiento del prójimo.

DRAKE, Paul: Jefe de la Agencia de Detectives Drake, colaborador de Perry Mason, siempre atareado sin poder comer ni dormir.

ENDICOTT, Palmer: Hermano de Ralph, sumamente sospechoso.

ENDICOTT, Parsons, Lorraine: Hermana del anterior, semejante a una estatua de hielo, con intensos sentimientos familiares (incluso la avaricia) y temerosa de la publicidad.

ENDICOTT, Ralph: Hermano del difunto George P. Endicott. Sus huellas dactilares son de suma importancia.

FURLONG, Ethel: Enfermera que sirvió de testigo para el testamento del difunto George P. Endicott.

HANOVER: Fiscal de distrito, verdadera pesadilla de Perry Mason.

HOLCOMB: Sargento de policía; terror de los sospechosos... y de los inocentes.

KEELING, Rose: Otra enfermera y testigo del testamento del difunto George P. Endicott.

MARLOW, Marilyn: Una heredera sin vocación para serlo, cuyo anuncio en la revista «Corazones Solitarios» desencadena la catástrofe.

MASON, Perry: Abogado criminalista, protagonista de esta novela,

cuyos métodos no suelen ser muy ortodoxos de acuerdo con la ley.

NILES, Paddington C.: Abogado de la familia Endicott, dispuesto a ayudar a sus clientes a impugnar el testamento del difunto, y furioso al ver que aquéllos se le han adelantado.

STREET, Della: Bella secretaria y colaboradora eficaz de Perry Mason... y enamorada en secreto de él.

TRAGG: Teniente de policía de la Brigada de Homicidios, que ha inventado nuevos y originales métodos para producir la angustia mental.

Capítulo 1

Perry Mason alargó la mano hacia la tarjeta que Della sostenía en alto al penetrar en el despacho particular del abogado.

—¿Quién es, Della?

—Robert Caddo.

Perry Mason estudió la tarjeta y sonrió.

—«Publicaciones Corazones Solitarios» —leyó en voz alta, agregando—: ¿Qué le pasa al señor Robert Caddo, Della?

—Una complicación —rió la secretaria—, derivada de un anuncio publicado en la revista que dirige.

Le entregó a Mason un ejemplar de la revista titulada «Corazones Solitarios».

—Parece una edición barata de un catálogo enviado por correo —comentó el abogado.

—Exactamente lo que es.

Mason arqueó las cejas.

—Bueno, casi lo que es —rectificó Della Street—. En las primeras páginas hay relatos de amor, y después una sección de anuncios clasificados, con una parte sin imprimir en el interior de la portada, que puede recortarse a lo largo de las líneas perforadas a taladro, convirtiéndola en un sobre de correos, con un mensaje en su interior. Y, según me ha contado el señor Caddo, todos los mensajes recibidos en su oficina, con la dirección clara y debidamente escrita, se envían al anunciante a cuyo apartado están dirigidos.

—Muy interesante —comentó de nuevo el abogado.

—Por ejemplo —continuó Della, abriendo la revista al azar—, aquí tenemos el apartado número 258. ¿Quiere usted ponerse en comunicación con el anunciante 258? Lo único que tiene que hacer

es recortar la portada posterior a lo largo de las líneas perforadas, escribir su mensaje, doblarlo, y cerrar el sobre, enviándolo por el medio que usted juzgue mejor a la oficina de la revista «Corazones Solitarios».

—Cuénteme más cosas del apartado 258 —sonrió Mason—. Bien, creo que nos divertiremos bastante con el señor Caddo.

Della Street levó el anuncio clasificado con el número 258.

«Dama refinada de cuarenta años, con educación rural, desearía ponerse en contacto con un caballero amante de los animales».

Mason echó atrás la cabeza y estalló en una carcajada. De repente, dejó de reír.

—¿Qué le ocurre, jefe?

—Que esto —explícole Mason— es cómico pero también trágico. Una solterona de cuarenta años, que se crió en el campo, está sola en la ciudad, sin amigos. Probablemente, tendrá uno o dos gatitos... Y además... Bueno, ¿qué aspecto tiene Caddo?

—Contará unos treinta y ocho años, de pómulos altos, orejas grandes, ojos azules, parcialmente calvo, una nuez muy pronunciada, de estatura elevada, pies grandes y se sienta rígidamente y con la espalda muy tiesa en la silla. Ni se apoya hacia atrás ni se relaja. Sólo con verle me ha puesto nerviosa.

—¿Y su problema?

—Me contó que no podía decirme nada, que su apuro se debía a ciertas complicaciones muy especiales y que tenía que explicárselo a usted personalmente.

—Bien, echémosle una ojeada —propuso Mason.

—Jefe, no tire la revista —le advirtió Della—. Gertie, nuestra telefonista, se muere por esa clase de historietas. Ahora quiere escribir cartas en respuesta a todos los anuncios, para consolar a los «Corazones Solitarios». ¡Es tan sentimental!

Mason había acabado de hojear la revista, con aire divertido.

—Parece de muy poca calidad —comentó—. Fíjese en el primer relato: «Un beso en la oscuridad», por Arthur Ansell Ashland. Y en la segunda: «Nunca es tarde para Cupido», por George Carthight Dawson... Bueno, veamos a nuestro buen amigo Caddo. Tal vez resulte un personaje muy desagradable.

Della Street asintió, salió a la sala de espera y reapareció con un

individuo alto y delgado, escuálido, con una sonrisa estereotipada y vacua destinada, al parecer, a aplacar y ablandar un mundo ante el que se hallase siempre a la ofensiva.

—Buenos días, señor Caddo —saludóle Mason.

—¿Perry Mason, el abogado?

Mason asintió.

Los gordezuelos y fuertes dedos de Caddo estrecharon la mano del abogado.

—Encantado de conocerle, señor Mason.

—Síntese —invitóle Mason—. Mi secretaria me ha contado que edita usted unas revistas —señaló la que tenía encima de la mesa.

—Exacto, señor Mason, muy cierto —asintió Caddo, con énfasis.

La luz procedente de la ventana incidió esplendorosamente sobre la amplia frente de Caddo, al inclinar éste la cabeza. Sus enormes orejas dominaban su rostro. Parecían moverse acompasadamente con la cabeza, como el movimiento de las orejas de un perro le ayudan a comunicar sus emociones.

—¿Cuál es, exactamente, el objeto de esta revista? —interesóse Mason.

—Es un medio de comunicación por el que las personas solitarias llegan a conocerse, señor Mason.

—¿Se vende en los quioscos?

—No, exactamente. Se vende por varios conductos. Y tenemos, bueno... yo tengo una pequeña lista de suscriptores. Oh, señor Mason, no hay nada tan cruel e impersonal como la soledad en una gran ciudad.

—Creo que este tema ya ha sido objeto de alguna expresión poética —observó el abogado con sequedad.

Caddo le miró rápidamente con sus grandes ojos, y luego sonrió con vaguedad.

—Sí, así lo supongo.

—Bien, estábamos hablando de la revista —le dijo Mason.

—En la misma se publican unas cuantas historietas que atraen a las personas que ansían tener compañía, personas que están solas en la ciudad, solas en la vida. Principalmente, nos dirigimos a las mujeres de cierta edad que temen no volver a ser amadas, a las personas solitarias, en la edad del pánico.

Caddo repitió una serie regular de inclinaciones de cabeza, como si un mecanismo interior acompañase sus declaraciones.

Mason abrió de nuevo la revista.

—Estos relatos parecen muy románticos, a juzgar por los títulos.

—Lo son.

Mason señaló la historieta titulada «Un beso en la oscuridad».

—Oh, no lea esa basura —protestó Caddo.

—Me limito a ver qué clase de narraciones publica usted. ¿Quién es Arthur Ansell Ashland? No recuerdo haber oído mencionar jamás el nombre de este escritor.

—Oh, nunca oír hablar de ninguno de los escritores que figuran en esta revista, señor Mason.

Caddo tosió despreciativamente.

—Ocasionalmente, es necesario, casi diría imperioso, tener una buena cantidad de historietas, todas ellas del mismo corte, aproximadamente.

—¿O sea, que las escribe usted mismo? —preguntó Mason.

—Arthur Ansell Ashland es un nombre de la casa —admitió Caddo con modestia.

—¿Cómo dice?

—La revista es propietaria del nombre. Podemos publicar lo que queramos con este nombre, que en realidad es un seudónimo.

—¿Quién escribió este relato?

Caddo enseñó los blancos dientes en una sonrisa.

—Yo —aseveró, inclinando varias veces la cabeza para confirmar su declaración.

—¿Y la siguiente, que firma George Carthight Dawson?

Las inclinaciones continuaron al mismo ritmo.

—¿También la escribió usted?

—Sí, señor Mason.

El abogado contempló la luz reflejada en la amplia frente del editor antes de proseguir.

—¿Y esta otra?

No se produjo el menor cambio de ritmo en las inclinaciones de cabeza.

—Por el amor de Dios —exclamó Mason—, ¿redacta usted solo toda la revista?

—Usualmente, sí. A veces, hallo una historia digna de ser comprada a un cuarto de centavo por palabra.

—Comprendo —Mason cambió de tono—. ¿Cuál es su problema?

—¿Mi problema? —gimió Caddo—. ¡Los tengo a millares! Claro, usted se refiere al asunto que me ha traído aquí.

—Efectivamente.

Caddo abrió la revista que Della Street había dejado sobre el despacho del abogado. Con habilidad, nacida de la práctica, fue pasando las páginas, deteniéndose en el anuncio 96.

—Aquí está el problema —indicó.

Entonces, le entregó la revista a Mason, el cual leyó en voz alta:

Soy una joven de veintitrés años, con una cara bonita y buena figura. Pertenezco a un tipo que todos afirman que debiera estar en Hollywood, aunque en Hollywood no opinen lo mismo.

Soy heredera de una fortuna bastante considerable. Estoy harta de la gente que sabe quién soy y que únicamente me corteja por mi dinero. Me gustaría formar otro círculo de amistades. Algún joven presentable de veintitrés a cuarenta años podría escribirme para manifestarme que sabe lo que siento. Así mismo, la persona que me escriba debe contarme algo de su pasado y antecedentes. A ser posible, con una foto. Comunicarse conmigo en el Apartado 96, de esta revista.

Mason frunció el ceño.

—¿Qué pasa? —inquirió Caddo.

—Se trata de una falsificación —replicó el abogado, ásperamente—. Ninguna heredera inteligente leería su revista. Una heredera con buen tipo estaría demasiado atareada y sería demasiado inteligente para perder el tiempo leyendo esta bazofia, y más aún para enviar un anuncio para su público. Es la clase más barata de explotación.

—Oh, lo siento —balbució Caddo.

—Claro está.

—Siento que usted no lo entienda —rectificóse Caddo.

—Creo que sí lo entiendo. Afirmaría que este anuncio es el

resultado de la colaboración de Arthur Ashland y George Carthigh Dawson.

—¡No, no, no, señor Mason, no! —protestó Caddo, levantando una mano con la palma hacia Mason, como un agente de tráfico tratando de contener a un peatón impaciente.

—¿No lo redactó usted mismo?

—Definitivamente, no.

—Entonces, alguien lo hizo por usted —acusó Mason.

—No, señor. Precisamente, ésta es la razón de mi presencia en este despacho.

—Está bien, hable, pues.

Caddo movióse con inquietud en su sillón, bajo la cínica e implacable mirada del abogado.

—Deseo que me crea, señor Mason.

—Cuénteme todos los hechos.

—En este negocio, como en cualquier otro, cuando uno inventa algo, otros siguen también sus huellas. En otras palabras, tengo imitadores, que son mis eternos rivales.

—Adelante.

—Uno de tales imitadores se quejó a las autoridades de que difundo la circulación de mi revista gracias a falsos anuncios.

—¿Y qué opinan las autoridades?

—Me advirtieron que debía retirar este ejemplar de la venta o demostrar que el anuncio es genuino. Y no puedo hacer ninguna de ambas cosas.

—¿Por qué?

—Primero, porque ésta no es una revista corriente, en el sentido usual. Es una especie de folleto. Imprimimos una buena cantidad y los mantenemos en circulación hasta que se venden todos o hasta que ha pasado demasiado de moda y ya nadie contesta a los anuncios publicados. Recoger todos los ejemplares e imprimir otros está fuera de la cuestión. Bien, supongo que podría hacerlo, pero resultaría muy costoso y enojoso, y haría falta realizar una gran tarea.

—Si el anuncio es genuino, ¿por qué no puede usted demostrarlo?

Caddo se acarició la mandíbula con unos dedos largos y

poderosos.

—Ahí está el quid del asunto —murmuró.

—Si no es un retruécano, prosiga.

La mirada de Perry Mason se dirigió furtivamente a su secretaria.

—¿Cómo dice?

—Nada, siga.

—Bien —prosiguió Caddo, acariciándose aún la mandíbula—, tal vez será mejor que le explique cómo trabajamos, señor Mason.

—Estupendo.

—La única forma en que un lector puede comunicarse con una de las personas anunciantes es comprando un ejemplar de la revista, a veinticinco centavos, escribir un mensaje en la página posterior y enviar dicha página a la oficina de la editorial, debidamente dirigida al apartado con el que desea comunicarse. Entonces, nosotros colocamos el mensaje en el apartado indicado. Nada más. Si el mensaje llega a nuestras manos por correo, es a riesgo del suscriptor. En realidad, siempre sugerimos que nos sea enviado personalmente, pero si el suscriptor vive fuera de la ciudad, suele utilizar el correo.

—Entiendo.

—Bien, la persona que desea sostener correspondencia con otras, responde a varios anunciantes. O sea, que escribe unas diez o quince cartas.

—¿Y tiene que adquirir un ejemplar de veinticinco centavos para cada carta?

—Exacto.

—¿Qué más?

—Tal individuo recibirá probablemente una respuesta a cada una de sus cartas.

—Con lo que el individuo deja de estar solitario y de ser un parroquiano de la revista.

—En realidad, no es así —sonrió Caddo.

—¿No?

—No. La persona que verdaderamente está sola suele estarlo a causa de su carácter, no por su ambiente. O sea, señor Mason, que toma usted una persona sociable, una persona muy popular en su

propia ciudad, y la instala en otra donde no conozca a nadie, y al cabo de un par de semanas tendrá ya una multitud de amistades. Naturalmente, con una mujer es más difícil, pero consigue el mismo resultado si es extrovertida. La gente que utiliza las columnas de mi revista, por lo general, son personas de edad madura, con algo en su interior que les impide trabar amistades y comunicarse con otras personas. Una chica normal está ya casada a los treinta años. La que pasa de esa edad estando aún soltera, no por vocación, es fácil que tenga una personalidad que la condene a la soledad, al ostracismo. En otras palabras, erige una barrera entre ella y sus emociones, entre ella y el mundo, pero anhela que alguien derribe tal barrera. A ella, en cambio, le faltan fuerzas para lograrlo.

Caddo hizo una pausa para mirar a Perry Mason y a Della Street, buscando su aprobación.

Luego continuó:

—Sin entrar en la psicología de las personas solas, y puedo asegurarle, señor Mason, que he realizado un profundo estudio de esta psicología, sigue en pie el hecho de que mis clientes son casi siempre muy regulares. Por ejemplo, tomemos el caso de una hipotética señorita X. Tal vez sea una solterona de cuarenta y dos o cuarenta y tres años. Es voluntariosa, está sola y es esencialmente romántica. Sin embargo, hay ciertas inhibiciones mentales que le impiden manifestarse, de modo que únicamente en su soledad mantienen sus pensamientos románticamente gregarios. Probablemente es la tía soltera de alguien, habiendo convivido quizá con su hermana casada, cuidando de sus hijos hasta que éstos han sido mayores, encontrando entonces como recompensa a sus esfuerzos que en aquel hogar ya no la necesitan ni la desean, o que empieza a ser cada vez más lo mismo que una criada. De modo que comienza a vivir por sí misma y se siente completamente perdida. Mientras vivía con su hermana casada llevó una existencia atareada, con un hombre en la casa, unos niños a quienes cuidar, y la sensación de hacer algo útil. Al vivir sola, le pareció encontrarse en alta mar, encima de un pecio flotante.

—Verdaderamente, habla usted con el mismo estilo que escribe Arthur Ansell Ashland —rió Mason—, pero continúe.

—Alguien le habla a nuestra hipotética señorita X de nuestra

revista. Pone un anuncio, un anuncio que entraña cierta desconfianza, usando los viejos tópicos sobre ser una mujer soltera muy refinada, de unos treinta años, que desearía mantener correspondencia con un caballero con el que congeniar. Bien, el caballero con el que sueña sólo existe en su cerebro. Y en realidad, ningún caballero de esta clase se digna contestar a los anuncios de mi revista.

—¿Y los que sí contestan a los anuncios?

—No hay tantos hombres como mujeres. En realidad, no son muchos. Naturalmente, recibimos muchas respuestas, pero algunas sólo son bromas. Es una auténtica diversión para muchos comprar varios ejemplares de mi revista, escribir que son viudos solitarios, con una posición envidiable, con un «Cadillac» y cosas por el estilo, y establecer una correspondencia con varias mujeres anunciantes, sólo en plan de broma. Claro está, es una crueldad.

—Pero cada carta le supone a usted veinticinco centavos de ganancia.

—Sin embargo —replicó Caddo sin entusiasmo, tras asentir—, me gustaría que esta práctica no continuase. Es cruel y perjudicial para mi negocio, pero yo nada puedo hacer para impedirlo.

—Hábleme de los tipos que no son bromistas —pidió Mason.

—Principalmente, se trata de solterones enamorados del sueño de su niñez, que murió o se casó con otro. Naturalmente, existen algunos aventureros interesados únicamente en los ahorros de la anunciante. En resumen, señor Mason, los hombres que contestan a los anuncios suelen ser unos granujas. No obstante, existe otra clase, la de los jóvenes procedentes del campo, torpes, desconfiados y tímidos. Quieren hacer amistades y no saben cómo.

—Y ayudan a la circulación de la revista.

—En efecto.

—Bien, eventualmente, su hipotética señorita X envía otros anuncios a su folleto.

—Exacto. Yo la mantengo como una lectora constante de mis historietas, que casi siempre tratan de una mujer mal comprendida, que finalmente conoce a un caballero ideal, perfecto, con el que se casa.

—¿Cobra usted por los anuncios?

—En efecto.

—¿Cuánto?

—Diez centavos por palabra, incluyendo el alquiler del apartado.

—Y al parecer, publica muchos anuncios.

—El negocio es provechoso, muy provechoso.

—¿Dijo que la publicación se efectúa a intervalos irregulares?

—Sí, según el número de anuncios recibidos, las respuestas y nuestros remanentes.

—¿Por qué no puede usted descubrir quién es la heredera, si es auténtica?

—A todo aquel que publica un anuncio, se le da un número, el mismo del apartado donde van a parar las respuestas. Son como los apartados de correos. Cada uno se abre con una llave. Al anunciante se le cobra el anuncio y se le concede el apartado por el período de treinta días, con una renovación de sesenta o noventa días, con el pago de una cuota adicional. La persona que posee la llave tiene acceso al apartado durante el tiempo cubierto por el pago de la cuota. Una vez ha expirado ésta, se cierra el apartado, y el anunciante puede llegar a un nuevo concierto con la oficina o dejar el apartado. Naturalmente, las cartas de los que contestan desde fuera de la ciudad llegan por correo.

»Bien —prosiguió Caddo—, en el caso de esta misteriosa heredera que colocó el anuncio en la revista, la situación resulta algo complicada. Tan pronto como comprendí que necesitaba comunicarme con ella, le escribí una carta contándole lo ocurrido y pidiéndole que me diese algún indicio de su identidad y de la sinceridad del anuncio.

Caddo calló al tiempo que se metía una mano en el bolsillo.

—En respuesta, recibí una misiva un tanto singular.

Le entregó la carta a Mason, el cual volvió a leer:

Distinguido señor:

Le envié el anuncio de buena fe, pagué lo estipulado y alquilé el apartado por treinta días. Actualmente, recibo bastantes respuestas. Prefiero realizar mis contactos de esta forma porque

deseo mantener el anonimato y no veo ningún motivo por el que deba sacrificar mi secreto a sus conveniencias. Puedo asegurarle que cuanto contiene el anuncio es verdad, por lo que no tiene usted por qué preocuparse a este respecto.

La carta firmaba simplemente: «Señorita Apartado 96.»

—¿No va al apartado en busca de las cartas? —quiso saber Mason.

—No. Envía a una mujer de rostro de hacha y labios apretados, que sabe conservar bien el incógnito.

—¿Está seguro de que no se trata de la propia heredera?

—Creo que no. En dos ocasiones he tratado de seguirla, pero supongo que soy un mero aficionado en tales lides. Me descubrió en seguida, deteniéndose ambas veces hasta que me vi obligado a situarme a su lado. Entonces, me dio un verdadero rapapolvo y añadiendo que antiguamente la habían seguido unos buenos expertos y que yo no era más que un inepto. Oh, fue un gran escándalo.

—¿Y si escribiera una respuesta al anuncio? —sugirió Perry Mason.

—Ya lo intenté. Pero esa mujer, esa heredera, parece muy lista y, por lo visto, descubre al momento las cartas falsas. Le escribí una docena de respuestas, asegurando que ansiaba conocer a una joven de sus circunstancias y su hermosura, y que el hecho de que fuese una rica heredera no significaba nada para mí. Que sólo me hallaba interesado en su encantadora personalidad.

—¿Y qué sucedió?

—Nada, porque no obtuve respuesta.

—¿Recibe muchas cartas esa joven?

—¿Muchas cartas? —gritó Caddo, moviendo las manos en un amplio gesto—. ¡El apartado está atestado de respuestas!

—¿Y a todas contesta con el silencio?

—Sí. Si de algo ha de servirme mi experiencia, estoy seguro de que no contesta a ninguna carta.

—Entonces, ¿por qué puso el anuncio en la revista?

—No puedo explicarlo. Pero no contesta a ninguna carta. Yo, por mi parte, le he escrito más de una docena.

—Bien, ¿qué desea que haga? —preguntó Mason.

—Sacarme de ese lío con las autoridades que me exigen que presente a la heredera o recoja los ejemplares de la revista.

Mason reflexionó unos instantes antes de decir:

—Probablemente, le resultaría más barato recoger la edición.

—No quiero hacerlo, a menos que me vea obligado a ello. Resulta caro y...

—Le resultará menos caro que mis servicios.

—También sería admitir mi culpa —replicó Caddo—, y aún hay otro motivo. Supongamos que esa joven es una heredera auténtica. Yo me he comprometido a publicar su anuncio. Si recojo los ejemplares, ella podrá demandarme. ¿Qué ocurrirá entonces?

—Tráigame una docena de ejemplares de su folleto y un cheque por quinientos dólares. Veré qué puede hacerse. Deberé actuar como detective.

—Desearía alguna garantía —pidió Caddo.

—¿De qué clase?

—Una garantía a cambio de los quinientos dólares.

—De acuerdo —sonrió Mason—. Le garantizo que le entregaré un recibo por el dinero y que le enseñaré una cuenta detallada del dinero gastado en la investigación. Y si, como sospecho, usted pretende utilizarme como un monigote en algún proyecto que se le ha ocurrido para aumentar la circulación de su revista, le enviaré una factura por cinco mil dólares... ¡y haré que me abone hasta el último centavo!

Caddo se acarició la barbilla.

—Esto resulta un poco fuerte.

—Exactamente.

—Por favor, créame, señor Mason. Obro de buena fe... ¿Para qué quiere las revistas?

—Para echarles una ojeada —repuso simplemente Mason.

—Ya tiene usted una —sonrió Caddo—, y por si piensa enviarle varias cartas a la heredera, aquí tengo unas cuantas portadas posteriores, cortadas de otros tantos folletos, que puede utilizar a su conveniencia.

Caddo abrió una cartera y sacó un par de docenas de portadas de las revistas.

—Entréguele a la señorita Street un cheque por quinientos dólares —le ordenó Mason—, y estudiaré el asunto.

Caddo asintió y sacó un talonario.

—Tenía razón —expresó—, esto resultará un poco caro.

Cuando hubo desaparecido de la estancia, Mason cogió la revista y la hojeó lentamente.

—Oiga esto, Della —exclamó, leyendo en voz alta el relato firmado por Arthur Ansell Ashland:

Una vez más, Dorothy se detuvo ante el espejo donde con tanta frecuencia examinaba su figura. Se había producido una mágica transformación. El rostro que la estaba mirando no estaba ya arrugado, envejecido ni macilento. El amor había borrado estas señales y los rasgos reflejados eran los de una mujer transformada, madura, sí, pero radiante, femenina, deseable en todos los aspectos.

Tras aquella cara se formó otro reflejo en el espejo, el semblante de George Cristholm, que había penetrado quedamente en la estancia y estaba de pie detrás de ella.

—¡Querida! —exclamó el hombre—. No desperdicies tu dulce beldad en ese cristal frío. Da media vuelta y mírame.

La mujer se volvió y unos brazos poderosos la envolvieron en un abrazo. Unos labios cálidos y ávidos parecían buscar los más hondos recovecos de su alma, exhalando olas de deseo, más potentes por haber sido denegadas tanto tiempo.

Della Street lanzó un silbido.

—En cierto modo, es un crimen —comentó el abogado—. En otro, probablemente sea un consuelo para los corazones solitarios. Si nuestro amigo Caddo juega de buena fe, la partida será interesante... De lo contrario, ¡que Dios le ayude!

Capítulo II

Perry Mason continuó hojeando la revista, y haciendo una pausa de cuando en cuando para leerle a Della Street otros fragmentos. Bruscamente, dejó la revista sobre la mesa.

—Della —exclamó—, vamos a componer una carta de amor.

Della Street, asintiendo, colocó ya el bolígrafo encima de su cuaderno de taquigrafía.

—La pasará usted a máquina —añadió Mason—, y la copiaré a pluma en la portada posterior de la revista, y la enviaremos a la editorial para que la metan en el apartado.

—No creo que este ambiente sea muy propicio para la redacción de una esquila amorosa —sonrió Della.

—No estoy muy seguro de que esa heredera desee recibir una misiva apasionada —replicó Mason, reflexionando.

—Pues, ¿qué quiere?

—Consideremos la cuestión, Della, porque es altamente pertinente. La joven ha puesto un anuncio en la revista de los corazones solitarios. Y advierte que es una heredera. Y que está harta de la clase de gente que conoce. Observe, Della, que de esto se deduce que no es una joven *solitaria*. Sólo anhela un *cambio*.

—¿No cree que ya lo habrá hallado por ahora?

—Existe esa posibilidad —admitió Mason—, pero al fin y al cabo es humana y lee todas las cartas que le envían. Si conseguimos inventar algo que conquiste su fantasía, obtendremos una respuesta.

—Pero las cartas de Robert Caddo cayeron en el vacío.

—Nos aprovecharemos de sus errores —explicó Mason—. Caddo debió escribir en forma equivocada.

—Pues su respuesta me pareció muy acertada.

Mason meneó la cabeza.

—Fíjese que declaró que no deseaba el dinero de la heredera.

—¿Y qué hay de mal en esto? —se admiró Della—. Una chica no se sentiría halagada si un caballero le escribiera: «Querida señorita del apartado 96: Usted me interesa por su condición de heredera».

—No estoy tan seguro —murmuró Mason.

—Pero, jefe, esa joven no...

—Esa joven —la atajó el abogado— procuró destacar preferentemente su condición de heredera. Si no quería que los hombres se fijasen en tal detalle, ¿por qué mencionarlo?

Della Street frunció el ceño pensativamente.

—Sí, claro, mencionó que era una heredera, pero lo hizo para aumentar el interés hacia su persona.

—Y por tanto, todos los que le contestan que no la desean por su condición de heredera, se declaran ante ella como unos condenados hipócritas.

—Sí, es cierto.

—Probaremos con dos cartas —propuso Mason—. Empezaremos con esta:

Querida señorita apartado 96:

Soy un joven pobre, y puesto que usted es una rica heredera, supongo que no existe la menor posibilidad de que se interese por mí. Sin embargo, deseo manifestarle que me gustaría conocerla y tratar de obtener su amistad. Creo que tenemos varias cosas en común.

—¿Nada más? —preguntó Della Street.

—Nada más.

—¿No es una carta muy vaga?

—Exactamente como la quiero —replicó Mason—. Las de Caddo tal vez no obtuvieron respuesta por ser demasiado específicas. Supongamos, Della, que esta heredera juega una partida muy astuta. Tal vez no esté sola. Quizá quiere ponerse en contacto con alguien para emplearlo en algo muy especial.

—¿En qué?

—Lo ignoro. Tendremos que averiguarlo.

—Pero en tal caso, ¿por qué no emplear unos canales más

regulares?

—Porque no le interesan las personas que conseguiría por canales más regulares. Recuerde que Caddo dijo algo acerca de que sus lectores son jóvenes, particularmente muchachos campesinos.

—Los campesinos jóvenes son muy listos hoy día —observó Della.

—Sí, en su mayoría —admitió Mason—, pero aún quedan algunos jóvenes impresionables, que han vivido muy poco. Supongamos, por ejemplo, que nuestra heredera intenta realmente encontrar a alguien tan verde como la hierba.

—No tiene muchas probabilidades de lograr su deseo —repuso Della Street.

—No estoy tan seguro. Probemos con esta otra carta:

Querida señorita apartado 96:

¡Caray, una heredera! Siempre he deseado conocer a una heredera. Llevo muy poco tiempo en la ciudad y supongo que no me servirá de nada enviarle esta carta, pero, demontre, me gustaría conocer a una heredera de carne y hueso... a ser posible con más de lo primero que de lo segundo, para ver cómo es. Soy de buen carácter, fuerte y duro, y puedo cuidarme de cualquier faena del campo. Conozco el ganado y no me asusta nada el trabajo pesado. Tal vez, si desea conocer a un chico como yo, me concederá esta oportunidad.

—Ni dice usted nada de la edad, el aspecto ni otros detalles personales —manifestó Della Street.

—Cierto.

—Y una joven que busca novio está interesada en estos datos.

—Actúo en la suposición de que no busca novio, sino otra cosa.

—¿Qué?

—Al diablo si lo sé.

—¿Con qué nombre firmará las cartas?

—La segunda es fácil —repuso Mason—. Firmaré «Irving B. Green». Como observará, las iniciales dicen I. B. Green^[1].

—¿Y la primera?

Mason sonrió.

—La primera la firmará un tal Black^[2]. De este modo, veremos qué color prefiere, si negro o verde. Mire lo que haremos, Della. Necesitamos dos caligrafías diferentes. Vaya a la oficina de Paul Drake y haga que él redacte la firmada por Black, mientras que yo escribo la del joven Green. Paul Drake mantiene un par de apartados de correos que emplea cuando no quiere dar su dirección. Que destine uno a la carta de Black y otro a la de Green. Luego, haremos que ambas cartas lleguen a la oficina de la editorial de Caddo.

—¿Desea que Caddo sepa que estas canas son tuyas?

Mason movió la cabeza.

—Todo tiene que seguir la rutina normal. A partir de ahora, cuanto menos sepa Caddo de lo que hago, tanto mejor. Luego le enviaré un informe de los resultados, no de los medios empleados para obtenerlos.

Capítulo III

Paul Drake tabaleó en la puerta del despacho privado de Mason con un repiqueteo fuerte seguido de otros cuatro rápidos, y otros dos más fuertes.

—Llama Paul —observó Perry Mason—. Abra, Della.

La secretaria descorrió el cerrojo y el alto detective le sonrió desde el umbral.

—Hola, Della, ¿qué pasa?

—Nada fuera de lo corriente —repuso Della Street, sonriendo al ver la carta que Drake sostenía en la mano.

El detective avanzó, saludando al abogado.

—Bueno, Perry, ya tenemos una respuesta.

—¿Una respuesta a qué? —inquirió Mason, levantando la vista del memorándum que estaba estudiando.

—¿Te acuerdas de las dos cartas que puse en mis apartados anteayer?

—Ah, sí... ¿Ha habido alguna respuesta?

—Para el señor Green —respondió Drake—. El señor Black, por ahora, sigue en la oscuridad.

El abogado entornó los párpados pensativamente.

—¡Esto ya es algo! —exclamó—. Esa heredera busca a un joven muy ingenuo, impresionable y fácil de engañar. Veamos qué dice.

Mason cogió la carta de manos de Drake, rasgó el sobre y extrajo una hoja de papel con las iniciales MM. Se llevó la hoja a la nariz, captó el leve perfume y sonrió.

—Habla la heredera —pronunció con solemnidad.

—¿Qué dice? —preguntó Della Street—. Estoy muerta de curiosidad.

Mason leyó en voz alta:

Apreciado señor Green:

Me ha emocionado muchísimo recibir su carta. Desearía darle a comprender lo que significa para mí recibir esta misiva de usted.

Me siento tan aburrida con la clase de jóvenes que frecuento, que una carta como la suya es como una bocanada de aire fresco del campo en un cuarto cerrado.

Por lo que dice, supongo que es usted un mocetón alto y fuerte, campesino, que lleva poco tiempo en la ciudad y que tiene muy pocos amigos. ¿Acierto?

Si acude usted a la Estación Unión, y espera junto al mostrador de «información», entre las seis y las seis y cuarto de esta tarde, tal vez pueda acercarme a usted para que nos conozcamos personalmente. Si no acudo, no se desanime, porque tengo que romper un compromiso, pero le prometo que procuraré no faltar.

Para que yo le reconozca puede usted lucir un clavel blanco en la solapa derecha.

Si puedo me acercaré y hablaré con usted. No se sorprenda mucho de ver a una joven corriente. Al fin y al cabo, las herederas no se diferencian de los demás seres mortales, salvo en que tienen dinero.

Hasta esta tarde,

su MM.

—¿Qué demonios es todo esto? —rezongó Paul Drake.

Mason sonrió.

—Un trabajito para ti, Paul. Quiero un detective de unos veinticuatro o veinticinco años, alto y fuerte, de aspecto campesino y torpe. Quiero que vista un poco anticuadamente, un traje un poco estrecho o un poco corto, sobre todo de brazos y piernas. No tendrá ningún modelo en quien fijarse, porque necesitamos una cosa que apenas existe ya: un chico campesino terriblemente ingenuo.

—¿Por qué crees que ese tipo ya no existe, Perry?

—Por cosas tales —sonrió Mason— como la radio, los coches y el cine.

Drake meditó estas palabras.

—Sí, tienes razón —repuso al fin.

—La gente de la ciudad —observó el abogado— siempre se sorprende cuando se les dice que los que habitan en el campo no son tan cínicos ni listos tal vez, pero sí tan conocedores de la vida como ellos. Supongo que nuestra misteriosa MM será una muchacha de ciudad que ignora casi todo lo referente al campo.

—¿Y quiere un tonto?

—Exactamente, quiere un tonto. ¿Puedes conseguir un muchacho así, Paul?

Drake repasó mentalmente la lista de sus empleados antes de contestar:

—Sí, creo que sí. Tengo un chico que se ajusta a tu descripción. Es del campo. Y ha trabajado bastante en la tierra.

—Estupendo —ponderó Mason—. Esa chica puede intentar descubrirle formulándole preguntas sobre el campo, aunque no creo que las respuestas signifiquen mucho para ella. Bien, ahora necesitamos tres o cuatro agentes más, Paul.

—¿Para qué?

—Quizá no se acerque al joven campesino en el mostrador de Informaciones, pero estará allí. Si no se le acerca es porque pensará que es demasiado ingenuo o demasiado listo para secundar su juego, y por eso quiero que haya allí unos cuantos agentes tuyos que puedan descubrirla y seguirla en caso de que la joven no entre en contacto con el muchacho.

—¿Qué quieres exactamente?

—Por ahora —repuso Mason—, quiero averiguar quién es esa MM. Quiero su nombre, su dirección, y saber algo de sus antecedentes.

—Bueno, esto es fácil —opinó Drake—. Si no habla con el chico, con toda seguridad acudirá a la estación terminal y dará unas vueltas por allí. Mis muchachos la descubrirán sin dificultades.

—Perfecto —alabó Perry Mason, que se volvió hacia Della Street para agregar—: Llame a Robert Caddo y comuníqueme que seguramente podremos decirle algo relativo a su asunto mañana por la mañana. Cítele para las diez, Della.

La joven asintió, anotando la hora de la cita en su agenda.

Paul Drake cogió la carta, sopesándola en su mano.

—Perry, ¿crees que existe alguna posibilidad de que esto se complique?

—Claro que existe esta posibilidad —contestó el abogado con indulgencia.

—¿Hasta qué punto?

—Bien, tal vez exista una posibilidad entre un millón, Paul —sonrió Perry Mason.

Capítulo IV

Perry Mason y Della Street penetraron en la gran estación terminal, llevando una maleta vacía y una bolsa de viaje. Della llevaba también un neceser y un abrigo al brazo. Eran las seis menos cinco minutos.

—¿Qué tal? —inquirió el abogado.

—Muy bien —repuso ella—. Allí hay dos asientos vacíos, a la izquierda.

Mason siguió a su secretaria hacia los dos asientos vacantes, dejó la bolsa a sus pies y desplegó un horario de trenes que empezó a estudiar en ceñuda concentración.

Della Street, con la actitud de la persona cansada de un viaje, mantenía a su jefe al corriente de los acontecimientos.

—Si los muchachos de Paul Drake están por aquí —susurró—, soy demasiado tonta para descubrirlos.

—Naturalmente —respondió Mason entre dientes, sin separar la vista del horario—. Un detective que pudiera ser descubierto como tal, no le serviría de nada a Paul Drake.

—¿No existen personas tan inteligentes que descubran a los detectives?

—Se supone, pero no existen.

—Ah, aquí viene el cebo —murmuró Della—. Caramba, vaya tipazo.

Mason levantó ligeramente la mirada del horario.

Un muchacho alto, de aspecto torpe, de unos veinticinco años, con expresión muy crédula, ataviado con un traje que le sentaba un poco corto, avanzaba desconfiadamente hacia el mostrador de informaciones. Lucía un clavel blanco en la solapa izquierda y mostraba un semblante ennegrecido por un tostado natural.

—Sí, es perfecto —maravillóse Della Street.

—Ya veremos si atrapa a la heredera —repuso Mason—. ¿La ha descubierto ya?

—Aún no, a pesar de que me fijo en todo.

—No se exceda —le aconsejó Mason.

—No. Sólo soy un ama de casa que está cansada de empaquetar sus efectos, y se halla a punto de emprender el viaje hacia San Francisco para visitar a tía Matilde. Estoy muy fatigada, pero me interesa la gente que me rodea, que seguramente me acompañará en el viaje.

—Ésta es la idea —observó Mason—, pero no se tome excesivo interés por la gente.

El abogado guardóse el horario, se levantó y cogió una bolsa, llevándola hacia la taquilla de comprobación de bultos, metió dentro la bolsa, y sacó la llave después de depositar una moneda, regresando a su asiento junto a Della Street. Luego desdobló el diario de la tarde.

—Bien, siga informándome —murmuró, abismándose al parecer en los resultados de las carreras de caballos.

La actividad de la estación terminal parecía una inundación humana. La gente andaba hacia las puertas que daban acceso a los andenes; sólo para dar media vuelta, esperando las llegadas y las salidas. Otras personas buscaban asientos, para descansar de tren a tren. Otras parecían aguardar ansiosamente la llegada de amigos o parientes. De cuando en cuando, algunos negociantes y viajeros enviaban telegramas, efectuaban llamadas de urgencia por teléfono o dejaban maletas en consigna antes de subir a un tren. En contraste con esta actividad febril, había otros viajeros tremendamente agotados que aguardaban, tumbados sobre bancos como envueltos en un bendito letargo.

—¡Oh, oh! —exclamó repentinamente Della Street—. Un momento. Creo que la he descubierto. La morena de la falda a cuadros. Mírela, jefe.

—Un instante —pidió Mason—. Desvíe la mirada, Della, para que yo pueda estudiarla como casualmente por encima del periódico. Puede estar sobre aviso.

—Se halla directamente en línea —explicó Della— con la

ventanilla donde revisan los bultos. Un poco a su izquierda, jefe.

Mason bajó ligeramente el diario, abrió la boca en un prodigioso bostezo, echó atrás la cabeza y, mientras bostezaba, estudió a la joven indicada por su secretaria.

Mientras Mason la contemplaba, la joven llegó a una decisión, al parecer, y se dirigió súbitamente hacia el muchacho de aspecto pueblerino que estaba apoyado en el mostrador de informaciones; le tocó en un brazo y le sonrió placenteramente.

El agente de Paul Drake llevóse una mano torpe al sombrero y sonrió con embarazo.

La pareja conversó un instante, luego la joven miró furtivamente a su alrededor, díjole algo al joven y ambos salieron de la terminal por una gran portalada casi obstruida por la gente que entraba y salía en tropel.

—Jefe, se marchan —exclamó Della Street, mohína.

—Uh... uh...

—Y nadie les sigue.

—¿Cómo lo sabe?

—Nadie les presta la menor atención. Los muchachos de Drake han fracasado.

—No se apure —le recomendó Mason—. Lo que pasa es que conocen su oficio.

—¿No deberíamos tratar de...?

—Decididamente, no —replicó Mason, bostezando una vez más. Luego, volvió a estudiar el resultado de las carreras.

—¡A veces, es usted la persona más exasperante del mundo! —se quejó Della Street—. Estoy muerta de curiosidad.

—Lo supongo.

—Y seguimos sin saber quién es ella.

—Ya le hemos echado una ojeada —la corrigió Mason—. Y era esto, particularmente, lo que deseábamos.

—Pero sólo una ojeada —refunfuñó Della—. Con toda seguridad, no ha podido usted captar ningún detalle de la joven.

—Podría sacar algunas conclusiones —sonrió Mason—. Claro que muy generales, pero conclusiones al fin.

—¿Por ejemplo...?

—En primer lugar —empezó Mason—, creo que no es ninguna

aventurera. Tengo la impresión de que se halla en un apuro. En segundo, está asustada por algo. Esta cita significa para ella mucho más de lo que supusimos. Cuando comprendió que ese chico era justamente el tipo que andaba buscando, observé un gran alivio en su rostro.

Della Street reflexionó antes de contestar.

—Sí, pensándolo bien, así fue. Y yo puedo decir algo respecto a su atuendo. Se trata de prendas sencillas que han costado bastante dinero. ¿Qué clase de coche debe conducir?

—Hay nueve probabilidades entre diez de que haya venido en taxi —repuso Mason—. No correría el riesgo de que alguien anotara su matrícula, sobre todo hasta después de haber tenido una amplia posibilidad de hablar a solas con su corresponsal. Bueno, Della, creo que la comedia ha terminado. ¿Vámonos a cenar?

—A esto se llama hablar bien.

Una mujer de aspecto fatigado, que había conquistado las simpatías de Della Street, apartó con paciencia al niño de cuatro años que estaba asido en sus piernas. El individuo que la acompañaba comentó:

—Creo que el tren viene con retraso. Le compraré un helado a Junior.

Casi echó a correr para regresar poco después con un helado. Luego, de repente, se desvió hacia Perry Mason y Della Street.

—Tengo que informar directamente a Paul Drake —susurró—, pero puedo comunicarle que la pareja se ha marchado en taxi. Como el agente de contacto está con ella, seguimos instrucciones y no tratamos de seguirles. Supongo que es lo que usted deseaba saber, ¿verdad?

Mason le sonrió a Della Street.

—Esto es lo que particularmente la señorita Street quería saber.

Capítulo V

—Pase y siéntese, señor Caddo —invítóle Perry Mason.

El visitante parecía nervioso.

—¿Tiene un informe para mí? —preguntó.

—Sí. Creo que con esto quedará tranquilo con respecto al asunto que me consultó.

—¿Tan pronto?

Mason asintió.

Caddo tomó asiento y casi inmediatamente comenzó a acariciarse la barbilla con sus largos y poderosos dedos.

—Su heredera solitaria del apartado 96 —empezó a contarle el abogado— es la señorita Marilyn Marlow. Heredó unos trescientos cincuenta mil dólares aproximadamente de su madre, en circunstancias bastante peculiares. La madre era una enfermera especializada, que atendió a George P. Endicott en su última enfermedad. El paciente redactó un testamento por el que dejaba una residencia antigua y amplia, en la que él había vivido, a sus hermanos, dos varones y una hembra. También les dejó a cada uno la suma de diez mil dólares. El resto, residuo y remanente de sus bienes, lo cedió a Eleanore Marlow, madre de Marilyn. El testamento también contenía la cláusula de que si alguno de sus herederos impugnaba la validez de los regalos hechos a Eleanore Marlow en vida, algo de dinero y una colección de piedras preciosas, propiedad de la familia, dicho heredero no heredaría nada del testamento.

Mason hizo una breve pausa antes de reanudar su explicación.

—Eleanore Marlow falleció en un accidente de automóvil poco después de morir Endicott. Marilyn es hija única y actualmente vale unos trescientos mil dólares... o un poco más. Ciertamente, encaja

en la definición de heredera. En realidad, ni la herencia de los Endicott ni la de Eleanore Marlow han sido entregadas aún legalmente. En Oklahoma hay algunas propiedades que potencialmente podrían ser terrenos petrolíferos. El testamento fue admitido a probación, pero los hermanos Endicott proyectan impugnarlo. Los testigos del testamento fueron dos enfermeras, una tal Rose Keeling y Ethel Furlong. Por tanto, la impugnación puede ser algo cálida. Cuando se otorgó el testamento, Endicott se hallaba parcialmente paralítico y lo firmó con la mano izquierda.

Caddo dejó entrever una expresión de enorme alivio.

—Señor Mason, no sé cómo expresarle mi agradecimiento. No sabe qué peso me ha quitado de encima.

Mason asintió con el gesto.

—¿Pero por qué diablos —prosiguió el editor—, una joven como ésa, atractiva y acaudalada, quiere utilizar mi revista para trabar nuevas amistades?

—Creo que en el anuncio se especifica que está harta —replicó Mason con sequedad— de los cazadores de dotes y otros tipos semejantes.

—Pero si le he entendido correctamente —opinó Caddo—, ella debe tener amigos antiguos, amigos a los que conocía antes de ser rica. Al fin y al cabo, su fortuna es muy reciente, ¿no es cierto?

Mason volvió a asentir.

—Entonces, habrá algunas amistades anteriores. ¿Cuánto tiempo lleva viviendo aquí, Mason?

—Aparentemente, unos cinco años.

—No lo entiendo.

—¿Tanto le interesa?

—¿Cómo?

—Tal como entiendo su situación, señor Caddo, a usted le acusan de ayudar a la circulación de su revista mediante un anuncio falso.

—Exacto.

—¿Qué hay de falso en ese anuncio?

Caddo se frotó la barbilla.

—Nada, que yo sepa.

—Exacto —asintió Mason.

Las facciones de Robert Caddo se avivaron con una sonrisa.

—Supongo, señor Mason, que gracias a usted estoy absuelto de toda culpa.

Mason inclinó la cabeza calladamente.

—Y que las respuestas —añadió Caddo— pueden seguir atestando el apartado 96. ¡Santo cielo, el correo que recibe esa chica! Los ejemplares de la revista debían durar dos meses, al menos, pero actualmente tengo ya el almacén casi vacío.

—Entonces —se interesó Mason— tendrá que lanzar otro ejemplar, ¿verdad?

—No sea tonto —rió Caddo—, haré una reimpresión. Con ese anuncio, seguiré vendiendo el mismo ejemplar indefinidamente. ¡Diantre, vaya ganga! Esa joven recibe casi cien respuestas al día.

Caddo se puso de pie.

—¿Está todo en orden, señor Mason? —inquirió.

—Todo en orden —aseguró el abogado—. He tenido algunos gastos, pero quedan cubiertos con los quinientos dólares, así como el valor de mi minuta.

—¡Espléndido! ¿Le importaría decirme de qué forma se sacó el conejo del sombrero, señor Mason?

—Con un poco de reflexión y otro poco de ejercicio de piernas, nada más.

—Naturalmente, contrató usted a alguien para ese ejercicio de piernas.

—Yo trato de conseguir resultados, Caddo. Y creo que los he obtenido.

—Sí, sí —afirmó Caddo—, tiene razón.

Le estrechó la mano a Perry Mason, dedicó una agradable sonrisa a Della Street y, cuando ya estaba a medio camino de la puerta, dio media vuelta.

—A propósito, creo preferible conocer todo lo referente a esa Marilyn Marlow. ¿Cuáles son sus señas?

Mason consultó una tarjeta antes de responder:

—La dirección es 798 de la avenida Nestler, en los Apartamentos Rapahoe. Cualquier otro dato que necesite puede obtenerlo en la oficina del Agente de Probación, que cuida del expediente de los bienes del difunto George P. Endicott.

Caddo sacó una estilográfica del bolsillo, garabateó unas palabras en el dorso de un sobre, sonrió otra vez y salió del despacho.

—Bien —refunfuñó Mason—, olvidémonos de esa heredera, Della, y estudiemos este otro expediente. Ahora me parece terriblemente prosaico. Me gustaría saber el verdadero motivo de haber insertado Marilyn Marlow ese dichoso anuncio... Bueno, empecemos a trabajar.

Perry Mason salió a almorzar, regresó a las dos de la tarde, trabajó hasta las tres, y entonces telefoneó Paul Drake.

—Perry —sonó la voz del detective—, ¿quieres hablar con Kenneth Barstow?

—¿Quién es Barstow, Paul?

—El agente que empleé para el caso de Marilyn Marlow.

—Gracias, no. Este caso está cerrado.

—Creí que te interesaría oír la historia de Barstow. Se trata de algo extraño. Kenneth piensa que vale la pena realizar una pequeña investigación.

—¿Sí? —inquirió Mason cautelosamente.

—La joven quería, por lo visto, encargarle algo específico... un trabajito.

—¿Dónde está Kenneth?

—En mi despacho. Después de contarme el asunto he pensado que tal vez te gustaría hacerle un par de preguntas, sólo para completar tu archivo del caso.

Mason consultó su reloj.

—De acuerdo, tráelo, Paul. Escucharemos su historia.

—Hasta ahora, Perry.

El abogado soltó el aparato. Luego, volvióse hacia Della Street.

—Abra la puerta. Paul viene con el agente que atrapó a Marilyn Marlow.

—Un chico magnífico —alabó Della—, y usted quería alejarlo definitivamente de mi vida, ¿verdad?

—No veo por qué he de perder tiempo con este asunto —rió el abogado—. El cliente está satisfecho, nosotros hemos cobrado, y todo está listo. Pero escucharemos esa historia. Siento cierta curiosidad.

Della Street abrió la puerta un momento después, para permitir que Paul Drake y su agente penetrasen.

—Te presento a Kenneth Barstow —dijo el detective a guisa de presentación—. Siéntate, Kenneth. Supongo que ya conoces a Perry Mason, y aquí tienes a Della Street, su secretaria. Ahora, desembucha tu historia.

Barstow no era ya el joven campesino del día anterior. Llevaba ahora un traje de buen corte, que realzaba aún más la esbeltez de su figura. Su cabello negro y espeso estaba peinado hacia atrás, y sus azules pupilas se posaron por un momento en Della Street, apreciativamente, para desviarse luego hacia Perry Mason.

—Trabé contacto con mi presa a las seis y siete minutos —empezó a contar—. Fuimos en taxi a un restaurante. Ella pagó la cena y llevó la voz cantante. Yo fingí estar avergonzado y tener trabada la lengua. La joven me interrogó respecto a cosas del campo y la vida en una granja. Pero sabe muy poco de tales asuntos, por lo que no fue difícil convencerla de mi buena fe. Luego, anduvimos desde el restaurante hacia un aparcamiento. Allí tenía el coche. Tomé el número de matrícula y comprendí que tenía ya una base firme. Marilyn condujo dando una vuelta por la ciudad, paró en el parque y saltamos a tierra para admirar las luces y hacer alguna tontería...

—¿Cuáles? —insistió Mason.

Kenneth miró a Della Street antes de contestar, con tono de disculpa:

—Bueno... los preliminares.

—¿Y después?

—La acompañé a su apartamento. Me invitó a un trago y así concluyó la velada.

—¿No hubo más preliminares? —preguntó el abogado.

—No, una vez estuvimos en su apartamento. Entonces, se comportó como una mujer de negocios. Afirmó que tenía un trabajo para mí. Quería verme de nuevo después de almorzar esta tarde. Yo le conté que estaba sin empleo, porque pensé que sería preferible a decirle que trabajaba, pues ello podía dar lugar a complicaciones. Bueno —continuó el joven agente—, no sabía si se trataría de una tarea casual o algo que duraría varios días.

Mason asintió.

—Volví a la una y media, como ella había sugerido. El plan era ir a jugar al tenis. Le había dicho que yo jugaba bastante mal, pero ella insistió en que jugásemos un par de *sets*. Añadió que debía vigilar su figura.

—¿Jugaron?

—No.

—¿Qué ocurrió?

—Todo se estropeó.

—¿Por qué?

—No lo entiendo. Subí a su apartamento, me invitó a una copa y charlamos unos instantes. Luego, ella pasó al dormitorio a cambiarse de ropa. Sonó el teléfono un par de veces y ella contestó a ambas llamadas.

—¿Algún otro «preliminar»? —preguntó Della Street.

—Sí, unos besitos —confesó Kenneth—, y a decir verdad me estaba ya preguntando cuáles eran sus planes. Después de la segunda llamada pretendí abrazarla y del bofetón que me dio todavía me suenan los oídos. Sin apenas darme cuenta me encontré en la calle, tras haber recibido una verdadera filípica. ¡Demonio! Me gritó que yo era como todos, y que sólo pensaba en aprovecharme; que pensaba que yo era un tímido muchacho del campo, pero que había resultado ser una especie de lobo, y que todo había concluido.

—Tal vez fue usted demasiado de prisa —sugirió Mason.

—O excesivamente despacio —apuntó Della Street.

Kenneth obsequió con una sonrisa a la secretaria y luego frunció el ceño.

—Tal como había empezado la cosa la noche anterior, sabía que no traspasaba los límites de la velocidad. Todo iba bien. Pero sucedió algo. Opino que me abofeteó para poder arrojarme a la calle. Debió ser algún error que cometí y que le permitió descubrir mi engaño, lo cual me tiene muy preocupado. Mi técnica no suele ser mala.

—Bueno —intercaló Drake—, tan pronto como me telefoneaste y me diste el número de matrícula del coche y sus señas, efectuamos algunas averiguaciones, de modo que tenemos ya todos los datos

necesarios. ¿Sabe ella dónde puede ponerse en contacto contigo?

—Sí, le di un número de teléfono. Es de un amigo. Puede llamarme allí.

—¿Crees que te llamará? —preguntó el detective.

—Cien a uno a que no. Cuando me echó del apartamento estaba furiosa.

—Parece como si ella se hubiera insinuado primero y después se hubiese arrepentido —reflexionó Drake.

—Oh, bueno, no tiene importancia —cortó Mason la discusión—. Todo ha terminado. Olvidémoslo.

—No me gusta fracasar —rezongó Kenneth.

—A todos nos ocurre alguna vez —le tranquilizó Drake, añadiendo en son de disculpa—: Bien, Perry, pensé que te gustaría conocer los detalles.

—Sí, gracias —repuso el abogado—. Todo está bien, Barstow. Hizo un buen trabajo. Ya tenemos toda la información que necesitábamos.

Kenneth Barstow se puso de pie un poco enojado y volvió a dirigir su mirada hacia Della Street.

—Ordinariamente, no suelo fallar. Y me gustaría saber dónde me equivoqué.

Cuando ambos hubieron salido del despacho, Della Street volvióse hacia Perry Mason.

—¿Qué opina de este asunto, jefe?

El abogado levantó la vista del expediente que seguía estudiando.

—¿De qué asunto?

—Del incidente Barstow.

—No lo sé. Probablemente, se equivocó por la actitud de la chica y se ganó el rapapolvo.

—No lo creo.

—Debió cometer un error —insistió Mason—. La joven se volvió contra él de repente, y ha de haber una causa.

—No creo que él cometiera ningún error —repitió Della Street—. Estoy repasando mis impresiones sobre Marilyn Marlow, y quiero darle mi opinión femenina. Recuerde que esa chica puso un anuncio en la revista de los «Corazones Solitarios». Acudió a la cita

de ese joven y empezó a dejarse enamorar. Lo invitó a un restaurante y debió animarle a la conquista.

Mason dejó el expediente a un lado.

—Bien, Della, ¿adónde nos conduce eso?

Mason frunció el ceño y lanzó un silbido.

—Supongo que fue la llamada telefónica.

—Podría ser... —concedió.

—Una llamada telefónica —continuó Della, segura de sí—, mediante la cual le advirtieron a Marilyn Marlow que estaba jugando con dinamita. ¿Quién pudo efectuar esa llamada?

Mason entornó los párpados en pensativa concentración.

—Un momento —pidió—. En este asunto hay que calcular el elemento tiempo —señaló el teléfono—. Póngame con Paul. Tal vez Barstow aún esté en su despacho. Pregúntele a qué hora lo despidió Marilyn Marlow.

Della Street llamó y luego volvióse hacia su jefe:

—A la una y cincuenta minutos, aproximadamente —explicó.

El abogado empezó a tabalear con los dedos sobre la mesa. Tenía el ceño fruncido, sumido en honda reflexión.

—¿Sabe usted algo que yo ignoro? —inquirió Della.

—Estoy tratando de sumar dos y dos.

—¿Y la suma cuál es?

—Creo que he sido un poco tonto, Della.

—¿Por qué?

—De haber pensado que se trataba de una comedia —repuso Perry Mason—, le habría cobrado mil dólares más.

—¿Se refiere a Robert Caddo?

—A Robert Caddo —repitió Mason.

—¡Santo cielo! ¿Cree que fue Caddo? ¿Y por qué?

—Creo que fue Caddo —volvió a repetir Mason—. Y supongo que el motivo es que nuestro buen editor intenta quedarse con un buen pedazo de pastel... el mejor de todos, el que contiene toda la fruta.

Capítulo VI

A las cinco, la recepcionista Gertie y las dos mecanógrafas abandonaron la oficina. A las cinco y diez, Jackson, el pasante, se asomó por la puerta del despacho de Mason.

—Si no hay nada más, señor Mason, me gustaría salir temprano esta tarde.

Mason sonrió y consultó su reloj.

—Ya pasan diez minutos de la hora.

—Oh, no importa —exclamó Jackson—, aún es pronto. Pero como tampoco puedo acabar todo lo pendiente...

Parecía tan serio que Mason limitóse a sonreír e inclinó la cabeza en señal de asentimiento.

A las cinco y veinte, Mason apartó a un lado los textos legales y el expediente, y llamó a Della Street.

—Se acabó la jornada, Della. Tomaremos un combinado. Bueno, la acompañaré a su apartamento, y si no tiene compromiso, la invitaré a un combinado y a cenar.

—Acaba de invitarme a cenar —replicó Della, prontamente—. Tomaremos el combinado en aquel establecimiento tan recogido del Barrio Español, y luego iremos al restaurante que regenta su amigo chino. Quiero comer costillitas dulces y agrias, camarones fritos y cabeza de cerdo.

—O sea, una cena estupenda —comenzó Mason, sonriendo.

—Necesito mantenerme en forma, particularmente con todas esas herederas inmiscuyéndose en nuestras vidas.

—Más bien saliendo de nuestras vidas —corrigió Mason.

Cerraron la oficina, fueron en el coche del abogado al Barrio Español y tomaron un Bacardí, mientras jugueteaban con palomitas de maíz.

—Tenemos aquí un coche —propuso Della Street—, y la estación terminal se halla sólo a unos metros de distancia. Creo que podríamos ir a recoger aquella bolsa que dejamos ayer por la tarde en la taquilla. Estábamos tan preocupados por la heredera, que nos olvidamos de ella.

—Buena idea —aprobó Mason—. Supongo que con esto liquidaremos definitivamente este asunto. No me gusta que un cliente me engañe.

—Claro que no podemos estar seguros de que fuese Caddo.

—Sólo hay una persona que sabía que Barstow era un detective —replicó Mason—, y que también conociese la dirección de Marilyn Marlow. Y esa persona es nuestro apreciado editor, Robert Caddo. Fue muy fácil. Tenía el nombre y la dirección de la joven heredera. Salió de mi despacho, y tardó un par de horas a lo sumo en obtener los demás datos; luego, hizo sus planes, la llamó y le dijo que tenía un detective sobre su pista.

—¡Pero el detective había sido empleado por él indirectamente!

—Claro está —asintió Mason—, pero esto se lo calló. Telefoneó como un amigo anónimo que se tomaba un gran interés en ella, debido al anuncio aparecido en la revista.

—Sí, supongo que tuvo que ser Caddo —concedió Della.

—Caddo —prosiguió Mason— es un perfecto granuja. Su revista no es más que un medio para cometer extorsiones o algo peor. No entiendo cómo no me di cuenta al principio. Sin embargo, conquistó mis simpatías con su historia... Siempre me he dejado seducir por los cuentos de los clientes en apuros... ¿Qué hora es, Della?

—Las seis.

—Todavía es pronto para cenar, por lo que será mejor que vayamos a recoger la bolsa. Luego, iremos al restaurante chino, y probablemente encontraremos también algún espectáculo que no hayamos visto.

Mason dejó dos dólares de plata sobre la mesa y escoltó a Della Street, a través del local, hacia la calle. Fueron en el coche hasta la estación terminal y Mason aparcó el auto.

—Me gusta ver la gente que entra y sale de las estaciones —comentó el abogado—. Es fascinante. Son lugares donde puede estudiarse la naturaleza humana. Cuando están cansados o se hallan

fuera de su ambiente habitual, los seres humanos descuidan su guardia. Una persona que viva en la ciudad siempre se halla en su ambiente, salvo cuando está en una estación. Tan pronto entra en ella, se encuentra en un ambiente totalmente distinto y descuida su guardia. Entonces... Della, *¿ve lo mismo que yo?*

—¿Qué?

—En el mostrador de Informaciones.

—No veo nada... ¡Oh! Lleva un clavel blanco.

—En la solapa derecha —acabó Mason.

—¿Cree que es otro candidato?

—Evidentemente —repuso Mason—. Debe ser una costumbre de esa joven... y al fin y al cabo, ¿por qué no? Tras haber hallado un sitio ideal para sus citas, no existe ningún motivo para que lo cambie por otro de la noche a la mañana. Si éste es el mejor lugar para sus fines, cualquier otro sería peor y... Bien, recojamos la bolsa y nos sentaremos donde podamos vigilar sin ser observados.

Hallaron un par de asientos al fondo, desde donde podían ver lo que ocurría en el mostrador de Informaciones.

Della Street examinó al joven que se hallaba apoyado en el mostrador precisamente.

—No es tan atractivo como Kenneth Barstow —murmuró.

—Pues no está mal —replicó el abogado.

—Pero no es atractivo como Kenneth. Dígame, jefe, ¿conocía ya a Kenneth Barstow?

—No es más que un agente de Drake —Mason sacudió negativamente la cabeza—. Van y vienen. Probablemente, ese joven ha estado en Vietnam y llevará con Drake sólo unos seis meses. No he tenido ocasión de conocerlo, si esto contesta a su pregunta.

—¿Qué pregunta? —inquirió Della.

—Respecto a si está casado.

—No se lo he preguntado —sonrió la secretaria.

Aguardaron unos momentos en silencio hasta que Mason susurró:

—Es posible que esa joven lo esté escrutando desde algún rincón, pero no quiero dejarme ver, indagando. Ah, un momento, ahí viene ella, saliendo de la cabina telefónica. Buen lugar. Puede permanecer sentada sin que nadie la vea.

—Se está tomando excesivas molestias para hallar al cónyuge ideal —observó Della.

—Creo que no busca al cónyuge ideal —respondió Mason, pensativamente.

—¿Qué, pues?

Mason se encogió de hombros.

—Puede buscar a alguien que se avenga a cometer un asesinato.

Marilyn Marlow tendió la vista en torno a la estación, y se dirigió hacia el mostrador de Informaciones.

—No tiene mala figura —admiró Mason.

—Y ella lo sabe —añadió su secretaria, ásperamente—. Viste bien y... Vaya, se repite la comedia.

Marilyn Marlow había abordado al joven. Éste se hallaba absorto, al parecer, en sus pensamientos y la joven tuvo que tocarle un brazo antes de que, casi dando un salto de sorpresa, diera media vuelta y la mirase, quitándose el sombrero con un gesto rápido y gracioso.

—No es ningún campesino —murmuró Della Street—. Ese individuo conoce el terreno que pisa. Me gustaría saber qué decía en su carta.

—Algo que obtuvo una respuesta —contestó Mason—, cosa que, por lo que sabemos, no es fácil. ¡Cien candidatos al día! ¡O sea, una probabilidad entre cien!

La pareja conversó unos instantes, sin que el joven dejara ni un instante de sonreír.

Por un momento, la muchacha pareció dudar. Sus grandes ojos negros lo escudraron de pies a cabeza en crítica apreciación, y, al llegar por lo visto a una decisión, sonrió, invitando al joven a acompañarla, cosa que un momento después se puso de manifiesto cuando ambos salieron de la estación.

—Bien, ya está —suspiró Della—. Supongo que fuera alquilarán otro taxi y...

Mason, de repente, se mostró muy agitado.

—Nos aseguraremos, Della.

Rápidamente, se encaminó a la salida.

—¿Le acompaño? —gritóle Della Street.

—Sí, será menos sospechoso. Al llegar fuera, discuta conmigo la

conveniencia de llamar por teléfono a tía Myrtle. Yo me opongo a ello. Esto nos dará una excusa para quedarnos fuera, sin que se note que estamos vigilando.

Ella asintió y acompañó a Mason hasta llegar a la acera. Marilyn Marlow y su joven acompañante estaban allí, sin hablar.

—Vamos —suplicó Della Street en voz alta—, sólo se trata de llamar a tía Myrtle. Nunca nos perdonaría si supiera que estamos en la ciudad y no la hemos llamado.

—Oh, olvídale —rezongó Perry Mason—. Si la llamamos tendremos que perder todo el tiempo de espera entre dos trenes, sentados en un salón sofocante y escuchando solos chismes de familia. Es mejor que demos una vuelta por la ciudad. Es la primera vez que venimos y...

—No, debemos llamar a tía Myrtle. Quizá podremos eludir la invitación.

Todavía estaban discutiendo, cuando un coche se detuvo frente a ellos.

—Caramba —susurró Della Street—, aquí no conseguirán ningún taxi. ¿A qué aguardan? Los taxis dan la vuelta por la otra esquina y...

—De acuerdo —exclamó Mason bruscamente—, telefonearemos a tía Myrtle —y cogiendo a Della por el brazo la condujo hacia la estación.

—¿Qué ocurre? —preguntó la joven.

—Pruebe a mirar por encima del hombro —le aconsejó el abogado.

Della Street volvió la cabeza hacia atrás. Un coche se había detenido junto al bordillo. Marilyn Marlow se dirigía imperiosamente hacia él, y el joven, casi corriendo, abrió la portezuela y luego sentóse a su lado. La puerta se cerró y el auto arrancó.

—¿Ha visto al chófer? —exclamó Mason.

—¡Sí, cielo santo! —exclamó Della Street—. ¡Era Robert Caddo! ¡Y estaba disfrazado de chófer de uniforme!

Capítulo VII

Mason contempló el plato de Della Street, prácticamente lleno aún.

—¿No tiene hambre, Della?

La joven sacudió la cabeza.

—Supongo que está preocupada por lo mismo que yo —añadió el abogado.

La joven afirmó con el gesto.

—No me gusta que un cliente me engañe —continuó Mason—, pero tratemos de alejar esta idea de la cabeza mientras cenamos. ¿Bailamos un poco?

La joven accedió y Mason la condujo a la pista de baile.

Pero ninguno de ambos disfrutó con la danza. Della Street estaba en tensión, y la mandíbula de Mason demostraba una fuerte determinación.

—Naturalmente —reflexionó Mason, poco después—, no es asunto nuestro el motivo por el que esa chica desea un acompañante masculino, pero parece como si quisiera un tipo ingenuo para obligarle a realizar un trabajo sucio. Tal vez haya algo irregular en el testamento, Della.

La secretaria se echó a reír.

—No sólo lee usted en mi cerebro, sino que creo que acierta en sus ideas.

—Está bien, vámonos y echaremos otra ojeada al informe de Drake.

Llamó al camarero, pagó la cuenta, sacó el auto del estacionamiento y marcharon hacia el despacho.

El portero de noche, que también manejaba el ascensor, le sonrió a Mason, cuando el abogado firmó el registro de entradas

nocturnas.

—¿Ha visto al señor Paul Drake?

—Últimamente, no —repuso Mason.

—Le estaba buscando. Me dijo que si venía usted, lo llamara por teléfono antes que nada.

—Gracias, iremos a verle.

El ascensor emprendió la subida.

—¿Cuál es el recado, por favor? —inquirió Della Street.

—Sólo que el señor Mason le llamase antes de hacer nada.

—¿Está en su oficina el señor Drake?

—Precisamente —repuso el portero.

Della Street intercambió una mirada con el abogado.

—La perfecta secretaria —ponderó éste—. Había pasado por alto ese dato.

—¿Cómo? —inquirió el portero, deteniendo el ascensor.

—Nada, nada —contestó el abogado.

Pasaron por delante de la oficina iluminada, en cuya puerta se leía «Agencia de Detectives Drake», siguieron por el corredor, doblaron la esquina y Mason abrió la puerta de su despacho particular.

Casi antes de que el abogado encendiese las luces, Della Street estaba ya marcando un número de teléfono.

—¿Está el señor Drake? —preguntó por el aparato—. De parte de Perry Mason.

Hubo un silencio, y después, Della continuó:

—Hola, Paul. El jefe quiere hablar con usted... ¿Cómo?... Sí, en nuestro despacho... Bien, se lo comunicaré.

Dejó el receptor en su horquilla y se volvió hacia el abogado.

—Paul viene hacia aquí.

—Debe ser algo importante —meditó Mason en voz alta—, o Paul no actuaría de este modo. Yo no entendí el significado del mensaje, Della. Tendré que aumentarle el sueldo por esto. Debe haber alguien esperando en su oficina y...

Los pasos de Paul Drake resonaron al otro lado de la puerta, despertando los ecos del corredor. Della Street se apresuró a abrir.

Paul Drake penetró en la estancia, con una sonrisa relajando sus duras facciones.

—Hola, chicos.

—Hola, Paul.

—¿Te dieron mi recado, Perry?

—Sí. ¿Por qué querías que te telefonease? ¿Hay alguien en tu despacho?

—Precisamente —asintió Drake, instalándose en el enorme sillón reservado a los clientes, con la espalda apoyada en un brazo y las piernas colgando fuera del otro—. ¿Qué clase de cliente era el de ese asunto en el que yo empleé a Kenneth Barstow?

—Esto es lo que me preocupa —confesó Mason—. Creo que intenta quedarse con una buena tajada del pastel.

—Cortándola con un hacha —afirmó Drake.

—¿De qué hablas?

—Tengo a la heredera en mi despacho —anunció el detective.

Mason lanzó un silbido.

—¿Qué desea?

—No lo sé. Supuse que quería a Kenneth Barstow, pero a quien quiere ver ahora es a ti.

—¿Y está esperando?

—Sí. Le manifesté que más pronto o más tarde me pondría en contacto contigo y que dejaría un recado por si aparecías por aquí esta noche. Luego, empecé a llamar regularmente a tu apartamento.

—¿Tan importante es el asunto? —preguntó Mason.

—Creo que sí. Según entendí por su historia, es sumamente importante. ¿Hablarás con ella, Perry?

El abogado asintió.

—Lo malo es —continuó Drake—, que tal vez te halles en posición contraria con tu cliente.

—¿Qué cliente?

—El que deseaba averiguar quién era la heredera.

—La relación entre abogado y cliente en ese asunto es una cosa completamente aparte, y además, ya ha terminado. Mi cliente deseaba unos datos y ya los tiene. Le pasé una cuenta y la abonó. Por lo que a mí respecta, esto acaba con el asunto. No me gusta que un cliente pretenda engañarme, y aún menos los aprovechados.

—De acuerdo, te la traeré —ofreció Drake.

Mason asintió.

A Della Street le chispeaban las pupilas.

—¡Sabía que se había enamorado de Kenneth Barstow! — exclamó—. El de esta tarde no servía ni para descalzar a Kenneth. Y puedo añadir algo más. Tampoco era el campesino que ella deseaba. Ese otro muchacho la sabía larga. No me fiaría más de él que de una serpiente.

Mason se instaló tras la mesa escritorio, cogió un cigarrillo de una cajita de laca y lo encendió.

—Ese Robert Caddo empieza a ponerme nervioso —comentó.

Fumó en silencio unos segundos. Resonaron otra vez los pasos de Paul Drake en el corredor, acompañados ahora por el rápido taconeo de unos zapatos femeninos que trataban de acompasarse con las largas zancadas del detective.

Drake empujó la puerta, cediendo el paso a Marilyn Marlow.

—La señorita Marlow, el señor Mason y su secretaria, la señorita Della Street —presentó Drake con volubilidad.

Marilyn Marlow inclinó la cabeza a modo de saludo general. Pero en sus negras pupilas no había cordialidad alguna.

—Bien —le dijo a Perry Mason—, me ha puesto usted en un buen lío. Supongo que ahora accederá a sacarme de él.

—Será mejor que se siente —sonrió Mason—, se tranquilice y me cuente de qué se trata.

La joven se acomodó en una silla de alto respaldo, situada frente a la mesa del abogado, en tanto Drake volvía a repantigarse en el mismo sillón de antes.

—¿Y bien...? —la voz de Mason era una invitación a las confidencias.

—Usted fraguó aquella carta —le acusó Marilyn Marlow—, y yo la contesté como una tonta, y luego me envió un detective.

—Está usted llegando a conclusiones —le advirtió Mason.

—¡Usted lo ha fastidiado todo!

—¿Por qué quería verme ahora?

La joven sonrió.

—Deseo que vuelva a dejar las cosas como estaban.

—Si me ha visitado usted por mi calidad de abogado y quiere que la ayude en algo, debo advertirle que tal vez no pueda aceptarla como cliente. Sin embargo, será mejor que dejemos de

andarnos por las ramas y vayamos directamente al grano. Su madre fue la enfermera que atendió a George P. Endicott en su última enfermedad. Endicott estuvo muy grave durante mucho tiempo y su madre tuvo que trabajar duramente para cuidarle. Aparentemente, hizo una buena labor y cuando Endicott falleció, dejó un testamento nombrando a su madre dueña de casi todos sus bienes. Sus hermanos Ralph, Palmer y su hermana Lorraine Endicott Parsons, heredaron la casa y un legado relativamente pequeño. El testamento ya ha sido sometido a probación. El total de los bienes se calcula en unos trescientos setenta y cinco mil dólares, y se afirma que los hermanos Endicott impugnarán dicho testamento, una vez haya sido admitido, alegando fraude, influencia indebida y todo lo demás. Su madre murió en un accidente de automóvil. Y usted hereda todos sus bienes. Bien, usted...

—¿Ha venido a verle alguno de los Endicott? —le interrumpió la joven.

—No.

—¿Alguien relacionado con Rose Keeling?

—¿Rose Keeling? —Mason repitió el nombre y sacudió la cabeza—. No sé quién es... Oh, sí, Rose Keeling, una de las dos enfermeras que firmaron como testigos en el testamento del difunto Endicott.

—¿No la conoce? ¿No la ha visto nunca?

—No.

—¿Ni tampoco a los Endicott?

—No.

Marilyn Marlow parecía estar debatiendo algo en su interior. Por fin, exclamó en un impulso:

—¿Quiere usted ayudarme?

—Continuemos por ahora con las generalidades —propuso Mason—. Tal vez no me halle en posición de ayudarla. Puedo estar descalificado para ello. En líneas generales, ¿qué desea usted?

—Estoy virtualmente segura de que los hermanos Endicott le han ofrecido un soborno a Rose Keeling. Y creo que ella está considerando la oferta. He intentado por todos los medios llegar al fondo de la situación y he fracasado. Si Rose cede, me dejará sin blanca. Completamente limpia.

—¿Por qué puso usted aquel anuncio en la revista?

—Deseaba encontrar un joven de cierto... carácter.

—¿Por qué?

—Rose Keeling es una romántica. Se enamora pronto y con ardor. Yo quería un hombre al que poder dominar, un tipo del que lo supiera todo, y que no me estafase. Quería que trabase amistad con Rose y que me tuviese al corriente de todo.

—¿Cree usted que era posible encontrar a un joven tan fascinante, al que la señorita Keeling se lo confiase todo?

—Estoy segura de ello. La conozco bien. Y sé la clase de jóvenes que pueden conquistarla. De uno de la ciudad, sospecharía al instante. Pero de un chico alto y esbelto, procedente del campo, un hombre tímido pero enérgico al mismo tiempo... Ése era el tipo ideal. Luego, hubiera hecho que se conociesen en circunstancias favorables...

—¿Es usted amiga personal de Rose Keeling?

—Oh, sí, somos buenas amigas, pero creo que ahora ella quiere engañarme. No hace muchos días insinuó que mamá le había dicho que una vez distribuida la herencia, ella podría contar con una especie de recompensa.

—¿Cree que su madre se la ofreció realmente?

—Sé que no —se indignó Marilyn Marlow—. Mamá era muy severa y casi puritana en su ética. Sólo llamó a las otras dos enfermeras para que actuaran como testigos. Lo mismo podía haber llamado a otras. La actitud de Rose hace pensar que hay algo falso en todo el asunto, cuando no es así. Sé que todo se hizo de buena fe.

—¿Cómo lo sabe?

—Pues... ¡bueno, lo sé!

—Se necesita alguna prueba.

—La tengo. Rose Keeling compareció en el tribunal y contó exactamente lo ocurrido.

—¿Y ahora desea cambiar su declaración?

—Lo hará si piensa que puede sacar de ello alguna ganancia. Creo que le han pedido que declare que salió de la sala un instante antes de ser firmado el testamento.

—Pero luego regresó. ¿Le comunicó el propio Endicott que acababa de firmar el documento?

—Usted es abogado —replicó Marilyn Marlow con impaciencia—. ¿Tengo que trazarle un diagrama del asunto? Si ella cambia su declaración, invalidará el testamento. Y le pagarán por ello. Naturalmente, los Endicott no le darán ni un centavo a menos que el testamento sea revocado.

—¿Cree usted que los Endicott sobornarían a esa joven para que declarase en falso?

Marilyn Marlow vaciló unos instantes antes de contestar:

—Los Endicott creen que mamá era una aventurera que se aprovechó de su hermano. Y harán cuanto puedan para invalidar ese testamento, creyendo que obran con toda justicia.

—Supongamos —arguyó Mason—, que aclara usted un poco más su idea, señorita Marlow, diciendo lo que intenta hacer, y por qué insertó el anuncio en la revista.

—De acuerdo, se lo diré. Pondré mis cartas sobre la mesa. Sabía que Rose Keeling iba a dejarse sobornar. Durante unos días pensé ofrecerle algo, pero luego comprendí que ello sería enfrentarme con los Endicott, mientras que del testamento había dos testigos. Si le daba una cantidad a uno, tendría que entregarle la misma suma al segundo. Y yo necesitaba dos testigos que mantuviesen su primitiva declaración ante el tribunal. Los Endicott sólo necesitaban *uno* para invalidar el testamento. Además, me opongo a la idea de recurrir a una acción innoble. Sabía que mamá fue una mujer muy honesta. Ella no le habría pagado ni un céntimo a nadie. Y no quise empañar su memoria.

—Continúe.

—Por tanto, traté de hacerme amiga de Rose Keeling, pensando que tal vez se confiaría a mí contándome exactamente lo que ocurría y si los Endicott le habían ofrecido dinero. Pero era demasiado lista para caer en mi trampa. Sólo hicimos amistad y nada más.

—Y entonces, usted pensó servirse de un joven.

—Eso mismo. Necesitaba un joven de cierto tipo. Rose es muy especial en sus gustos. Sospecha de todas sus amigas, pero cuando se enamora de un chico, sería capaz de cualquier cosa por él. Naturalmente, yo sabía cuál era la clase de individuo que podía conquistarla. Casualmente, sé que hace poco sufrió un desengaño

amoroso, por lo que sería una presa fácil para un hombre de su tipo. Pero antes, yo tenía que asegurarme el concurso del individuo. Deseaba uno que se enamorase de mí y que accediese a conquistar a Rose a fin de ganarse su confianza en favor mío. No quería un muchacho que se dejara engatusar por Rose hasta el extremo de hacerle el juego y traicionarme a mí. O sea que antes de presentarlo a Rose tenía que... bueno, tenía que atraparlo. ¿De acuerdo?

Mason limitóse a inclinar la cabeza.

—Para ello —prosiguió Marilyn Marlow—, necesitaba un joven de cierto tipo. No uno que supiese demasiado de la vida. Ni que se las diese de listo. Necesitaba un chico honrado, que valiese realmente la pena. Y, claro está, tenía que encontrarlo lo antes posible. Era preciso conocerle a fondo... sus pensamientos respecto a mí... en fin, todo.

Mason la animó a continuar con un movimiento amistoso de la cabeza.

—Entonces, puse el anuncio en la revista —prosiguió ella—. Y procuré especificar que yo era una rica heredera. Sabía que esto encandilaría a mis presuntos corresponsales. Y también sabía que todo aquel que afirmase no estar interesado en mi dinero después de leer el anuncio sería un hipócrita y un embustero. Quería un hombre sincero... y de confianza.

—¿Consiguió muchas respuestas?

—Centenares. Durante la última semana he tenido una cita cada noche. ¡Y el de la otra tarde era precisamente lo que yo necesitaba... pero resultó ser un detective!

—¿Cómo lo averiguó?

—El editor de la revista me telefoneó y me contó toda la verdad. Aseguró que lamentaba que el anuncio hubiera llamado la atención de ciertas personas indeseables, pero que su deber como editor de la revista le obligaba a advertirme de la verdad del caso.

—¿Cómo se enteró de quién era usted, de su nombre y dirección?

—Lo ignoro. Afirmó que su revista podía descubrir muchas cosas. No le entendí bien, y lo juzgué muy improbable, porque la mujer que recogía la correspondencia por mí es muy lista. Recogía las cartas en su bolso cuando salía de compras y las llevaba a una

estafeta de correos dirigiéndolas a mi nombre, que me entregaban por correo especial. Yo las recibía a las dos horas de haberlas depositado ella en correos y de esta forma era imposible que nadie la siguiera ni me localizase a través de ella.

Mason asintió.

—Sin embargo —continuó la joven heredera—, el editor me llamó y me advirtió contra ese joven. A mí me gustaba. Había firmado la carta con el nombre de «Irving B. Green», pero el editor me contó que era un detective que trabajaba para usted.

Mason miró significativamente a Della Street.

—¿Qué hizo luego el editor?

—Se ofreció para ayudarme en todo lo posible. Quería que me confiara a él. Pero yo todavía no estaba dispuesta a ello. Primero, deseaba conocerle más. Puso su coche a mi disposición, por si yo no quería utilizar el mío, ya que podían seguirme la pista gracias al número de matrícula. Añadió que conduciría su coche en calidad de chófer, y en realidad se presentó con un uniforme sumamente convincente.

—Bien, ¿qué hay del joven con quien se encontró esta tarde? —quiso saber Mason.

La joven esbozó una mueca de disgusto.

—¡Fue terrible! En primer lugar, ya no me gustó. Había escrito una carta magnífica, pero cuando lo vi no me gustó su aspecto. Estaba casi decidida a no presentarme, pero finalmente me acerqué y le invité a cenar. Casi inmediatamente lo despedí. Tenía dos caras. Se habría vendido a Rose desde el primer momento y... Bueno, había en él no sé qué de repulsivo. Sólo iba tras el dinero.

—¿Y el de la otra tarde le gustó?

—Sí.

—¿Ha venido por aquí por eso?

Marilyn Marlow miró directamente a los ojos del abogado.

—Francamente, señor Mason, por esto me hallo aquí. El joven que se presentó a mí como señor Green era exactamente el tipo capaz de enamorar rápidamente a Rose Keeling y tuve la sensación de que... bien, de que me sería leal. Creo que hubiese podido conquistarle... En fin, me gustó mucho.

—¿Y qué ocurrió?

—Cuando el editor me telefoneó y me contó que se trataba de un detective que me seguía la pista me enfurecí. Entonces, llevé las cosas de manera que pudiera romper con él sin despertar sus sospechas.

—¿Y qué más?

—Luego, empecé a reflexionar. Al fin y al cabo, señor Mason, el hecho de que se trate de un detective no le rebaja a mis ojos. Al contrario, es algo en su favor. Cuanto más iba meditando sobre esto, más comprendía que había sido una tonta jugando a detectives. Sería mucho mejor poner el asunto en manos de alguien que conociese el oficio y cómo actuar.

—Y pensó que, controlando a ese joven que usted conoce como Irving Green, me tendría a mí en sus manos.

—Bueno, algo por el estilo.

—¿Qué hizo a continuación?

—Me libré del señor Caddo, el editor, y vine a su despacho. Le pregunté al portero de noche si estaba usted aquí, o si era posible que viniese, y el portero me contestó que el señor Drake solía saber dónde estaba usted, que el señor Drake tenía una agencia de detectives en este mismo piso y... sumando dos y dos llegué a la conclusión de que el señor Green era un agente de la agencia. Luego, cuando hablé con el señor Drake, me dijo que no podía hacer nada hasta ponerse en contacto con usted, pero que trataría de establecer tal contacto.

—¿La representa algún abogado? —inquirió Mason.

—No. Hay un abogado para la probación de los bienes de mamá, nada más. En realidad, no me representa, sino que se cuida de los trámites legales de la herencia.

—¿Qué desea que haga yo, entonces?

—Francamente, deseo dejarlo todo en sus manos. Quiero que haga todo lo que sea necesario. Creo que este detective a quien conocí la otra tarde es el tipo exacto que necesito. Y pensé que si podía hablar sinceramente con él, tendré en él un fiel aliado. Sería estupendo que conquistase a Rose Keeling.

—¿Cómo tiene planeada la presentación de ambos?

—Rose juega al tenis. Yo concertaría un partido de dobles. Y Rose es como un pirata. Le gusta robar los novios a las amigas...

Bueno, tal vez no es la expresión adecuada, pero si ve que un joven me llena de atenciones... halaga su vanidad poder alejarlo de mí.

—Una especie de pirata de amor.

—No es esto exactamente, aunque sea lo que dije. Rose sufre un complejo. Le gusta conquistar a mis novios. Y si no logra su intento, se pone furiosa. Pero si logra despertar su interés, se extasía al pensar que es capaz de tener más éxito que yo.

—¿Y Robert Caddo no sabe que ha venido usted a verme?

—Oh, no... sólo consentí que me ayudara —replicó Marilyn Marlow—. No le conté nada de todo esto... Únicamente algo del asunto en general.

—Está bien —asintió Mason—, siga mi consejo. No le cuente nada más. Y desembarácese de él.

—Se muestra muy ansioso de ayudarme y afirma que hará lo que sea por mí, porque cree que me lo merezco. Dice que... Oh, no sé... Yo sospecho... bueno, ya puede imaginárselo.

—¿Se ha propasado con usted? —indagó Mason.

—Sospecho que es de éstos —confesó la joven—. Siempre me pone la mano sobre el hombro y va deslizándolo el brazo... Vaya, lo de costumbre. No puede estar quieto con las manos. Es como todos los hombres.

Perry Mason inclinó la cabeza en señal de mudo asentimiento.

—¿Puede usted ayudarme? —preguntó Marilyn, anhelante.

—Se lo comunicaré mañana —prometiéndole el abogado—. Dígame a qué número puedo llamarla. Lo pensaré. Creo que podré ayudarla, sin que me lo impida ningún cliente. Francamente, mi interés por usted era sólo averiguar algo respecto al motivo de su anuncio.

—¿Quién contrató sus servicios, señor Mason? ¿Quién era su cliente?

Mason sonrió y sacudió la cabeza.

—No puedo decírselo.

—No me imagino quién puede estar interesado en mí.

—No, no puedo satisfacer su curiosidad.

—Supongo —exclamó ella bruscamente— que no le importa tanto al señor Caddo.

—¿Pero le ofreció su ayuda?

—Sí... Oh, no sé exactamente qué fin persigue. Quiere

ayudarme, pero sospecho que tiene alguna idea en su cerebro, algo más específico.

—¿Conoce todo lo relativo a la herencia?

—Sí. Se lo conté cuando le conocí.

—¿Y se ofreció a ayudarla para cobrarla?

—No lo expresó con estas palabras.

—En caso de que me decida a representarla a usted —le advirtió el abogado—, si el señor Caddo vuelve a acercársele, con la pretensión de ayudarla, dígame que venga a verme.

La muchacha asintió.

—Sin embargo —prosiguió Mason—, por el momento, Caddo es nuestra última preocupación. ¿Está usted segura de que Rose Keeling se halla a punto de pasarse al enemigo?

—Sí.

—Naturalmente —explicó Mason—, hay dos formas de llevar este asunto. Una es impedir que Rose se venda. La otra es conseguir la prueba de que se ha vendido a la otra parte y enfrentarla con dicha prueba en el momento oportuno.

—Sí, esto no se me había ocurrido.

—No sé si sería conveniente que vaya a hablar yo con ella —meditó Mason—. Al fin y al cabo, ya prestó declaración y testificó cuando el testamento fue admitido a probación.

—Esto es lo que también me dijo el señor Caddo —manifestó Marilyn—. Añadió que puesto que Rose ya había declarado, le costaría mucho cambiar su testimonio, y que yo debía procurar que ella saliese del país, o algo por el estilo. Luego, cuando fuese impugnado el testamento, los jueces sólo se atenderían a la primitiva declaración de Rose.

—¿Caddo le aconsejó todo eso?

—Sí. Me dijo que en vista de las circunstancias, siendo las mismas las partes en litigio, yo sólo podía hacer constar su testimonio, demostrando que Rose se hallaba fuera del país. Sí, el señor Caddo me aconsejó, en realidad, que hiciese salir a Rose de este Estado.

—Entiendo —comentó Mason.

—El señor Caddo me hizo muchas preguntas respecto a Rose —explicó Marilyn—. Pero no sé dónde encaja él en el cuadro.

—Tal vez quiera quedarse con el marco —sugirió Mason.

La joven arrugó la frente.

—¿Qué quiere decir?

—Un marco siempre goza de una posición preferente con respecto a un cuadro. Sin embargo, déjeme reflexionar. Mañana por la mañana la llamaré.

—¿No podría trabajar para mí ese joven, Green?

—Esta es una de las cosas que deseo meditar —sonrió el abogado—. Tal vez sería conveniente que usted contratase a la Agencia Drake, para que Green trabaje por su cuenta, y no recurrir a mi consejo legal.

—¡Pero, señor Mason, me encanta que usted trabaje para mí! —exclamó Marilyn—. He leído muchas cosas sobre usted, y si verdaderamente no representa a nadie relacionado con mi asunto...

—No represento a nadie relacionado con el caso de la testamentaria —rectificó Mason—. No represento a nadie que tenga algún interés en la herencia o parte de ella. La persona a quien yo representaba sólo deseaba averiguar algo referente al anuncio.

—¿Pero por qué contratar a un abogado...? ¡Dios mío!

—¿Qué le ocurre? —se interesó Perry Mason.

—Sólo existe una persona con estas condiciones —afirmó Marilyn—. ¡De modo que así fue como supo que yo me había citado con un detective! Señor Mason, ¿quiere decir que el señor Caddo lo contrató a usted y después me avisó?

—No he querido mencionar para nada al señor Caddo —contestó Mason con sequedad—. No he nombrado para nada al señor Caddo.

Los oscuros ojos de la joven se abrieron en asombrada indignación.

—Bien —continuó Perry Mason, volviéndose hacia Paul Drake—. Supongo que no hay nada que impida que tu agente trabaje para ella. A propósito, se llama Kenneth Barstow y no Green.

—¡Oh, me gusta su nombre! —exclamó Marilyn con fervor.

—Lo suponía —sonrió el abogado.

La joven anotó el número en una tarjeta y se la entregó a Mason.

—¿Me llamará mañana?

—Por la mañana —puntualizó el abogado—. Y le daré a conocer

mi decisión sobre su asunto. Buenas noches, señorita Marlow.

Capítulo VIII

Mason, cuando llegó a su bufete a las diez de la mañana del día siguiente, halló a Della Street esperándole en su despacho privado. La joven se llevó un dedo a los labios.

—Hola, Della, ¿qué pasa? —preguntó el abogado, bajando la voz ante aquella señal.

—Hay alguien en la oficina general a quien usted no querrá ver.

—¿Hombre o mujer?

—Mujer.

—¿Quién es?

—La esposa de Robert Caddo.

Mason echó atrás la cabeza y soltó una carcajada.

—¿Por qué no he de verla, Della?

—Porque está en el sendero de la guerra.

—Ya, como un indio apache. ¿De qué se trata?

—No me lo ha dicho.

—La familia Caddo empieza a resultar molesta.

—Le he dicho que usted quizá no vendría en todo el día, que sólo recibe a la gente mediante una cita previa y que no la recibiría a menos que yo pueda darle a usted una idea general del asunto que aquí la trae.

—¿Qué ha contestado?

—Se hundió en una butaca, apretó los labios y luego replicó: «Le veré aunque tarde una semana».

—¿Cuánto lleva esperando?

—Más de una hora. Estaba en el corredor cuando llegó Gertie, y cuando yo llegué, hablé con ella.

Mason se echó a reír muy divertido.

—¿Qué clase de mujer es, Della?

—Más joven que su marido, y no mal parecida. Pero en estos momentos no ofrece ningún encanto ni le preocupa el atractivo sexual. Sólo necesita un arco con flechas para ser una típica apache.

Mason se encaramó en una esquina del escritorio. Encendió un cigarrillo y contempló a Della con animación.

—¿Qué diablos supone que desea?

—Me imagino que Robert Caddo quiere utilizarle a usted como una coartada.

—Exactamente —asintió Mason—, y la coartada es para su asociación con Marilyn Marlow. Bien, Della, la recibiré.

—Vuelvo a advertirle que está en pie de guerra.

—Las mujeres furiosas forman parte de la rutina diaria de un buen abogado. Hablaré con ella.

—Pues instálese en su sillón, jefe —le aconsejó la secretaria—. Alborótese el pelo y coloque unos cuantos libros de leyes por aquí. Ha de aparentar hallarse muy atareado y digno. Si intenta recibir a esa mujer de un modo menos formal, tendré que llamar a un doctor para que le saque una flecha de la cabeza.

Mason lanzó una carcajada, se sentó en un sillón giratorio, abrió unos cuantos libros y empuñó una estilográfica, con la mano sobre el cuadernillo.

—¿Qué tal, Della?

La joven lo examinó con fingida seriedad.

—Todo falso. En el cuaderno no hay nada escrito.

—Tiene razón —asintió Mason, e inmediatamente empezó a escribir en una hoja en blanco—: «Ha llegado el momento de que todos los hombres ayuden a su partido».

Della colocó una mano sobre el hombro de su jefe y leyó lo que había escrito.

—¿Qué le parece? —inquirió Mason.

—Perfecto. Le diré a la señora Caddo que se halla usted absorto en un asunto importante, pero que puede concederle cinco o diez minutos.

—De acuerdo —convino Mason.

Della salió del despacho privado y a los pocos segundos volvió con la señora Caddo a remolque.

—Se halla absorto buscando un puntal legal —oyó Mason la voz

de Della Street, hablando con la visitante—. Por favor, no le interrumpa.

Siguiendo la pauta trazada por su secretaria, Mason continuó escribiendo frases sin sentido en el cuaderno.

La señora Caddo empujó a Della Street a un lado, exclamando con voz agria y cortante:

—Bien, pues yo le traigo un problema para que pueda concentrarse. ¿Qué significa eso de enviar a mi marido detrás de una pequeña zorra? Supongo que el tal abogado tendría que pagarme daños y perjuicios. ¡Simplemente, una idea tan desatinada puede destruir un hogar!

Mason levantó la mirada, con expresión ausente.

—Caddo... Caddo... ¿Es usted la señora Caddo? ¿Dónde he oído ese nombre, Della?

—¡Sabe usted bien dónde lo ha oído! —tronó la recién llegada—. Usted aconsejó a mi marido. Le dijo que cultivase la amistad de esa muñeca. Y él mismo me lo contó. «¡Mi abogado está bien enterado de este asunto!». Añadió que se trataba de un negocio. Supuso que no lograría averiguar de qué abogado se trataba, pero le engañé. Examiné su talonario de cheques y allí estaba, tan claro como el sol, un talón entregado al abogado Perry Mason por valor de quinientos dólares. ¿Para qué? ¡Para enviar a mí marido a remolonear al lado de una niña bonita! ¡Sólo para esto!

—Ah, sí ahora caigo —exclamó Perry Mason—. Robert Caddo, el editor de esta revista. Siéntese, señora Caddo, y explíqueme qué le preocupa.

—Lo sabe perfectamente. ¡Un editor! Robert Caddo es un chantajista.

—¿Y bien? —Mason arqueó las cejas.

—Le diré algo más —prosiguió ella, avanzando hacia el abogado con beligerancia—. ¡Sea lo que sea, es mi marido! He puesto mi marca en él y no deseo perderlo. He sufrido ya lo bastante para tener el pelo blanco. Pero he invertido demasiado en él para dejarlo escapar. ¿Entendido?

—Perfectamente —respondió Mason.

—Si fuese ahora, no me casaría con él ni por un millón de dólares, pero en aquella época supo conquistarme, y pensé que todo

marcharía bien.

—¿Cuánto hace que están casados?

—Siete años. Y no me parecen demasiado largos, pensándolo bien... no tanto como ciento cincuenta o doscientos.

Mason se echó a reír.

—Ría cuanto quiera —estalló la mujer furiosamente—. Supongo que lo halla muy divertido. Yo tenía muy buen tipo por aquellos días y Robert algún dinero. No me enamoré de él, pero jamás pensé que se volviera tan conquistador. Lo cierto es que estamos unidos para el bien y para el mal y esto basta, para mí. Desde entonces, he soportado mucho. Más de una vez pensé en terminar con todo. Pero resistí y, poco a poco, Bob empezó a comportarse debidamente. Pero ha llegado a una edad en que se suprimen todos los prejuicios y esto no me gusta.

—Todavía es usted joven, señora Caddo —observó Mason—. En todo caso, está muy lejos de haber perdido su atractivo. Si piensa que su vida ha sido arruinada...

—¡No dije que mi vida estuviese arruinada! No soy de esas que van por ahí gimoteando y pregonando que le han dado a un hombre lo mejor de su vida. Bob Caddo nunca obtuvo de mí mis mejores años, aunque él lo suponga así. Pero lo que me encoleriza es verle atrapado por esa morena, y que encima me diga que sale con ella por consejo de su abogado.

—Esto también me molestaría a mí —convino Mason—. Bien, siéntese y Cuéntemelo todo.

—Estoy demasiado enfadada para sentarme.

—Pues quédese de pie y hable.

—¿Quién es Marilyn Marlow? —indagó la señora Caddo.

—¿Qué pasa con ella? —preguntó Mason a su vez.

—Bob la está conquistando. Esa chica posee algún dinero. Y Bob piensa que puede atrapar una buena parte y mandarme a paseo.

—¿Está usted segura de eso?

—Tan segura como puedo estarlo. Últimamente, Bob ha estado haciendo el Don Juan, pero yo no nací ayer. No soy tan tonta, aunque sea rubia. De modo que descubrí todo el lío. Y cuando él vino a casa para endilgarme esa historia de su abogado le dije lo que pensaba. Oh, sí, Bob quiso convencerme de que se trata de un

negocio, que esa Marilyn ha usado la revista para sus propios fines, que había algunas dificultades legales y que por eso acudió a un abogado para que le aconseje, y que el leguleyo, que es usted, le recomendó que se pegase a la chica como una lapa y tratara de llegar a un acuerdo.

—¿Esto le contó su marido?

—Exactamente.

—¿Está segura de que no se trata de un mal entendido por su parte?

—En absoluto.

—Señora Caddo, nadie es perfecto en este mundo —suspiró Mason—. Todos tenemos nuestros pequeños defectos. Son imperfecciones de carácter que abarcan desde lo más trivial a lo más grave, y nadie está libre de ellas, pero aparte de otras imperfecciones que su marido pueda tener, su esposo es un mentiroso y me agradecería que usted se lo dijese así.

—Hum... —gruñó la mujer, sorprendida por la franqueza de Perry Mason.

—Puede repetirme mis propias palabras —puntualizó el abogado—. Que venga a verme su esposo, si es que se siente ofendido.

La mujer contempló astutamente a Mason.

—Bueno, me parece que es usted una buena persona. He entrado aquí dispuesta a armar un alboroto y volcar todos los tinteros, pero creo que no hace falta. ¿Quién es Rose Keeling?

—¿Hay dos mujeres?

—No lo sé muy bien —admitió la señora Caddo—. Cogí a Bob de improviso. Conseguí la agenda que siempre lleva en su bolsillo. Cuando descubra que se la he quitado le dará un ataque. Allí había dos nombres, el de Marilyn Marlow y el de Rose Keeling. Bien, no es ésta la primera vez ni será la última. Ya sé que he de tener cierta paciencia, pero créame, señor Mason, una vez haya terminado con él no le quedarán muchas ganas de volver a divertirse con jovencitas. Cuando empiezo, soy peor que una gata salvaje.

—Síéntese —repitió Mason— y discutiremos todo el asunto. ¿Cree que comportándose como una gata salvaje, como ha dicho, conseguirá algo?

La señora Caddo se dejó caer en el sillón reservado a los clientes

y le sonrió a Perry Mason.

—Sé que sí. Así es como manejo a Bob.

—Y naturalmente —replicó el abogado—, con estas parrafadas, con estas rabietas, va dejando gradualmente una marca sobre el carácter de usted misma.

—Supongo que sí —confesó ella—, pero de mí para usted, señor Mason, sólo tengo esas rabietas para proteger mis intereses. No son rabietas verdaderas, sino fingidas. Una comedia. Gracias a su negocio, Bob ha ganado un montón de dinero. Y es lo bastante listo para guardarlo donde yo no pueda meterle mano. No me importa mucho que alguna vez intente una conquista, pero no quiero que ninguna sirena pueda quedarse con parte de lo que me corresponde. Por tanto, cuando creo que uno de sus amoríos puede ser serio, sostengo un gran altercado con Bob, averiguo quién es la fulana, y le hago una escena. Créame, soy estupenda en este aspecto.

—La creo —afirmó Mason.

—Bien, no quiero hacerle perder más tiempo, señor Mason —manifestó la mujer—. Ha sido muy amable al recibirme. Oh, sí, se lo agradezco mucho. Vine dispuesta a armar un escándalo, pero ahora pienso que a usted no le hubiera causado ninguna impresión. Sin embargo, un escándalo es lo único que impide a Bob pasarse de la raya. Sabe que cuando descubro sus aventuras, y a las aventureras, me comporto como un ciclón, barriéndolo todo a mi paso. Ya sospechaba que esa Marilyn Marlow no era ningún negocio de mi marido, pero también que no se trataba de una conquista casual. En todo esto hay algo que no me gusta. Creo que a Bob le gustaría sacar buena tajada de esa chica. Y por eso iré a presentarle mis respetos a esa Marilyn, y también visitaré a Rose Keeling, y cuando me haya entrevistado con ambas, comprenderán que el crimen no paga dividendos.

—Creo, señora Caddo —la interrumpió Mason calmamente—, que esta vez sería mejor que le apretase las tuercas a su marido.

—No —sentenció la mujer con decisión—. Prefiero seguir mi sistema. Nunca me atreveré a cambiarlo. La última vez que Bob hizo una conquista, fui al apartamento de la chica y se lo dejé como si hubiera pasado por allí un huracán. Rasgué sus ropas, le puse un ojo morado, rompí un espejo, sólo para que tuviese mala suerte

durante siete años, y tiré muchos platos al suelo. Subió la portera y me amenazó con avisar a la policía, pero le contesté que lo hiciera, ya que de este modo saldría en los periódicos qué clase de casa era aquélla, y qué clase de inquilinos la habitaban, así como las escenas que se desarrollaban allí. Créame, esto la obligó a callar.

La señora Caddo respiró hondo y continuó:

—Entonces, me quedé dueña del campo y cuando me marché, la misma portera canceló el contrato del apartamento a aquella bribona, y ahora creo que vive en un dormitorio muy pequeño, pagando cinco veces más que antes. Bob es un tipo divertido. Le gusta jugar al lobo feroz, pero odia las escenas, y cuando le hago una parece un niño travieso a quien están dando una zurra. Se estremece cada vez que piensa en este castigo. Bueno, señor Mason, se ha portado usted como un perfecto caballero, y le estoy tan agradecida que no pienso volcarle ni un solo tintero. La verdad es que estaba decidida a esperarle en el corredor y entonces, apartando a un lado a esa joven recepcionista, habría entrado aquí, dejando esto un poco en mal estado. Sabía que esto llegaría a oídos de Bob y me imaginé que usted le haría pagar los daños y perjuicios. Bien, gracias por haberme recibido, señor Mason. Es usted un buen deportista.

—Le sugiero respetuosamente —arguyo Mason—, que en este caso coarte usted su fogosidad y no visite a esas dos jóvenes...

—Lo siento, señor Mason. Es usted como Bob. No le gustan los escándalos.

—Por el contrario —replicó Mason—, los adoro.

—Me gustaría creerle, porque el escándalo podrá oírse desde aquí. Bien, adiós. No, no se levante, ya sé el camino. Y hágame un favor, señor Mason. Si Bob le pregunta si he venido, dígame que he armado un gran alboroto y que usted piensa hacerle pagar todo el estropicio. ¿Querrá ayudarme? No, supongo que no. Usted es excesivamente formal. Pero es también muy simpático y sé que protegerá mis confidencias. Buenos días.

La puerta resonó a sus espaldas.

—¡Las alegrías del matrimonio! —suspiró Mason mirando a Della Street.

—No la censuro en absoluto —manifestó la joven—. Sólo hay

que ver a Bob para comprender que es un canalla. Uno de esos lobos que acechan a las chicas y tratan de conquistarlas como sea. Su esposa tiene toda la razón. Un escándalo es la única forma de contenerle y...

—Póngame en comunicación con Marilyn Marlow —la interrumpió Mason, con voz cansada—. También supongo que es preferible que avise a su amiga, esa Rose Keeling, que hay un ciclón en camino y que lo mejor sería que ambas desaparecieran. Creo que le debo esto a una cliente.

—¿De modo que la acepta como cliente? Tenía usted que llamarla esta mañana.

—En efecto. De este modo mataremos dos pájaros de un tiro o mejor dicho, de un solo telefonazo. Dígale que trataré de que Rose Keeling esté de su parte y que una esposa iracunda está empuñando el hacha de guerra. Yo...

De pronto, se abrió la puerta que comunicaba con la oficina exterior y apareció Gertie, la recepcionista.

—Oh, señor Mason, la he oído salir. Su esposo está aquí, sumamente inquieto. Ha sido una suerte que no entrara aquí, estando ella. De lo contrario, habríamos sido testigos de una batalla conyugal.

—¿Sabe Caddo cuán cerca ha estado de verse atrapado?

—Evidentemente, no. Deseaba saber si había venido su mujer. Le contesté que tendría que preguntárselo a usted, y ahora se está paseando por la salita de espera como un león enjaulado.

—Supongo que se halla un poco angustiado ante la idea de que su esposa haya hablado conmigo.

—¿Angustiado? —exclamó Gertie—. Oh, señor Mason, qué expresión tan floja... ¡Está completamente apabullado!

Mason le guiñó el ojo a su secretaria.

—Saldré a hablar con él. Déme ese tintero, Della.

Mientras Gertie lo contemplaba con fascinación, Mason metió el dedo en el tintero y se machó la mejilla.

—Ahora su lápiz de labios, Della, para dar la impresión de que tengo un arañazo en la frente... Eso es. Bien, Gertie, creo que estoy en disposición de apabullar aún más al pobre señor Caddo. No me gusta que ningún cliente pretenda aprovecharse de mí.

Mason siguió a Gertie fuera del despacho, a la oficina exterior.

—Buenos días, señor Caddo —pronunció con severidad.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó el aludido—. ¡Mi esposa ha estado aquí!

—Su esposa ha estado aquí —confirmóle el abogado.

—Bueno, señor Mason, yo no soy responsable de los actos de mi mujer. Sinceramente, son arrebatos que tiene de cuando en cuando. Es terriblemente celosa, hasta llegar a la locura. Siento lo sucedido, claro, pero usted no puede achacarme las culpas.

—¿Por qué no? ¿No existen bienes en comunidad?

—Dios mío, no irá usted a demandar a una mujer por un pequeño alboroto, ¿verdad?

—¿Un pequeño alboroto? —se maravilló Mason, arqueando las cejas.

—Oiga, Mason. Me portaré bien con usted. Seré justo. He pensado que tal vez se excedió un poco en sus honorarios del otro día. Al fin y al cabo, no hay razón para que usted y yo no nos pongamos de acuerdo. Repito que quiero ser justo. Y haré lo que juzgue mi deber.

—¿Fue éste el motivo de que llamara usted a Marilyn Marlow, contándole quién era el chico que firmaba la carta?

—¡Oh, señor Mason, señor Mason, por favor...!

—Por favor, ¿qué?

—Puedo disculparme satisfactoriamente.

—Pues empiece pronto.

—Bueno, se trata de algo que preferiría no tener que explicar aquí, y menos en este momento. Me refiero a que ahora se halla usted prevenido en contra mía... Me... me gustaría verle más tarde, señor Mason, cuando haya tenido usted oportunidad de recobrar su compostura y tenga el despacho en orden. Lamento mucho lo ocurrido, pero Dolores tiene por costumbre arrojar los tinteros al aire cuando se enfurece. Usted no le diría nada respecto a Marilyn Marlow, ¿verdad? No, claro que no. Usted es abogado y tiene que proteger las confidencias de un cliente.

—Ciertamente.

Caddo dejó ver una expresión de alivio.

—Sabía que podía confiar en usted, señor Mason. Bien, vendré a

verle dentro de un par de días. Ordene su despacho, y entonces me dirá a qué ascienden los daños y...

—No le hablé a su esposa de Marilyn Marlow —le interrumpió Mason—, ni le dije nada de Rose Keeling. No tuve necesidad de ello.

—¿Qué quiere decir?

—Quiero decir que puesto que usted apuntó los nombres y las señas de ambas muchachas en esa agenda que habitualmente lleva usted en el bolsillo interior de su chaqueta, y puesto que su esposa se apoderó de esa preciosa agenda, ella estaba ya enterada...

Caddo se llevó apresuradamente una mano al bolsillo interior de su chaqueta, y luego rebuscó por todos los bolsillos. Sus facciones quedaron descompuestas por una mueca de pánico.

—¿Ella tiene la agenda?

—Exactamente.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Caddo, y girando sobre sí mismo, salió corriendo de la oficina.

Gertie, que poseía un sentido muy elevado del humor, tenía un pañuelo sobre la boca, estremeciéndose de risa.

Mason regresó a su despacho, se quitó la tinta y la pintura de labios de la cara, con un buen restregón y le sonrió a Della Street.

—Creo que empiezo a estar empatado con el señor Robert Caddo. No poseemos la dirección de Rose Keeling, ¿verdad, Della?

La joven sacudió la cabeza.

—Bien, trate de ponerse en contacto con Marilyn Marlow por teléfono, y la avisaré de lo que está a punto de suceder.

Della Street halló el número de la heredera y marcó una docena de veces antes de conseguir respuesta.

—Vaya —exclamó al fin—, por fin ha contestado, jefe.

—Buenos días, señorita Marlow —la saludó Mason, hablando ante el receptor—. Creo que tengo malas noticias para usted.

—¿Qué ocurre?

—Al parecer, su amigo, ese gran editor que le dio a usted sus consejos en forma tan paternal y desinteresada, es un hombre casado —le informó Perry Mason—. Su esposa se llama Dolores y siente una gran pasión por los tinteros volcados. Su marido puede ser clasificado como un Don Juan de vía estrecha, y la tal Dolores

tiene la costumbre de sufrir ataques de nervios y manchar de tinta a las responsables de los desvíos de su marido.

—¿Habla en broma, señor Mason?

—Hablo muy en serio —afirmó Mason—. La señora Caddo salió de mi oficina hace tres cuartos de hora, empuñando el hacha de guerra. Por lo visto, su amiguito, el editor, apuntó en una agenda los nombres y direcciones de usted y de Rose Keeling, no por orden alfabético, sino cronológico. Así, cuando la señora Caddo pudo apoderarse de la agenda, vio que los últimos nombres anotados eran Marilyn Marlow y Rose Keeling, por este orden. Y creo que su estimado amigo estampó las señas junto a cada nombre.

—¡Caramba! —exclamó Marilyn—. ¡Esa mujer no debe ir a ver a Rose Keeling! ¡Ésa sería la última gota que desbordaría el vaso!

—Pues la última vez que vi a la señora Caddo parecía una amazona en plan bélico.

—¿Dice que el nombre de Rose Keeling es el último de la agenda? —preguntó Marilyn con desmayo—. Esto significa que irá antes a verla a ella.

—Yo no tengo ni la dirección ni el teléfono de Rose —observó Mason—, por lo que me pareció prudente contárselo a usted, para que pudiera avisarla.

—No puedo. No puedo explicarle este lío.

—Entonces, es preferible que la saque usted de casa con cualquier pretexto —sugirió el abogado.

—Sí, tiene razón. La llamaré y le daré cualquier excusa para que salga de casa. Seguramente, iremos a jugar al tenis.

—A propósito —la atajó Perry Mason—, tendría que darme la dirección de Rose. Tal vez la necesite, puesto que estoy metido en este asunto, aunque sólo sea indirectamente. He decidido representarla a usted, puesto que su caso rompe un poco la monotonía de mi trabajo.

—¿Me ayudará?

—Sí.

—¡Oh, qué contenta estoy!

—Cuando las cosas se estabilicen un poco en el frente doméstico —expresó Mason—, iré a visitar a Rose Keeling y mantendré con ella un mano a mano. Si intenta vender su testimonio al mejor

postor, trataré de refrenar su entusiasmo. ¿Dónde vive?

—En el 2240 de Nantucket Drive. Su teléfono es Westland 6—3928.

—¿La prevendrá usted en contra de la señora Caddo?

—Creo que será mejor que vaya a ver a Rose, señor Mason. La invitaré a un partido de tenis.

—Tal vez no quede mucho tiempo —le advirtió el abogado—. Es mejor que la llame para que se reúna con usted en otro sitio.

—Yo... Bien, señor Mason, ya inventaré algo. Gracias por llamarme.

—Recuerde —añadió el abogado—, que en la locura de la señora Caddo existe cierto método. No es sólo la indignación de una esposa ultrajada, sino un método que emplea. Su sistema es hacer una escena terrible cada vez que se entera de una nueva infidelidad de su marido.

—Pero esta vez no se trataba de ninguna infidelidad...

—Creo que la señora Caddo recurre a medidas disciplinarias sólo para mantener a su marido dentro de ciertos límites morales —replicó Mason—. No por lo que pueda hacer, sino para que jamás se extralimite.

—Está bien. Me pondré en contacto con Rose. Gracias por su llamada, señor Mason. ¡Malditas mujeres! ¿Por qué permitiría que ese Caddo husmease en mis asuntos?

—Es lo que me estoy preguntando yo también —asintió Mason—, y creo que usted tendrá ocasión de repetirse esa misma pregunta muchas veces de ahora en adelante. Buenos días, señorita Marlow.

—Adiós —despidióse ella, colgando el teléfono.

Mason consultó su reloj y frunció el ceño.

—Lo malo de estos pasatiempos —le espetó a Della— es que son tan fascinantes que borran de mi cerebro otros problemas más urgentes. ¿Qué hay del expediente del caso Miller, Della?

—Tengo todas las citaciones que usted me entregó en orden, y todos los puntos esenciales bien subrayados.

—Está bien, les echaré un vistazo.

Durante media hora estuvo ocupado con el expediente, hasta que por fin apartó la silla giratoria de la mesa y exclamó, irritado:

—¡No consigo apartar de mi mente a esa mujer!

—¿A Marilyn Marlow?

Mason sacudió la cabeza.

—No a Marilyn Marlow, Della, sino a Dolores Caddo. Es una mujer digna de estudio. Está casada con un pillo, pero no quiere perder lo que ha invertido en él. Y posee su método propio. Hay algo en ella que me impresiona.

—Sí, esa mujer deja su marca por donde va —concedió Della Street.

—Sí. Con un tintero —comentó secamente Mason—. Llamaré a Rose Keeling y trabaré amistad con ella por teléfono. Mire, Della, llámela y pregunte si está con ella Marilyn. Hable usted misma. No diga quién es, sino simplemente una amiga de la señorita Marlow.

Della Street consultó el cuaderno de direcciones.

—Sí, aquí está el primero que usted ha anotado: Westland 6—3928.

Levantó el receptor antes de añadir:

—Dame línea, Gertie —luego marcó el número.

Aguardó; sentada a la mesa, con el aparato pegado a su oído.

—¿No contesta? —se extrañó Mason.

—Por lo visto, no. Oigo el timbre del teléfono... Oh, un momento.

Escuchó unos instantes y luego llamó:

—¡Oiga! ¡Oiga!

Tapando el micrófono con la mano, volvióse hacia Mason.

—Es raro. He oído cómo quedaba truncada una llamada. Hubiese jurado que alguien había colgado el teléfono, y hasta me pareció oír una respiración, pero cuando he dicho «¡Oiga!», nadie ha contestado.

—Tal vez se haya interrumpido la comunicación —sugirió el abogado—, y usted se habrá imaginado lo de la respiración.

—Hubiese jurado que alguien había levantado el aparato —repitió la secretaria.

—Seguramente fue la propia Rose Keeling —observó el abogado—. La habrán avisado y debió pensar que era la terrible Dolores Caddo, que llamaba para asegurarse de que estaba en su apartamento.

—Bueno, si yo fuese Dolores Caddo ya estaría en marcha hacia

allí —arguyó Della—, porque estoy segura de que está. Alguien descolgó el teléfono.

—Son las doce menos veinte —calculó Mason—, demasiado temprano para almorzar. Será mejor que vuelva a ocuparme de ese maldito expediente. Empezaremos —añadió cogiendo la lista de testigos escrita a máquina— por el dictado de la demanda final, Della —hizo una pausa y cambió de tono—. ¿Qué puede haber visto una mujer como Dolores Caddo en un imbécil como su marido?

—Probablemente, un elemento de seguridad financiera —repuso la secretaria—. Caddo puede mantener en secreto una parte de sus ingresos, pero ella tiene derecho a la misma bajo la propiedad en común, y más pronto o más tarde pondrá sus zarpas en el dinero. También puede haber un elemento de afecto. Creo que le quiere realmente, aunque reconoce sus flaquezas y desea controlarlas del mejor modo posible.

—Además de todo esto, Della —afirmó Mason—, a esa mujer le encanta la violencia. Disfruta invadiendo un dormitorio y rompiendo cosas, tirando objetos por el aire y promoviendo un escándalo fenomenal. Ser la esposa de un Don Juan le concede este privilegio. La mujer normal que se cita con un hombre casado no es fácil que reciba la visita de la esposa ultrajada. Supongo que la señora Caddo no cambiaría de cónyuge por nada de este mundo, aunque pueda tener, aparte de esto, un aspecto romántico que atraiga a su esposo. Sin embargo, con esta charla no terminaremos hoy nuestra demanda. ¡Diantre, Della, cómo odio este trabajo rutinario!

La joven se echó a reír.

—Es como practicar al piano en los primeros cursos —comparó—. Se busca cualquier excusa para romper la monotonía.

—Bueno, copiaremos esta declaración del caso, y seguiremos adelante. Veamos... Ya está, Della. Escuche y tome nota. *En el momento del juicio, el tribunal permitió que la evidencia siguiente fuese introducida a pesar de la objeción del demandante.* Ahora, Della, copie la transcripción de la página 276, subrayando también lo indicado con lápiz.

Della asintió y Mason estuvo unos minutos estudiando unas cuantas declaraciones del juicio.

—Copie —agregó luego—, no sólo la evidencia, sino cada párrafo de la misma, y ponga la numeración de la página de la transcripción del informe. Ahora, déjeme ver ese caso de los Informes de California, número ciento sesenta y cinco. Quiero una copia de los mismos. Pero antes le dictaré un elemento de introducción que demuestre que la doctrina establecida en dichos informes puede aplicarse a este caso.

Mason cogió el libro que le entregaba Della Street y, a medida que estudiaba el caso, se abismó en el lenguaje de la ley.

—Bien, Della —exclamó al cabo de diez minutos—, continuemos con la demanda. Copie esto: *En California existe una larga serie de casos que sientan el principio de que tal evidencia solamente es admisible con el propósito de probar el intento, y que una vez admitida, debe quedar limitada por el tribunal a una prueba de intento. En el caso actual, tal limitación no existe. Se permitió que el jurado examinara la evidencia sin restricciones, y no se intentó siquiera probar el intento de la misma. El representante legal del demandante no lo era en el momento del juicio, pero el abogado defensor protestó enérgicamente ante el tribunal, aunque al parecer no presentó ninguna moción para limitar la evidencia a una consideración de intento, ni se suministró ninguna instrucción. Sin embargo, tal como se desprende de uno de los principales casos de California...* Ahora, Della, copie las declaraciones y demás documentos de este caso ciento sesenta y seis de California que le indicaré con líneas en el margen de cada página.

Della volvió a asentir y Mason pasó otros diez minutos señalando los párrafos que deseaba añadir a su demanda.

De pronto, sonó el teléfono en la mesa de la secretaria, la cual levantó el receptor.

—Gertie, el señor Mason ha dicho que no quiere que se le moleste y... ¿Cómo...? Bueno, un instante. Gertie dice —agregó, dirigiéndose al abogado— que Marilyn Marlow está al aparato, en un terrible estado de histerismo. Quiere hablar con usted. Dice que es muy urgente.

—¡Maldición! —exclamó Mason, irritado—. Acababa de apartar a Dolores Caddo de mi memoria. Supongo que Marilyn estará manchada de tinta y muy contrita... Oh, bien, son las doce y cuarto y ya es hora de almorzar. Hablaré con ella.

Della Street pasó la comunicación a la extensión del escritorio de Mason.

—Hola —empezó a decir éste—, aquí Perry Mason.

La voz de Marilyn Marlow estaba teñida por la emoción.

—Señor Mason, algo... algo terrible acaba de suceder. ¡Es... es espantoso!

—¿Se trata de Dolores Caddo?

—No, no, no la he visto. Es algo peor que esto. ¡Algo terrible!

—¿De qué se trata?

—De Rose Keeling.

—¿Qué le pasa?

—Pues que... ¡que está muerta!

—¿Qué ha ocurrido? —gritó Mason.

—Está muerta en su apartamento. Asesinada.

—¿Dónde está usted?

—En el apartamento de Rose Keeling. En un edificio de...

—¿Quién está con usted?

—Nadie.

—¿Cuándo ha llegado?

—Ahora.

—¿Está dentro del apartamento?

—Sí.

—¿Se trata de un asesinato?

—Sí.

—No toque nada —le advirtió el abogado—. ¿Lleva usted guantes?

—No...

—¿Los lleva en el bolso?

—Sí.

—¡Póngaselos! —le ordenó Mason—. No toque nada. Siéntese en una silla y cruce las manos sobre el regazo. ¡Y no se mueva hasta que llegue yo! ¿La dirección es 2240 de Nantucket Drive?

—Sí.

—Aguarde, que salgo para ahí —le prometió Mason.

Colgó el receptor apresuradamente, corrió hacia el guardarropas, cogió el sombrero y se puso el abrigo.

—¿Qué pasa? —inquirió Della Street.

—Han asesinado a Rose Keeling. Quédese aquí y atienda a... No, venga conmigo, Della. Con un cuaderno de notas. Tal vez necesite un testigo y con toda seguridad me hará falta una coartada.

Capítulo IX

Perry Mason detuvo el coche junto al bordillo, delante del 2240 de Nantucket Drive.

El edificio estaba dedicado a apartamentos, y Mason, mientras subía corriendo los peldaños que conducían al portal, examinó la lista de inquilinos, viendo que Rose Keeling habitaba un piso de la segunda planta.

Mason probó la puerta. Estaba cerrada. Oprimió el timbre y al cabo de un momento la puerta se abrió gracias a un mecanismo eléctrico.

Della Street y el abogado se introdujeron apresuradamente en el edificio, y el segundo echó a correr escaleras arriba, llegando al apartamento con bastante ventaja sobre su secretaria.

Marilyn Marlow, pálida y aún emocionada por lo que acababa de descubrir, estaba aguardando en el pequeño vestíbulo.

—Bueno, no hemos tardado mucho, ¿eh? —exclamó el abogado—. ¿Qué ha sucedido?

—Pues... vine a ver a Rose... Y ella... ella estaba tendida en el suelo del cuarto de baño.

—Será mejor que se quede usted aquí, Della —le aconsejó Mason.

Rápidamente, recorrió el pasillo, asomó la cabeza hacia un dormitorio y, más allá divisó el cuerpo caído e inmóvil, destacando sobre un fondo de losetas teñidas de rojo.

Durante un instante, el abogado examinó los elementos de la tragedia: las maletas atestadas, el cuerpo desnudo, las ropas sobre la cama, la puerta del baño abierta. Luego, recorrió de nuevo el pasillo hacia la salita.

—¿Dónde está el teléfono? —preguntó.

Marilyn Marlow se lo indicó.

—Usted cogió el receptor y marcó mi número. ¿Ha llamado a alguien más?

—No.

—Esa llamada telefónica nos pone en un aprieto —masculló el abogado.

—¿Por qué?

—A las doce menos veinte —le explicó Mason—, yo llamé a este número. Mejor dicho, llamé mi secretaria. Y aquí había alguien. Evidentemente, alguien a quien no le interesaba que el teléfono sonara y que descolgó el aparato con suavidad.

—Tiene razón —le interrumpió Marilyn Marlow—. Cuando llegué, el aparato estaba colgando al lado de la caja. Lo habían sacado de su horquilla.

Y cuando lo puse en su lugar, al descolgar de nuevo tuve que esperar casi un minuto a tener línea.

—Sí —asintió Mason—, la persona que descolgó el receptor debió ser el asesino. Lo sorprendimos en la mitad de su terrible tarea y, o bien el continuo repiqueteo del timbre lo puso nervioso, o temió que atrajera la atención de algún vecino, por lo que corrió a descolgarlo. Sus huellas dactilares estarán en el aparato. Lo malo es que también están las suyas, Marilyn.

—¿Y eso qué tiene que ver? Le contaré a la policía exactamente lo sucedido y...

—A esto quería llegar —la atajó Mason—. No podemos contarle a la policía exactamente lo sucedido.

—¿Por qué?

—Probablemente, todavía no lo ha pensado, pero ha sido una suerte para usted que asesinen a Rose Keeling.

—¿Cómo?

—Rose Keeling —explícole Mason— fue testigo del testamento de George P. Endicott. Ahora la amenazaba con cambiar su testimonio. Estando viva podía hacerlo. Ahora que ha fallecido, ya no. Usted podrá utilizar su primera declaración en favor suyo cuando el testamento fue admitido a probación. ¿Lo entiende ahora?

—Sí.

—¿Cuánto hace que lo había entendido?

—Bueno... el señor Caddo fue el primero que me lo indicó claramente.

—O sea que él le sugirió que sería una gran ventaja para usted que Rose Keeling fuese suprimida.

—¡Cielos, no! Sólo dijo que si Rose Keeling podía ser alejada de aquí, me ayudaría mucho.

Los ojos de Mason parecieron querer taladrar los de la muchacha.

—¿Sabía usted que Rose Keeling representaría para usted una grave dificultad?

—Sí. Ya se lo conté.

—¿Y se lo contó también a Caddo?

—S... sí.

—O sea, que Caddo estaba enterado de todo el embrollo. A usted le gusta mucho hablar de sus asuntos.

—Creo que al señor Caddo le dije demasiadas cosas.

—¿Cómo fue verter en sus oídos tanta información?

—Bueno, tiene un modo de insinuar las cosas... Averiguó algunas, supuso muchas y... en fin, habla de un modo tan persuasivo que... que es difícil resistirse. A veces, incluso me resultaba difícil distinguir entre lo que yo le había contado y lo que suponía él.

—Y claro, usted se lo contó casi todo.

—En cierto modo, sí. Le puse al corriente de la situación.

—Bien —el abogado cambió de tono—, yo la telefoneé a usted y la avisé de que Dolores Caddo estaba furiosa, en pie de guerra.

La joven asintió.

—Usted tenía que advertir a Rose Keeling.

—Sí.

—¿Lo hizo?

—No inmediatamente.

—¿Por qué?

—Ocurrió algo que... que complicó la situación.

—¡Por el amor de Dios, hable claro! —exclamó Mason—. Le contó todo lo que no debía a un perfecto extraño y ahora se muestra reticente con su abogado. Vamos, ponga todas las cartas sobre la

mesa.

—La situación cambió inmediatamente —manifestó Marilyn.

—¿Por qué?

—Por una carta.

—¿Quién la escribió?

—Rose.

—¿Dónde está?

La muchacha abrió el bolso y extrajo un sobre que entregó a Mason.

El abogado estudió el sello estampillado, la dirección escrita con pluma, y la estampilla que indicaba las siete y media de la tarde anterior.

—¿Cuándo la recibió?

—Esta mañana, en el correo matutino.

Mason sacó del sobre una hoja de papel y procedió a leer la carta, escrita a pluma, por Rose Keeling.

Cuando hubo terminado volvió a leerla en voz alta en beneficio de Della Street.

Querida Marilyn:

No me gusta escribir esta carta. Tu madre y yo éramos amigas íntimas y haría por ella cualquier cosa, pero no puedo ser perjura. La verdad del asunto es que mi testimonio, cuando declaré ante el tribunal, era falso. Lo hice para ayudar a tu madre. En realidad, yo estaba fuera de la habitación cuando el enfermo firmó el testamento. Traté de decírtelo del mejor modo posible, pero tú pensaste que yo me había dejado sobornar por dinero. Oh, no, nada más lejos de mi pensamiento. Yo era muy amiga de tu madre y permití que esa amistad falsease mi declaración. Pero desde entonces me ha estado atormentando mi conciencia. He intentado no dificultar tu asunto, pero no puedo más. Por tanto, no tengo más remedio que declarar toda la verdad, aunque te perjudique. Sinceramente, tu amiga,

Rose.

—¿Esta mañana ha recibido esta carta? —insistió Mason, al

terminar la lectura.

La joven afirmó con el gesto.

—¿La había recibido ya cuando la telefoneé?

—Sí.

—Pero usted no me lo dijo.

—No.

—¿Por qué?

—Estaba segura... Bueno, Rose ya me había hecho algunas insinuaciones y pensé que me estaba apretando las clavijas. Creí que si se lo contaba, usted querría ir por el camino legal y que no me permitiría ofrecerle ni un centavo.

—Entonces, ¿intentaba prometerle darle algo?

—No sé qué intentaba hacer exactamente. Oh, señor Mason, esta carta es una mentira. Ella estaba en la habitación cuando se firmó el testamento. La declaración que prestó ante el tribunal fue la verdad. La verdad absoluta. Mi madre me lo dijo, lo mismo que Ethel Furlong. Ethel es una chica muy formal. Tiene muy buena memoria y recuerda todo lo que sucedió entonces como si fuera ayer. El señor Endicott se hallaba en la cama y...

—Ya hablaremos de esto cuando haya tiempo —la interrumpió Mason vivamente—. Lo que necesito ahora es reconstruir sus movimientos de esta mañana.

—Bien, pues recibí la carta y no supe qué hacer. Todo habría sido distinto de haber pensado por un solo instante que lo que decía la carta podía ser verdad, pero sabía que no era así. Entonces, me llamó usted hablándome de la señora Caddo, y por unos momentos pensé que no estaría mal que dicha señora le administrase a Rose una paliza. Me imaginé que esto haría que la pobre meditase sus actos.

—¿Pero cuando la telefoneé a usted, ya había recibido la carta?

—Sí.

—¿Qué más ocurrió luego?

—Estuve meditando unos instantes. Al fin, decidí llamar a Rose. Cogí el teléfono y le manifesté que quería hablar con ella. Había pensado contarle lo de la señora Caddo, pero por la forma como me contestó comprendí que estaba arrepentida de haberme escrito la carta. Se puso a llorar y exclamó: «¡Oh, querida Marilyn, ven a

verme inmediatamente, por favor!».

—¿Qué hizo usted?

—Cogí el coche y vine hacia aquí.

—¿Qué más?

—Rose me dijo: «Marilyn, tengo que hablar contigo, pero antes quiero serenarme. Por favor, iremos al club de tenis, jugaremos un par de sets y después hablaremos». Me avine a sus deseos, pero contesté que debía volver a mi apartamento a recoger mi equipo de tenis y la ropa para cambiarme aquí.

—¿Qué contestó Rose?

—Me dio una llave para que pudiese entrar directamente al volver. Añadió que había pasado por unos momentos muy malos, pero que todo iría bien. Bueno, me marché, fui a mi apartamento, deteniéndome en una tienda a comprar algo de comida, recogí mi equipo de tenis y regresé aquí. Al llegar, encontré abierta la puerta de abajo, por lo que no necesité la llave. Subí... y encontré... encontré... bien, entonces le llamé a usted inmediatamente.

—¿Vino directamente aquí desde su apartamento?

—No. Antes pasé por el banco.

—¿Por qué?

—No sabía lo que podía pasar —replicó Marilyn—. Supongo que fue una tontería, pero pensé que si Rose deseaba algún dinero... yo podría... hum... prestárselo. Ya sabe que el señor Endicott le regaló algunas joyas a mi madre antes de fallecer. Casi todas pertenecían a la familia desde hacía muchos años, pero algunas eran piezas modernas. Mamá vendió unas cuantas para tener algún dinero, y cuando ella murió, yo heredé esa cantidad. Estaba en una cuenta común, aunque no queda mucho. Si tenía que convencer a Rose, el dinero podía hacerme falta. Así que fui al banco y pregunté si podía sacar la cantidad que necesitaba, en un momento dado.

—¿Qué le contestaron?

—Oh, fueron muy amables.

—¿Les dijo para qué deseaba el dinero?

—No con claridad. Conté que debía atender a ciertos gastos en relación con la impugnación del testamento, a fin de proteger mi herencia. Los del banco me explicaron que no podían apoyarme en lo del testamento, ni confiar en el resultado del juicio, pero que

dentro de unos límites razonables, estaban dispuestos a prestarme cierta suma, con la condición de que si perdía el juicio y, por tanto, la herencia, les entregaría joyas por el valor de la cantidad prestada.

—¿No le pidieron las joyas por anticipado?

—No.

—¿Cuántas joyas son?

—El banco dice que valen unos setenta y cinco mil dólares...

Bueno, lo que queda.

—¿Vendió muchas su madre?

—No. Por valor de cinco o seis mil dólares.

—¿A qué hora habló usted por teléfono con Rose Keeling?

—A las once y diez minutos.

—¿Y vino aquí directamente?

—Sí.

—¿A qué hora?

—Oh, hacia las once y veinticinco.

—¿A qué hora volvió de nuevo?

—Unos cuatro o cinco minutos antes de llamarle por teléfono a usted.

—¿Y qué encontró?

—Ya se lo dije. La puerta de abajo estaba entornada. La empujé, entré, cerré... y al llegar aquí lo hallé todo tal cual está.

—¿Eché alguna ojeada por el apartamento?

—Sólo entré en el dormitorio. Grité: «¡Hola, Rose!» y me dirigí a su cuarto, y allí... Bueno, ya sabe lo que vi. Me trastorné y me sentí mareada. Retrocedí y... cogí el teléfono y le llamé a usted.

—Aguarde aquí —le ordenó Mason—. No toque nada. Ni se quite los guantes. Voy a echar una ojeada.

—¿Le acompaño? —se ofreció Della Street.

—No, es terrible, Della —rechazó Mason el ofrecimiento—. Evidentemente, el asesino utilizó un cuchillo. Siéntese, procure no tocar nada y vigile a Marilyn. Trate de que no se ponga enferma.

—Oh, ya estoy mejor, señor Mason —manifestó la aludida.

Mason recorrió otra vez el corredor hasta el dormitorio, procurando no tocar nada y dando un rodeo por el charco de sangre que relucía bajo el cuerpo desnudo caído en el suelo, algo de costado, con los brazos extendidos hacia delante, como si en un

último impulso, Rose hubiera tratado de suavizar el choque con el suelo.

Había dos maletas que habían llenado con gran cuidado. Se hallaban en el suelo, abiertas, cerca del armario. Sobre el tocador había un montón de ropas, muy bien colocadas. Sobre la cama se veía ropa interior y algunas medias. En el suelo, bajo la cama, hecho una bola, se hallaba un vestido de calle, con la parte inferior de la falda manchada de sangre.

Entre el cadáver y el cuarto de baño había una toalla grande con manchas de sangre. Estaba caída en el suelo, delante mismo de la puerta del baño.

Mason evitó el charco de sangre para mirar dentro del cuarto de baño.

El aire todavía estaba húmedo, lleno de vapor. En el espejo se veían aún los regueros dejados por las gotitas de agua, al condensarse el vapor.

El cuarto de baño contenía un armario de medicinas, un cesto para la ropa, un espejo, una estantería para los artículos de higiene personal y otros objetos propios del lugar. Allí no había sangre por ninguna parte.

Mason inspeccionó una vez más el dormitorio. Cerca del armario había un par de zapatos de tenis, una raqueta dentro de su estuche y una bolsa con tres pelotas. La raqueta estaba apoyada en la pared. La bolsa de las pelotas se hallaba encima de los zapatos.

Unos puntitos blancos atrajeron la atención de Mason, el cual se inclinó para examinarlos más claramente y sacar conclusiones.

Parecían restos de ceniza caída de un cigarro, esparcida por el suelo. Alguien había arrojado, así mismo, detrás de la puerta, un cigarrillo a medio fumar, el cual se había ido consumiendo por sí solo, dejando una mancha tostada en el suelo y la ceniza sin deshacer.

Mason salió del dormitorio, echó un vistazo en la cocina y luego pasó al comedor. Desde allí, una puerta conducía a un dormitorio y otro cuarto de baño. Evidentemente, era un dormitorio sin ocupar. Estaba mal ventilado y la colcha del lecho mostraba una ligera capa de polvo.

Mason regresó a la salita.

Della Street levantó rápidamente la vista, indicando significativamente a Marilyn.

La joven seguía sentada con las manos enguantadas cruzadas sobre su regazo. Su palidez destacaba el tono anaranjado de su maquillaje.

—Marilyn, ¿me dirá usted toda la verdad? —preguntóle el abogado.

—Sí.

—¿Toda la verdad?

—Sí.

—¿Le dijo Rose Keeling que quería jugar al tenis?

—Sí.

—¿Era una buena tenista?

—Sí.

—Opino que este apartamento es muy grande para una mujer sola.

—Tuvo una amiga hasta hace unas dos semanas. Pagaban a medias.

—Aun así, esto es muy grande.

—Rose tenía un contrato de alquiler por cierto tiempo. Bastante tiempo. Pagaban poco. Podía tener una realquilada, y con lo que sacaba casi lo tenía todo pagado. Lo sé muy bien.

—¿No permitía entrar muebles?

—Exacto.

—¿Y le entregó a usted una llave?

—Sí.

—¿La utilizó usted?

—No. Hallé la puerta de abajo abierta.

—¿Dónde está la llave?

—Pues... no lo sé —tartamudeó Marilyn—. Supongo que la dejé por ahí...

Della Street indicó una mesita que contenía unas revistas, unos álbumes de discos y un transistor.

La llave brillaba junto al aparato de radio.

Mason cogió la llave con sumo cuidado y sopló sobre la mesa para eliminar el posible polvo acumulado. Luego, se metió la llave en un bolsillo de su chaqueta.

Marilyn lo contemplaba con fascinación.

—Marilyn, voy a arriesgar mi cuello por ayudarla —le espetó el abogado—. ¿Quiere cabalgar conmigo en el mismo caballo?

—¿A qué se refiere?

—¿Puede protegernos a Della y a mí, si necesitamos su ayuda?

—Sí. Haré lo que sea preciso. ¿Por qué?

—En este asunto, usted se juega mucho, Marilyn —observó Mason con voz baja y amable—. La carta que ha recibido esta mañana la crucifica a usted. No es razonable suponer que Rose le escribiera esta carta y luego se comportase con usted tal como dice.

—Oh, señor Mason, le he contado toda la verdad.

—La creo. Lo malo es que no la creerá nadie más. Ningún jurado la creería. La policía pensará que usted recibió la carta, que vino a ver a Rose, que la encontró haciendo el equipaje, que ella se negó a ayudarla a usted, ratificando su primera declaración. Que usted sabía que si Rose quedaba incapacitada para cambiar su testimonio, usted podría utilizar el primero de la impugnación del testimonio. Que sabía que si ella cambiaba su declaración, la herencia se esfumaría ante sus ojos. Oh, sí, la policía pensará que se hallaba usted en un mal paso. Usted vino a ver a Rose y la encontró terminando de hacer las maletas. Estaba a punto de largarse de aquí. Usted no podía dejarla marchar y la mató. Pero después, tras reflexionar fríamente, sacó del armario el equipo de tenis. Sabía dónde lo guardaba ella.

—Señor Mason, esto es falso, completamente absurdo. ¡Jamás cometería un acto tan... tan criminal!

—No digo que usted lo cometiese —objetó Mason—. Sólo repito lo que la policía pensará. Además, tan pronto como se haga pública la carta, las posibilidades de heredar los bienes del difunto Endicott serán casi nulas.

—Lo comprendo.

—Aunque Rose Keeling no pueda cambiar su testimonio, el contenido de esta misiva, al llegar a la prensa, le creará a usted un ambiente de abierta hostilidad.

—Lo sé.

—Y sus huellas dactilares están en el teléfono. Evidentemente, también se hallan en él las del asesino, porque debió de ser él quien

levantó el receptor y lo dejó colgando.

Marilyn asintió.

—Bien, hay ocasiones en que un abogado —continuó Mason— tiene que obedecer a su instinto. Existen algunas pruebas que me incitan a creer que aquí hubo otra persona en los sesenta minutos transcurridos desde que usted habló con Rose por teléfono y el momento en que volvió usted aquí por segunda vez. Pero me es imposible presentar estas pruebas ante el tribunal.

—¿Cuáles son las pruebas?

—Es mejor que no las sepa. ¿Se encuentra usted tranquila, Della? —preguntó a su secretaria, cambiando de tono.

La joven inclinó afirmativamente la cabeza.

—Quiero que venga conmigo un instante.

Ella le siguió por el pasillo y ambos se detuvieron ante la puerta del dormitorio.

—No toque nada —le advirtió Mason—. Quédese aquí. Eche una ojeada desde fuera. Yo opino que esto que hay junto a la cama es ceniza de un cigarro. Fíjese en aquel cigarrillo casi consumido al lado de la puerta. Observe las ropas de las maletas y aquel montón de prendas bien dobladas encima del tocador.

—Esa muchacha estaba preparando el equipaje para marcharse —observó Della Street.

—Y estaba tomando un baño —añadió Mason—. Fíjese en la ropa interior de la cama.

Della Street asintió.

—Nadie se baña antes de jugar al tenis —continuó el abogado—. Al parecer, la asesinaron en el mismo momento en que salía del baño.

Della Street volvió a recorrer el dormitorio con la mirada.

—Hay una bolsa de viaje sobre la cama. Rose Keeling no intentaba jugar al tenis. Se marchaba de aquí. O bien le mintió a Marilyn en lo del tenis, o Marilyn nos está mintiendo a nosotros.

—Opino que Marilyn dice la verdad —replicó Mason—, pero no comprendo por qué tenía que tomar Rose Keeling un baño caliente antes de salir a jugar al tenis.

—¿Podemos revisar todo esto? —inquirió la secretaria—. ¿Abrir los cajones?

Mason sacudió negativamente la cabeza.

—Ya hemos hecho demasiado. No debemos tocar nada, ni siquiera el tirador de un cajón. Vamos y veremos qué hace Marilyn.

Mason llevóse un dedo a los labios reclamando silencio y avanzó de puntillas por el pasillo. Della Street, extrañada, le siguió del mismo modo.

Marilyn Marlow se hallaba sentada ante la mesita que sostenía el teléfono. Tenía los labios fuertemente apretados, en una línea de determinación, y estaba muy ocupada limpiando el receptor con un pañuelo de bolsillo.

—¿Qué hace, Marilyn? —la voz del abogado resonó por todo el apartamento.

La joven se sobresaltó, soltó el aparato, y, comprendiendo que había sido atrapada, volvió a cogerlo y siguió frotándolo.

—Quito mis huellas del teléfono.

—Y con toda seguridad, también ha eliminado las del asesino.

—¡Tenía que hacerlo!

—¿Dónde está la carta? —preguntó Mason.

—En mi bolso.

—No debía haber borrado sus huellas del receptor —le reprochó el abogado.

—¡No quiero que se me relacione con este asunto! No puedo permitirlo.

—Está bien, Marilyn —la voz de Perry Mason sonaba fatigada—, por enésima vez me veo obligado a arriesgar mi pellejo por salvar a un cliente. Pero no debería hacerlo. Sé de sobras que me habré arrepentido mil veces antes de que este caso esté terminado, pero cuando suceden cosas como ésta, no puedo obrar de otra forma. Las circunstancias están contra usted y se halla en una posición muy incómoda.

—¿Qué piensa hacer?

—Marcharnos todos de aquí. Dejaremos la puerta ligeramente entornada. Usted cogerá el coche y se marchará a casita. Della Street y yo volveremos tan pronto como usted esté lejos. Hallaremos la puerta parcialmente abierta. Entraremos y lo encontraremos todo tal como está ahora. Entonces, llamaremos a la policía.

—¡Llamarán a la policía! —se asustó Marilyn.

Mason inclinó afirmativamente la cabeza.

—Pero... pero esto hará que vengan y que... que...

—No puedo obrar de otro modo, Marilyn —se defendió Mason—. Algunas veces puedo recurrir a una triquiñuela, pero no me atrevo a dejar de llamar a la policía cuando tropiezo con una cosa así. De lo contrario, me convertiría en cómplice del hecho. Sin embargo, cuando hable con la policía sólo les hablaré de mi segunda visita, no de la primera a este apartamento. Declararé que vine a ver a Rose Keeling, que Della Street me acompañaba, y que la puerta debía estar cerrada, pero sin que el cerrojo hubiese sido corrido; que llamamos al timbre y que al oír un zumbido supuse que era el mecanismo eléctrico para abrir la puerta; que empujé, que se abrió y entramos, y que, ante nuestra enorme sorpresa, no hallamos a nadie en la salita. Que miramos en el dormitorio, que encontramos el cadáver y que decidimos llamar a la policía.

—¿No les hablará de mí?

—No, a menos que me pregunten por usted específicamente. Como es natural, la policía no me preguntará si he estado esta mañana otras veces aquí. Por tanto, les contaré literalmente la verdad, aunque sin manifestar lo referente a esta primera visita.

—¿Quiere que destruya la carta?

—Esta carta la crucifica a usted —repitió el abogado—. En cierto sentido, es una prueba. Una prueba contra usted. Como abogado, mi consejo es que la entregue a la policía. Pero si usted desoye mi advertencia y destruye la carta, asegúrese de que no quede ningún resto. Quémela y reduzca las cenizas a polvo. ¡Y sople encima! ¿Entendido?

—Creo... creo que sí.

—Bien, vámonos —decidió el abogado—. Salgamos de aquí. Dejaremos la puerta entreabierta, a fin de poder abrirla luego de un simple empujón.

—¿Hace todo esto por mí? —quiso saber Marilyn Marlow.

—Cuando me miró a los ojos —repuso Mason—, y me aseguró que no tenía nada que ver con la muerte de Rose Keeling, la creí.

La joven se le acercó impulsivamente, le puso una mano en el hombro y volvió a mirarle fijamente.

—Señor Mason, le juro que no tengo nada que ver con este

crimen. Le digo la verdad. Y le he contado exactamente lo que sucedió.

—Está bien —asintió Mason—. Le tomo la palabra. Vámonos.

Marilyn miró dubitativamente a Della Street.

—No se preocupe por Della —la tranquilizó el abogado—. No es la primera vez que está en el frente de batalla.

—¿Y qué ocurrirá —inquirió Marilyn—, si la policía suma dos y dos? ¿Si averiguan lo sucedido?

—Si son tan listos, descubrirán quién mató realmente a Rose Keeling.

—Sí, es posible —el tono de la muchacha no indicaba el menor entusiasmo.

—La cuestión estriba en saber si apoyará usted todo lo que yo haga —refunfuñó Mason—. Estoy arriesgando mucho. ¿Lo comprende?

—Oh, señor Mason, jamás le defraudaré. Puede contar con mi lealtad en un ciento por ciento. ¡Un mil por ciento!

—Con cien ya es bastante. Vámonos.

Capítulo X

El teniente Tragg salió del dormitorio, diciéndole a Perry Mason:

—¿Tocó usted algo?

—Sólo el aparato telefónico.

—¿Cómo estaba usted aquí?

—Rose Keeling era testigo de un testamento.

—¿Quién se beneficia del mismo?

—Una mujer llamada Marlow. Ya falleció.

—¿Cuándo?

—Hace dos meses.

—¿A quién representa usted?

—A su hija.

—¿Cómo se llama? ¿Cuáles son sus señas?

Mason nombró a Marilyn Marlow, dando los demás datos.

—¿Sabe su número de teléfono?

—Seguro. Ya la llamé.

—¿Cómo que la llamó usted?

—La llamé al mismo tiempo que a usted.

—¿Desde aquí?

—Sí.

—¡Qué desfachatez!

—¿Por comunicarle a mi cliente un suceso como éste? No sea tonto.

—¿Telefoneó a alguien más?

—No.

—¿Sólo dos llamadas?

—En efecto.

—¿Quién estuvo aquí? ¿Cómo entraron ustedes?

—La puerta debía estar entornada. Tocamos al timbre y

esperamos a que sonase el zumbador, indicando que la puerta se abría. Empujé. Se abrió la hoja de entrada. Bien, pensé que era cosa del mecanismo eléctrico, pero debí equivocarme. Por lo visto, el cerrojo no debía estar pasado.

—¿Y entraron ustedes?

—Sí.

—¿Husmeando por todo el apartamento? Un apartamento de mujer...

—Della Street estaba conmigo.

—¿Quién halló el cadáver?

—Yo.

—¿Entró la señorita al dormitorio?

—No. Se quedó en esta habitación.

—¿Qué hizo usted?

—Retroceder inmediatamente.

—¿Y me llamó al instante?

—¿Qué cree, que me senté aquí, husmeando el ambiente durante quince minutos antes de llamarle? —preguntó Mason, con sarcasmo.

Tragg mordió su cigarro meditativamente.

—¿Alguna teoría?

—Seguro. La joven estaba haciendo las maletas. De pronto decidió tomar un baño. Sus prendas interiores se hallaban esparcidas encima de la cama...

—Todo esto salta a la vista.

—O sea —prosiguió Mason—, que la joven estaba a punto de largarse, y lo último que necesitaba era bañarse antes de vestirse y dejar el apartamento.

—¡Esto lo ve hasta el policía más tonto! —gruñó Tragg.

—Por tanto —añadió Mason—, debía pensar estar de camino poco tiempo después de tomar el baño. Si llama usted al aeropuerto, tal vez encuentre alguna reserva de pasaje a su nombre en cualquier avión. A menos que haya un billete de ferrocarril en su bolso, o reservado en la ventanilla de alguna estación.

—¿Cree que pensaba efectuar un viaje largo?

—Al ver lo atestadas que están sus maletas, esto parece obvio.

—¿Alguna otra idea?

—No.

—¿Qué dijo esa Marilyn Marlow cuando usted la llamó para notificarle la muerte de Rose Keeling?

—Quería preguntar muchas cosas, pero yo no tenía tiempo ni humor para contestarlas y colgué.

—¿Por qué?

—Porque tenía que llamarle a usted.

—O sea, que la llamó a ella primero.

—Así es.

—Pues su obligación es comunicar inmediatamente a la policía el hallazgo de un cadáver.

—Por eso sólo tardé un par de segundos en notificarle a mi cliente la muerte de Rose Keeling, y después colgué al instante.

—Fue una maldita casualidad que Della Street estuviera con usted —rezongó el teniente de policía.

—¿De veras?

—¿Por qué deseaba usted ver a Rose Keeling?

—Respecto al testamento. Necesitaba una declaración.

—¿Sobre qué?

—Sobre su testimonio en el caso.

—¿Ocurre algo anómalo?

—Quería comprobar con ella su declaración, nada más.

—¿Habló con ella?

—No.

—¿La conocía?

—Tampoco.

—Entonces, ¿por qué tanta prisa por comprobar su declaración?

—No tenía ninguna prisa. Precisamente, había estado posponiendo la entrevista.

—¿Sabe cuál había sido su testimonio?

—Sí. Declaró cuando el testamento fue admitido a probación. Y ahora, el testamento iba a ser impugnado. Yo estaba comprobando todos los hechos, por mera rutina, para ver si algún testigo había pasado algo por alto que pudiera beneficiar a mi cliente. Deseaba conocer todos los antecedentes del caso.

Tragg se rascó la barbilla con la punta de los dedos.

—Cuanto más pienso en ello, Mason, más me gusta la idea de

ponerles a usted y a Della Street fuera de la circulación por un rato —volvióse a uno de los agentes de paisano y añadió—: Llévese al señor Mason y a la señorita Della Street y méталos en un coche patrulla. Y no los deje marchar hasta que yo avise. Asegúrese de que no telefonean ni se comunican con nadie, no les deje susurrar entre sí. Si desean hablar, que lo hagan en voz alta.

—Eso es un ultraje, Tragg —exclamó Mason—. Estoy muy ocupado. ¡Tengo mucho trabajo!

—Lo sé —repuso Tragg de buen humor—, pero quiero asegurarme de que el trabajo que le aguarda no se entrometerá con el trabajo que me espera a mí.

—¿Cuánto tiempo debo estar en custodia?

—Hasta que termine mis investigaciones aquí.

—¿Cuánto será eso?

—Cuando crea haber encontrado lo que estoy buscando.

Capítulo XI

Mason y Della Street se hallaban sentados en el asiento posterior del coche patrulla. El policía de uniforme que ocupaba el asiento delantero poseía unos hombros enormes, un cuello grueso, una frente estrecha, unos ojillos pequeños y muy hundidos, una prominente barbilla y una nariz maltratada que debió ser aplastada y abandonada a sí misma, a juzgar por sus cicatrices.

—Della, hay una cosa... —comenzó a murmurar Mason.

—¡Nada de susurros! —gruñó el policía.

—Sólo quería darle unas instrucciones a mi secretaria.

—¡Pues hágalo en voz alta! Yo he de escucharlo todo.

—No creo que nadie tenga derecho a ordenarme en qué tono de voz he de hablar, ni qué instrucciones debo darle a mi secretaria.

El policía se limitó a abrir la portezuela de su costado, saltar al suelo, abrir la portezuela posterior, subir y, tras empujar a Mason a un lado, sentarse.

—Adelante, muchacho —exclamó—. Usted, señorita déjeme sitio... ¡Aja-já! Me sentaré entre ustedes. El teniente ordenó que no susurrasen ustedes, y cuando Tragg ordena que nadie susurre, no susurra ni una mosca.

—Tragg no tiene derecho a ordenar tal cosa —protestó el abogado.

—De acuerdo. Continúe. No tengo intenciones de impedirle nada que sea legal. ¿Quiere susurrar? Susurre... pero conmigo en medio.

Durante unos segundos todos guardaron silencio.

—El Coeficiente de Inteligencia verbal —murmuró de repente Perry Mason— de nuestro estimado contemporáneo del refuerzo gubernamental del gobierno parece estar limitado a lo vernacular.

—¿De veras? —preguntó Della Street.

Mason, tras contemplar el inexpresivo rostro del policía, continuó:

—Podríamos intentar la circulación polisílaba. La eliminación de uno de los suscriptores a una cláusula de un atestado formal aumenta la importancia del restante miembro del tercero que se hallaba presente en el momento de la ejecución testamentaria.

—¿Pero qué diablos...? —gritó el policía.

—¿Son necesarias algunas medidas remediabiles por nuestra parte? —inquirió Della Street con suma gravedad.

—No necesariamente remediabiles —repuso Mason—, pero sí precaucionarias.

—¿En qué sentido?

—En vista de la quirografía transmitida ayer, podrían revelarse detalles específicos del superviviente de los que estaban presentes en los incidentes ceremoniales para legalizar la causa de la controversia testamentaria; y en caso de que yo quedara indebidamente detenido, usted debería avivar los asuntos en la dirección anterior a los interrogatorios de...

—¡Eh, basta, basta! —estalló el policía—. ¿Qué verborrea es la suya? ¿Quieren que me ponga duro?

—No creo que pueda amordazarnos, sólo porque Tragg nos necesite como testigos materiales.

—¿Cómo demontres puedo saber para qué los necesita? —gruñó el policía—. Lo que sí sé es que puedo esposarle a usted, señor Mason, y atarle a la columna del portal. Y si piensa librarse pronto de nosotros, le resultará más fácil si le doy al teniente buenas referencias de ustedes. Pero si trata de marearme con sus camelos, tardará mucho más.

—Sí —afirmó Della—, supongo que en lo que dice no anda muy desencaminado, por lo que en este asunto no veo la necesidad de añadir puntos de aclaración.

—¿Con quién habla, conmigo? —sorprendióse el agente.

Della Street asintió.

—Bueno, cuando quiera cantar algo para mí, haga un solo. No balbucee, sino cante.

—Perdone, lo había olvidado.

—¿Olvidar, qué?

—Nada —la joven volvióse hacia Mason—. Posiblemente, un asunto de emergencia podría dar como resultado una parte de la fuerza clerical del incidente en la transacción de nuestro caso, al ser liberado de...

—¡Cáscaras! —protestó el policía—. ¡Basta ya! ¡Cállense! Otra palabra y los separo para que no tengan oportunidad de camelar.

Pasó a la parte delantera del coche y manejó el contacto de la radio.

—Coche noventa y uno, coche noventa y uno —transmitió—. Llamando al teniente Tragg. Díganle que los dos pájaros que vigilo por orden suya insisten en cantar por su cuenta. ¿Qué debo hacer?

—Coche noventa y uno —repitió una voz—. ¿Un mensaje para el teniente Tragg?

—Sí. Ya sabe dónde está. Allí hay un teléfono. Comuníquese con él.

—Al fin y al cabo —murmuró Mason—, nuestra conversación no era más que...

—¡Cállese!

—Bueno, si se pone usted así... —masculló el abogado, encogiéndose de hombros.

—¡He dicho que se calle!

Mason le guiñó el ojo a Della Street y guardó silencio.

El agente dio media vuelta en su asiento, con la frente perlada de sudor, y miró ferozmente a los dos detenidos.

Unos momentos más tarde se abrió la puerta del edificio donde había sido asesinada Rose Keeling, y el teniente Tragg avanzó hasta el coche.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

El policía señaló con el pulgar.

—Esos dos pájaros que no dejan de cantar. Les impedí hablar en susurros y empezaron a soltar unos camelos tan grandes como el puente del Golden Gate.

—Bien, Mason —gruñó el teniente—, pensé que sabría comportarse debidamente. Ya veo que no. ¡Salga!

—Pero, teniente, si yo solamente...

—¡Salga!

El agente abrió la portezuela y asió a Mason por las solapas de la

chaqueta.

—Cuando el jefe dice que salga, usted sale. ¡Vamos!

—Ya voy...

—Venga conmigo —ordenó Tragg.

Mason le siguió hasta el portal. Allí, Tragg se volvió bruscamente.

—Espere un momento. Tengo que darle unas instrucciones al agente.

Mason sentóse en un peldaño mientras Tragg descendía de nuevo a la acera.

Tragg y el agente conversaron en tono bajo, y el segundo regresó al coche. Tragg volvió al lado del abogado.

—¿Qué intentaban hacer ustedes dos? —quiso saber el teniente.

—Creo que yo me he portado bien —confesó Mason, con fingida humildad—. Al fin y al cabo, teniente, le conté todo lo que sé y tengo mucho trabajo.

Tragg asintió.

—Además —siguió Mason—, la señorita Street tiene que terminar toda la correspondencia y la...

Tragg apretó los labios, luego empezó a decir algo y se contuvo.

—Uno de nosotros ha de volver al despacho —insistió Mason.

Aparentemente, Tragg cambió de idea y llamó al agente que estaba en el coche.

—Acompañe a la señorita Street a la oficina del señor Mason, déjela allí y luego siga instrucciones.

—A la orden —repuso el agente y casi inmediatamente empezaron a salir vaharadas de humo del tubo de escape del coche patrulla.

—Usted, suba conmigo —agregó Tragg, dirigiéndose a Mason—. Deseo hablar un poco más con usted.

—Encantado, teniente.

El coche patrulla arrancó como una flecha.

—Me gustaría que mi secretaria llegara al despacho de una sola pieza —se intranquilizó el abogado.

—Oh, seguro, seguro —rezongó Tragg—. Ese agente la cuidará como si fuera una cesta de nuevos. Es uno de nuestros mejores conductores.

—Pero parece excesivamente suspicaz.

—Depende de lo que usted entienda por «excesivamente» —respondió Tragg—. Ustedes estaban susurrando.

—Tenía que darle a Della unas instrucciones para una demanda.

—Puede confiar en nuestra discreción.

—No he de confiar en la discreción de nadie —objetó Mason—. Tengo derecho a cuidar de mis asuntos, y no tengo por qué transmitirle instrucciones a mi secretaria por entre una red de policías...

—Bueno, bueno —interrumpióle Tragg—, sin mal humor, Mason. Sólo quería asegurarme de su historia. Bien estaremos aquí unos instantes y luego veré si puedo dejarle marchar. Enséñeme de qué forma estaba entornada la puerta cuando ustedes llegaron.

—No estoy muy seguro, teniente. Pensé que había oído un zumbador y... Bueno, ya sabe usted cómo se abren estas puertas mediante un mecanismo eléctrico.

—Adelante —animó Tragg al abogado, tras contemplarle atentamente.

—Bien, toqué el timbre y me pareció oír el zumbador. Pero no podría jurarlo. Empujé la puerta y ésta se abrió, por lo que presumí que alguien había contestado a mis timbrazos.

—¿No sabe si la puerta estaba entornada o no?

—Actué de manera casi mecánica. Oí lo que me pareció un zumbido y empujé la puerta.

—¿Cree ahora que oyó el zumbido?

—Una mujer muerta no creo que pueda accionar ningún mecanismo —observó Mason.

—Exacto. ¿Estaba Della Street con usted?

—Sí.

—Naturalmente, Mason, usted no sería capaz de suprimir pruebas.

—¿Pruebas?

—Eso mismo.

—Supongo que se refiere a pruebas respecto al crimen. Respecto a otras clases de pruebas —añadió el abogado—, no sólo tengo derecho a suprimirlas sino que es mi deber.

—¿Cómo dice?

—Yo tengo que proteger los intereses de mis clientes. Debo ser fiel a su confianza.

—A su confianza, sí, pero esto no significa que pueda usted suprimir pruebas.

—Puedo suprimir todas las pruebas que me interesen —replicó Mason—, siempre que no se trate de evidencia que apunte directamente a un crimen.

—En esto existe una diferencia de opinión —masculló el teniente—. Me refiero a qué pruebas apuntan a un crimen y cuáles no.

—Tal vez.

—Y no me gustaría que hubiera llegado usted a una decisión sobre este asunto.

—¿Cree que oculto algo?

—Sólo me interesa saber cómo entraron ustedes, nada más —respondió Tragg.

—Ya se lo he contado.

—Debió equivocarse usted cuando creyó oír el zumbador.

—Ésta es la conclusión más lógica.

—¿Conoce algún motivo para este asesinato?

—Ni siquiera conocía a la muerta —repuso Mason.

—Una enfermera, ¿verdad?

—Eso tengo entendido.

—Bien, siéntese, Mason —indicóle el teniente—. Terminaré con usted en seguida. Volveré tan pronto como haya comprobado un par de detalles.

Mason acomodóse en la salita y Tragg entró en el dormitorio. El abogado, de cuando en cuando, veía algunos destellos lumínicos, cuando los fotógrafos entraban en acción en el dormitorio. El abogado consultaba con impaciencia su reloj, hasta que extrajo un cigarrillo del bolsillo, rascó una cerilla, lo encendió y comenzó a fumar nerviosamente.

—Si no le importa, señor Mason —le interpeló el agente que estaba de guardia a la puerta—, será mejor que se meta la cerilla chamuscada en el bolsillo. Podría confundirnos si la deja en el cenicero.

Mason asintió y se guardó la cerilla en un bolsillo.

De pronto se abrió la puerta del dormitorio.

—Bueno, Mason —exclamó Tragg—, creo que no es necesario entretenerle más. ¿Tiene aquí el coche?

—Sí.

—Por ahora no tengo más que preguntarle. ¿Recuerda algún otro detalle?

—Creo haberle dicho cuanto sé —manifestó Mason.

—De acuerdo, puede marcharse —asintió Tragg. Luego, volvióse al guardia de la puerta—. Deje salir al señor Mason.

El abogado se despidió del teniente, cruzó el umbral, descendió la escalera, anduvo media manzana hasta su coche, saltó al mismo y condujo hasta divisar un cartel que anunciaba un teléfono público.

Metió la moneda en la ranura, marcó el número de su oficina y a los pocos segundos estaba hablando con Gertie.

—De prisa, Gertie. Quiero la dirección de Ethel Furlong, el otro testigo del testamento, y...

La voz de Gertie sonó llena de excitación.

—Della ya ha llegado. Se ha vuelto a marchar en un taxi. Camino del número 6920 de la avenida South Montet.

—Gracias —dijo Mason—. No le diga a nadie dónde estoy. Si telefonea la policía, conteste que no he vuelto al despacho y que me está esperando. ¿Dice que Della se marchó en taxi?

—Sí.

—¿Cuánto hace?

—Tres o cuatro minutos. Llegó en un coche de la policía. Della me contó que la carrera había sido de locura. Sí, aquel agente parecía loco y la sirena...

—Comprendo —la atajó Mason—. Supongo que llegaré allí casi al mismo tiempo que ella.

—Señor Mason, ¿puede contarme qué sucede? Della tenía tanta prisa...

—Yo también. Cierre la oficina a las cinco, Gertie y váyase a casa... y gracias.

—Oh, señor Mason, me gustaría tanto poder ayudarle en algo...

—Muchas gracias. La llamaré si la necesito. Adiós.

Mason saltó de nuevo al coche y se lanzó a fondo por el bulevar que atraviesa la ciudad. Llegó en veinte minutos al sitio donde la

avenida South Montet cruza al bulevar por la manzana 5200.

Mason torció a la derecha y apenas había avanzado otras dos manzanas de edificios cuando se puso a la altura del taxi donde iba Della Street.

Mason tocó el claxon.

Della levantó la vista con aprensión, para trocar su expresión en una intensa sorpresa. Tabaleó en el cristal, para indicarle al chófer que parase.

Después, Della abonó el importe de la carrera y corrió hacia el coche de Mason.

—¿Qué tal? —inquirió el abogado.

—Bien... ¡pero aquella carrera con aquel agente tan loco...!

—¿Intentó sonsacarla?

—No.

—¿Ni una palabra?

—No.

—¿Pretendió obtener una cita?

—Tampoco.

—Ese tipo resulta gracioso —comentó el abogado—, pero no sé de qué modo. Bien, veremos qué nos cuenta Ethel Furlong.

Hallaron el número del edificio de apartamentos en el lado oeste de la calle. Della Street revisó la lista de inquilinos.

—Aquí está... apartamento 926.

Apretó el timbre repetidas veces.

No hubo respuesta.

Mason frunció el entrecejo.

—Mala suerte si no está en casa, Della. Apriete otro botón y tal vez alguien nos deje entrar.

Della apretó dos o tres botones al azar y, al cabo de un momento, el mecanismo del cierre soltó el pasador.

Della Street y Perry Mason penetraron en el edificio y cogieron el ascensor hasta el piso noveno.

Al acercarse a la puerta del apartamento 926, Della Street observó:

—Hay un sobre en el suelo.

—Probablemente, una nota diciendo cuándo volverá —replicó el abogado.

Recorrieron rápidamente el corredor, yendo Della en cabeza.

—Vaya, es un sobre dirigido a usted, jefe —exclamó.

—¿Está ahí mi nombre? —preguntó Perry Mason con incredulidad.

—Sí.

Della le entregó el sobre, que ostentaba las palabras «Al señor Perry Mason», escritas con una caligrafía regular.

Mason despegó la solapa del sobre.

—Aún está húmedo —comentó—. Lo pegaron hace un par de minutos a lo sumo.

Desdobló la nota, leyó el mensaje y de pronto estalló en una carcajada.

—¿Qué pasa? —quiso saber Della Street.

—Escuche, Della.

Distinguido señor Mason:

Muchas gracias por la insinuación que nos ha permitido conseguir la historia de Ethel Furlong antes de que usted pudiera aleccionarla. Tragg llamó a la oficina del Agente de Probación y obtuvo su nombre y dirección. Gracias a su erudita conversación con la estimada señorita Street, pude anticiparme a sus planes. Tal vez le interesa saber que conquisté buena puntuación en debate legal y que estuve en el equipo de debates de la facultad que ganó el campeonato de debates en 1949. Mi fisonomía quedó algo estropeada debido a la errónea impresión de que me hallaba en posesión de los conocimientos pugilísticos necesarios para abrirme paso en tal profesión. No se inquiete por Ethel Furlong. Se halla en buenas manos y cuando hayamos terminado con ella, tendremos su historia en blanco y negro, con su firma al final. Después de todo, de nada habría servido que usted tratara de hacerle cambiar un poco la versión.

Con los mejores deseos...

Chófer del coche 91

—¡Ese zopenco...! —explotó Della, con indignación.

—Eso demuestra el riesgo de juzgar a la gente por su aspecto —

la interrumpió Perry Mason—. Permitted que charlásemos sin parar y...

—¿Dónde estamos ahora? —Della aún estaba indignada.

—Temporalmente, fuera de juego.

—¿Qué hacemos?

—Volver al despacho —decidió Mason—, y darle a Paul Drake una ingente cantidad de trabajo. Y la próxima vez que nos tropecemos con un policía «tonto», Della, nos olvidaremos de las narices rotas y de las orejas grandes, y nos enteraremos de si posee un diploma en medicina o en filosofía y letras, colgando de la pared de su salita. Andando.

Capítulo XII

Los hermanos Endicott, dos varones y una hembra, se habían trasladado a la imponente mansión heredada según los términos del testamento del difunto George Endicott.

Años atrás, aquella edificación había sido una de las vistas más famosas de la ciudad. Ahora era un anacronismo, una estructura de ladrillos y madera, con porches laterales, un parque espacioso, árboles copudos, jardines, invernaderos, solarios, terrazas, senderos tortuosos y una piscina. Parecía más un museo que una morada.

Mason torció su coche hacia el sendero de grava que, junto con el inmenso garaje, constituían una mejora moderna. El sendero cortaba en línea recta a los demás del parque, que seguía los contornos de las terrazas.

El abogado detuvo el auto bajo los porches protectores de lo que antaño fuera una cochera. Trepó tres escalones y tiró de una campanilla que tintineó en las entrañas sombrías de la antigua mansión.

Tuvo que agitar de nuevo la campanilla antes de oír unos pasos lentos. Luego, se abrió la puerta y en el umbral apareció un individuo calvo, con algunos pelos blancos en la nuca, cuyos ojillos penetrantes y agudos, junto con una nariz muy aguileña, le daban la apariencia de un pterodáctilo reencarnado.

—Desearía hablar con algún miembro de la familia Endicott — solicitó el abogado.

—Yo soy Ralph Endicott.

Mason le tendió una tarjeta.

—Perry Mason, abogado.

—He oído hablar mucho de usted. ¿Quiere pasar?

—Gracias.

Mason siguió a Ralph Endicott por un pasillo enmaderado, con el esplendor de una edad fenecida.

Su guía abrió la puerta.

—Entre, por favor, señor Mason.

La estancia guardaba una gran armonía con el resto de la casa: una espaciosa biblioteca, en cuyo centro había una mesa de caoba, con tres lámparas enormes. Las pantallas, de metro y medio en la parte inferior, eran de piel, y las bombillas de las lámparas arrojaban una fuerte iluminación sobre la mesa, esparciendo la luz por las aberturas de las pantallas.

Había tres butacas muy cerca de la mesa. Dos estaban ocupadas, y la tercera, en la que evidentemente Ralph Endicott se había sentado antes de contestar a la campanilla, se hallaba ligeramente más atrás que las otras dos.

Las dos personas que levantaron la mirada al aparecer Perry Mason tenían cierta semejanza familiar.

La luz reflejada de las grandes lámparas de encima de la mesa iluminaba sus facciones, en contraste con el fondo sombrío del resto de la estancia.

—Señor Mason —dijo Ralph—, permítame que le presente a mi hermano y mi hermana, señora Parsons; éste es el señor Perry Mason, el famoso abogado. Y éste, señor Mason, es mi hermano, Palmer Endicott.

—Buenas noches —Mason dirigió su más cordial sonrisa a los presentes—. Encantado de conocerlos.

Los otros le saludaron con frialdad.

—¿Quiere sentarse, señor Mason?

—Gracias.

Ralph Endicott acercó una butaca y después se hundió en la que debía haber ocupado antes, entre sus dos hermanos.

Mientras Ralph procedía a estas operaciones, Mason tuvo ocasión de estudiarlos a todos.

Palmer tenía un rostro delgado, un pelo enmarañado y parecía rondar los setenta años. Ostentaba una expresión de perpetuo escepticismo. Lorraine Endicott Parsons presentaba un aspecto muy cuidadoso, como el que puede obtenerse en los institutos de belleza. Se sentaba muy erguida, con cierta truculencia. Su cara empezaba a

abolsarse, pero su barbilla aún era prominente; el cabello relucía muy blanco, y en su postura había la respetabilidad y la fría crueldad de cierta clase alta. Los tres tenían un aspecto de gentileza que todavía los asemejaba más. Sus ropas eran de color oscuro, de corte anticuado, pero de precio.

—¿Qué desea, señor Mason? —se interesó Ralph.

—Soy abogado y represento los intereses contrarios a los de ustedes. Su abogado es Paddington C. Niles. Intenté hablar con él pero su secretaria me informó que venía hacia aquí. Bien, no quiero hablar con ustedes hasta que llegue.

—¿De qué desea hablar? —insistió Ralph.

—Rose Keeling ha muerto. Deseo, por tanto, interrogarles respecto a ciertas circunstancias que pueden haber conducido a su fallecimiento o...

—¡Rose Keeling ha muerto! —le interrumpió Lorraine con fría incredulidad—. No es posible. Esto sería un verdadero obstáculo para nosotros. ¿Está seguro de lo que dice, señor Mason?

Le contemplaba como si esperase que se arrastrase por debajo de la mesa ante el impacto de su fiera mirada.

—Ha muerto —repitió sencillamente Mason—. Alguien la ha apuñalado cuando salía de la bañera. Estoy investigando este asesinato y cada minuto es precioso. Me gustaría saber si alguno de ustedes ha estado en contacto con ella recientemente. Sólo deseo saber si la vieron ayer, si ella les telefoneó a ustedes... en fin, ya saben.

—Naturalmente —expresó Ralph Endicott, lentamente—, esto era lo que temíamos.

—Una persona a quien no le importaba aprovecharse de la incompetencia de un anciano —intercaló Lorraine—, privando a sus parientes de su justa herencia, no se detendría ante nada.

—¿Cómo dice? —inquirió el abogado.

—No formulo acusaciones específicas.

—Me lo pareció.

—Es usted libre de interpretar mis observaciones como mejor le plazca.

—¿Puedo preguntarle a quién representa usted? —intervino Palmer.

Mason meneó la cabeza.

—A mi cliente no le interesa que por el momento se pronuncie su nombre.

—Entiendo que no represente usted a la justicia. Su investigación no es oficial.

—En absoluto —reconoció Perry Mason—. Deseo conversar con su abogado y quiero saber si alguno de ustedes ha estado en contacto con la señorita Keeling en el día de hoy. Nada más.

—¿Por qué?

—Porque se ha cometido un asesinato. Y trato de calcular el elemento tiempo. Quiero saber cuándo fue asesinada. Y ansío descubrir todo lo ocurrido durante la última hora de su vida. Creo que pudo hablar con algunos de ustedes en el día de hoy. No me importa la naturaleza de la conversación, sólo necesito saber la hora de la misma. Su abogado ya debería estar aquí. ¿Es que se oculta?

—Ahora llegará —le aseguró Ralph—. Cuando oímos su llamada creímos que era el señor Niles. Le esperamos para sostener una conferencia. Por esto nos hallamos en la biblioteca.

—Quiero verle —repitió Mason—. Yo... —se interrumpió al resonar por la mansión un fuerte campanillazo.

—Debe ser Niles —dijo Lorraine Endicott con profunda convicción.

Ralph Endicott se puso lentamente en pie.

—Perdóneme —se encaminó a la puerta y regresó a los pocos instantes con un caballero de rostro agradable, de unos cincuenta años más o menos, que rebosaba optimismo por todos sus poros.

—El señor Niles —presentó Ralph, como si vocease a dos luchadores en el cuadrilátero—, el señor Mason.

—Encantado, señor Niles —Mason le estrechó la mano—. Encantado de conocerle.

—Conozco su nombre —correspondió el recién llegado—. También le he visto actuar en algunos casos, pero no tenía el placer de conocerle personalmente. Bien, ¿puedo preguntarle a qué se debe su presencia aquí?

—Busco información respecto a un asunto relacionado con la impugnación del testamento de George Endicott. He indicado a esos señores que deseaba que su abogado estuviese presente y me

contestaron que le aguardaban a usted.

—¿Cuál es la naturaleza de la información que desea? —preguntó Niles, rápidamente suspicaz.

—Investigo la muerte de Rose Keeling —fue la respuesta.

—¡La muerte de Rose Keeling! —repitió Niles como un eco.

—Eso mismo.

—Pero Rose no ha muerto. Ella...

—Ha muerto —afirmó Mason—. Fue asesinada este mediodía.

—¡Dios mío! —Niles parecía abrumado—. Esto complica la situación.

—Estoy tratando de establecer la hora exacta de su fallecimiento —prosiguió Mason—, y me interesa saber qué hizo antes de morir. Tengo razones para creer que pudo sostener una conversación con alguno de los señores Endicott.

—¿Por qué motivo?

—Mis detectives me han notificado que hay pruebas de que Rose Keeling le entregó hoy un cheque a uno de sus clientes, señor Niles. Quiero saber cuándo y por qué.

Niles apretó pensativamente los labios.

—¿Ha venido a verme a mí?

—Deseaba hacerles algunas preguntas a sus clientes —exclamó Mason—. Llamé a su oficina y su secretaria me informó que venía usted hacia aquí. Naturalmente, deseaba su permiso para ello, aunque podía haber obtenido la información por medio de canales más ortodoxos y desagradables.

—¿Cómo?

—Hubiera podido ver al teniente Tragg, de Homicidios, diciéndole que creía muy conveniente interrogar a la familia Endicott. Esto habría hecho publicar su nombre en los periódicos, ejerciendo un efecto desastroso respecto a la impugnación del testamento.

—Bien, sentémonos y estudiemos juntos el asunto —dijo Niles.

—En lo que a mí concierne —intervino Ralph—, puedo pregonar todos mis actos. No me opongo a que los periódicos sepan exactamente lo ocurrido.

—¡Los periódicos no! —objetó fríamente Lorraine—. La prensa es muy vulgar. Son... sensacionalistas. Rebajan todos los actos

humanos y presentan las noticias a su antojo, para atraerse una gran masa de lectores.

—Creo que tendrá que disculparnos unos momentos, señor Mason —dijo Niles—. Deseo conversar con mis clientes a este respecto. Y si hemos de hacer alguna declaración, la haremos con toda formalidad.

—Queda poco tiempo —le recordó Mason.

—¿Por qué tiene tanta prisa por obtener la información?

—Tengo mis razones.

—¿Cuáles son?

Perry Mason sonrió y sacudió la cabeza.

—Usted quiere que pongamos nuestras cartas sobre la mesa, en tanto usted se reserva los ases —le reprochó Niles.

—Piense lo que guste —repuso Mason, algo encolerizado—. Puedo llamar al teniente Tragg y ya leerá la prensa de mañana por la mañana.

—Creo, señor Mason —intercaló Lorraine con acidez—, que la petición del señor Niles es correcta. Puede usted esperar en...

—...el vestíbulo —terminó Ralph con firmeza.

—Esperaré en mi coche —sonrió Mason—. Cinco minutos. Durante este tiempo pueden decidir conversar conmigo o con la policía, a su gusto.

—No comprendo qué tiene que ver en esto la policía.

—¡Por favor! —intervino Niles antes de volverse hacia Mason—. Salga y aguarde en su coche, señor Mason.

—Cinco minutos —repitió el abogado, frunciendo el entrecejo. A continuación abandonó la biblioteca.

Exactamente cinco minutos después de haberse instalado ante el volante de su coche, Perry Mason puso en marcha el motor, dio un pequeño rodeo para evitar el auto de Paddington Niles y enfiló el sendero que atravesaba el parque.

No habría recorrido ni tres metros cuando se abrió una puerta lateral y Ralph Endicott, saliendo de la casa, agitó frenéticamente las manos.

Mason detuvo el coche.

—¡Venga, señor Mason! —gritóle Ralph, con voz trémula por la excitación—. Le estamos esperando. Queremos hablar con usted.

Mason paró el motor y lo dejó de forma que bloqueaba el sendero. Luego, saltó a tierra.

—Pensé que deseaba que acudiera a la policía —expresó con desdén.

—No, no, no, aún no. Entre, por favor. Tal vez nos excedimos en unos segundos, pero sólo unos segundos, señor Mason.

El abogado le siguió hasta la biblioteca.

Cuando entró todos levantaron la mirada.

Paddington C. Niles tenía la frente arrugada. Su expresión era de perplejidad. Palmer Endicott, con un ensayo de cordialidad ajeno a su naturaleza, pronunció unas palabras incongruentes.

—Siéntese, señor Mason, siéntese y póngase cómodo.

—Sí, siéntese, señor Mason —repitió Lorraine, haciendo un visible esfuerzo por sonreír.

Mason se instaló al extremo más lejano de la mesa.

Hubo un momento de silencio, mientras Ralph se acomodaba en su butaca y se aclaraba la garganta.

—Empiecen —les animó Mason.

—¿Quiere hablar usted, Niles? —sugirió Ralph.

El abogado sacudió negativamente la cabeza.

—Por lo que a mí respecta, todo ha sido demasiado súbito. Cuéntenle ustedes los hechos al señor Mason y yo me limitaré a escuchar. Pero cuenten sólo los hechos exactos.

—Oh, ciertamente —asintió Ralph.

Mason encendió un cigarrillo.

—Bien, adelante —dijo, mirándoles uno a uno.

—Al principio, señor Mason —comenzó a explicar Ralph—, llegué a la conclusión de que el testamento que se suponía dictado y firmado por nuestro hermano era un fraude, como resultado de influencia indebida y otras irregularidades. La enfermera que le atendía procuró que su cerebro nunca estuviera despejado y en un momento propicio le sugirió firmar el documento.

Palmer Endicott, tras haber efectuado su intento de cordialidad, se había arrellanado en su butaca y escuchaba la declaración de su hermano con frío cinismo. Lorraine inclinó varias veces la cabeza para expresar su aquiescencia.

—No deseo discutir respecto a la impugnación del testamento —

arguyó Mason.

—Nosotros sí.

—Lo único que quiero saber es a qué hora hablaron con Rose Keeling. Quiero la hora exacta, a ser posible.

—Ya llegaré a esto —manifestó Ralph—, pero he de hacerlo a mi modo. Puesto que está usted aquí, es preferible que discutamos todo el caso. Tal vez así lleguemos a un entendimiento.

—Sólo estoy dispuesto a hablar del asesinato —persistió Mason.

—Entonces, escúcheme —le pidió Ralph.

Los demás dieron a entender su aprobación.

—Supuse —continuó Ralph— que las testigos eran tan culpables como la presunta beneficiaria. Y supuse asimismo que en la transacción debía corresponderles algún provecho financiero, estando seguro de que sin estar drogado, sin tener el cerebro ofuscado y bajo una influencia malsana, jamás habría otorgado tal testamento por su propia voluntad. El documento lo redactó la beneficiaria. Luego se lo colocó bajo sus ojos y le dijo que firmase.

—Esto no coincide con el testimonio prestado por las testigos —opuso Mason.

—Un momento, un momento —suplicó Ralph con rapidez—. Ya voy llegando a esto.

—Está bien, siga.

—Entonces, abordé a Rose Keeling y le expliqué exactamente cuáles eran mis pensamientos. Al principio, la señorita Keeling se negó a colaborar conmigo ni a darme más información que la declaración prestada con anterioridad por ella ante el tribunal de probación, declaración aprendida y repetida como una cotorra.

Mason exhaló una bocanada de humo de su cigarrillo, guardando silencio.

—Luego —prosiguió Ralph—, su conciencia empezó a atormentarla y por fin me contó una historia singular.

—Sepamos la historia —condescendió Mason.

—Una historia extraordinaria. Afirmó que la señora Marlow había solucionado todo lo del testamento en un solo día, el mismo en que se firmó; que le dijo a Rose que su paciente, un hombre muy rico, deseaba hacer testamento a su favor y que le había dictado los términos del mismo; que tenía la mano derecha paralítica, por lo

que no podía firmar con dicha mano, pero que lo haría con la izquierda.

—¿Estaba ya redactado el testamento entonces?

—Lo estaba por mano de la señora Marlow. Ésta añadió que mi hermano le había dictado todo el documento. También le contó a Rose Keeling que si ésta quería firmar como testigo, el testamento sería válido. Rose Keeling no sabía lo que la señora Marlow le había prometido a la otra testigo, Ethel Furlong, pero suponía que las promesas habrían sido las mismas que a ella, o sea, en una palabra, que si la señora Marlow heredaba, les regalaría una cantidad muy sustanciosa. Bien, las tres enfermeras penetraron en la sala donde yacía mi hermano. Entonces, la señora Marlow le dijo: «Señor Endicott, tengo preparado el testamento tal como usted quería. Firme aquí». Mi hermano contestó: «No puedo firmar con la mano derecha», a lo que la señora Marlow replicó: «Está bien, firme con la izquierda». Entonces, mi hermano pidióle que leyera el testamento en voz alta, delante de las testigos, pero la muy ladina, objetó: «No, no, no es necesario. Éstas son las dos enfermeras de servicio del piso y pueden llamarlas en cualquier momento. No deben dejar solos a sus pacientes, para escuchar la lectura del testamento. Lo he redactado de acuerdo con todos los términos dictados por usted. Vamos, firme aquí». Mi hermano George dudó un poco antes de firmar sin haber antes leído el testamento. Pero en aquel instante, la encargada del piso se asomó por la puerta, gritando: «¿Qué pasa aquí? Todas las luces de llamada están encendidas». La señora Marlow se apresuró a ocultar el testamento y Rose Keeling contestó: «Voy a ver quién llama». Salió apresuradamente de la sala y halló tres luces encendidas. Dos pertenecían a unos pacientes que necesitaban sólo una ligera atención, y la otra de otro enfermo que la demoró más tiempo. Cuando hubo terminado con el servicio, la Keeling volvió a la salita. La señora Marlow sostenía en la mano el testamento que se suponía acababa de firmar mi hermano, y le dijo: «Bien, Rose, ya ha firmado y todo está en orden. Sólo falta que tú firmes como testigo. Quiere que firme ella, ¿verdad, señor Endicott?». Y —añadió Ralph, con acento de triunfo— mi hermano George no contestó. Estaba tendido en cama, con los ojos cerrados y respiraba con regularidad. Rose Keeling piensa que estaba dormido

o que, mientras ella estuvo fuera, le inyectaron morfina. Pero la señora Marlow era muy querida por todas las enfermeras de la clínica, y Rose Keeling le tenía simpatía por las atenciones de que había rodeado a mi hermano. Por tanto, puso su firma como testigo.

Ralph Endicott calló unos instantes para que sus palabras penetrasen en el cerebro de Perry Mason.

—Más tarde, muerto ya mi hermano, la señora Marlow acudió a Rose Keeling y la informó de que los abogados querrían averiguar algunos detalles, manifestándole lo que debía declarar. Luego le informó que poseía algunas joyas, producto de un regalo, y que pensaba guardar una parte, pero vender el resto con el fin de obtener algún dinero. Esto fue lo que hizo, vender unos diamantes, que según creo le proporcionaron unos diez mil dólares. La colección de gemas de mi hermano, heredadas en su mayor parte, está valorada en cien mil dólares, al menos. Bien, según tengo entendido, dos semanas antes de su fallecimiento, en presencia de Ethel Furlong, mi hermano le entregó a la señora Marlow todas sus joyas, diciéndole que deseaba que las guardara, ya que para él ya no tenían valor alguno, puesto que no tenía ningún descendiente que pudiera lucirlas y que ella podía emplearlas del modo que mejor le pareciese. La señora Marlow tenía algún dinero. Le entregó mil dólares a Rose Keeling, añadiendo que cuando hubiese sido aprobado el testamento, si todo iba bien, le entregaría nueve mil dólares más.

—Ahora que Rose Keeling no existe —objetó Mason—, es muy fácil inventar una historia como ésta. Ya me imaginé que urdía una trama por el estilo, por lo que no quise concederle más de cinco minutos. Sin embargo, han forjado ustedes un buen argumento. Y con suma rapidez. Deberían ser todos ustedes guionistas de Hollywood.

—A mí me contaron lo mismo tan pronto como usted salió fuera, señor Mason —se apresuró a aclarar Niles.

Mason se limitó a sonreír.

—Pero —añadió el viejo abogado—, hay una prueba.

—¿Una prueba? —indagó Mason.

—Exacto —afirmó Ralph—. A Rose Keeling empezó a remorderle la conciencia y me llamó por teléfono, diciendo que

deseaba verme al instante por un asunto de gran importancia. La llamada se produjo a las siete y media de esta mañana. Terminé de desayunarme y fui a su apartamento. Llegué allí a las ocho, aproximadamente. Hallé a Rose en un estado de gran nerviosismo. Afirmó que había accedido a algo que le remordía la conciencia y que no quería seguir adelante. Me contó que había recibido mil dólares de la señora Marlow, que estaba segura que ese dinero era parte del producto de la venta de las joyas de la señora Marlow, y que como yo era uno de los herederos y representaba a los otros, había decidido entregarme a mí ese dinero para aliviar su conciencia. Entonces, me entregó un cheque por valor de mil dólares, contra el Banco de Seguridad Central, y me dio una copia de la carta que había enviado a Marilyn Marlow.

Mason entornó los ojos.

—¿Una copia al carbón? —preguntó.

—Sí.

—¿Cómo fue escrita la carta, a máquina?

—No, con tinta, pero había hecho una copia al carbón muy clara.

—¿Podría ver dicha copia?

—¿Qué le parece, Niles? —preguntó Ralph—. ¿Debemos mostrarle la copia de la carta?

—No veo ningún motivo para negarnos —observó Niles—. Puesto que lo ha contado usted todo, es preferible no ocultar nada. Hay que poner todas las cartas sobre la mesa.

Ralph Endicott abrió una cartera que extrajo de un bolsillo interior mientras Niles hablaba, y le entregó a Perry Mason una hoja de papel.

—Tome.

Mason echó un vistazo a la carta. Era una copia al carbón de la misiva que Marilyn Marlow había recibido y probablemente destruido ya.

—Muy interesante —murmuró el abogado, y con el rostro impenetrable devolvió la copia—. ¿Cuándo tuvo lugar esta entrevista?

—Aproximadamente, a las ocho de la mañana.

—¿En el apartamento de Rose Keeling?

—Sí.

—¿Cuánto tiempo estuvo allí?

—Tal vez una media hora.

—¿Qué hizo al salir de aquel apartamento?

—No veo el motivo de este interrogatorio. Se trata de asuntos puramente privados. Suponía que usted sólo se interesaba por Rose Keeling.

—Vamos, cuénteselo todo —gruñó Niles—. Ya ha admitido haber visto a Rose, y si la han asesinado es mejor que acabe de relatar toda la historia.

—Se trata de asuntos personales, sin importancia —protestó Ralph.

—Vamos, Ralph —se inmiscuyó Lorraine—, de lo contrario, parecerá que quieras ocultar algo. Dile al señor Mason adónde fuiste.

—Muy bien —se conformó Ralph, frunciendo el entrecejo—. Se trata de una serie de asuntos triviales. Salí del apartamento de Rose Keeling a las ocho y cuarenta minutos, aproximadamente, de la mañana. Desde allí me dirigí a una agencia de automóviles, a la que encargué un coche hace algún tiempo. Estaba seguro de que me estaban engañando, sirviendo autos a otros clientes sin hacer caso de mi pedido. Hace unos meses yo era el número veinticuatro de la lista, y hoy me dijeron que aún quedaban por servir quince coches antes de que me llegara el turno. Naturalmente, armé un escándalo. Me marché de la agencia, aproximadamente, a las nueve. Tenía cita con mi dentista a las nueve y cuarto. Estuve con él hasta las nueve y cincuenta y cinco. Recuerdo la hora porque, estando sentado en el sillón del dentista, pensaba en el cheque de la Keeling. Sabía que era una pieza importante de la evidencia. Si lo cobraba, el banco se lo devolvería a Rose con el saldo mensual de su cuenta corriente. Si lo conservaba como prueba, ella podía cambiar de opinión y cancelar el pago. Por tanto, antes de salir del consultorio del dentista, concebí la idea de conservar el cheque, pero tras haberlo hecho certificar. Consulté mi reloj. Eran las diez menos unos cuantos minutos. Corrí hacia el banco y llegué a la ventanilla de caja a las diez y cinco. Cuando el cajero me certificó el cheque le pregunté si quería anotar la hora de la certificación. Puede ver en el

dorso dicha hora: las diez y diez minutos. Desde el banco fui a un club de ajedrez, donde jugué una partida. Llegué allí a las diez y veinte, y empecé a tomar parte en un torneo del que soy participante. Jugué continuamente hasta las tres y media, o poco más. Entonces, me tomé un bocadillo y un vaso de leche y volví a casa en mi coche, un «Ford» modelo A. No he vuelto a salir desde entonces. Aquí tiene el cheque certificado por si desea examinarlo.

—Supongo que es fácil verificar los horarios —preguntó Mason, cogiendo el cheque que le tendía Ralph.

—Muy fácil. Como jugábamos al ajedrez con tiempo límite, y en el club soy considerado como campeón, se lleva un registro de las partidas y del tiempo consumido en cada jugada. Sin embargo, considero que todo esto es absolutamente inútil y sin valor alguno.

—¿Vio usted cómo Rose Keeling firmaba el cheque? —inquirió Mason, que había estado examinando el documento bancario.

—Sí.

—Veo que hay como un borrón en el dorso de este cheque... Ah, no, es una huella dactilar.

—Permítame...

Mason señaló la clara huella.

—Probablemente sea mía —estableció Ralph, con tono casual.

—¿Hecha con tinta?

—Sí. Ahora recuerdo que empecé a endosar el cheque y el cajero me lo impidió por no ser necesario. Si lo quería certificado, la certificación ya era suficiente para demostrar su valor legal. Añadió que no debía endosarlo hasta que lo cobrase.

—Bien —propuso Mason—, será mejor que comprobemos esta huella. Si es suya, pronto saldremos de dudas.

—¡Esto lo considero una impertinencia! —estalló Ralph.

—Yo no —denegó Niles.

—Ni yo —confirmó Palmer Endicott fríamente—. Si hemos de poner las cartas boca arriba, pongámoslas todas. A Rose Keeling la han asesinado hoy. Ralph estuvo con ella. La joven le entregó un cheque, fue al banco y lo presentó para su certificación. En tales circunstancias, tiene que dar una cuenta detallada de cada minuto y yo, por mi parte, también deseo conocerla.

Ralph se volvió hacia él, rojo de irritación.

—¿Qué intentas? ¿Insinuar algo?

—No insinúo nada —repuso Palmer, imperturbable, la mirada fija en sus manos cruzadas, en el rostro una expresión de extremada placidez—. Sólo quiero saber, lo mismo que el señor Mason.

—¡Mi propio hermano! —gritó Ralph, sulfurado.

—Que te hace un gran favor —retrucó Palmer.

—Sí —replicó Ralph, con ironía—, ya comprendo que me haces un gran favor.

Se llevó el dedo índice a la garganta en un ademán muy significativo.

—Vamos, vamos, caballeros —se apresuró a intervenir Niles—, recuerden que el señor Mason se halla presente y que representa los intereses contrarios. Francamente, no veo ningún motivo para que dude de las palabras de Ralph, ni para que éste deba someterse a un interrogatorio.

—Amigos, haced lo que queráis —exclamó Palmer, empujando su butaca hacia atrás—, pero por mi parte estoy resuelto a averiguar lo relativo a esta huella dactilar, y pienso hacerlo ahora mismo.

—Ralph no trata de ocultar nada, Palmer —objetó Lorraine con aspereza—. Sólo nos oponemos a discutir los asuntos familiares delante de... de este abogado.

—Lo malo de Ralph —se lamentó Palmer— es que se cree demasiado listo. Siempre apunta al gorrión y mata al canario. Si te atuvieras a la evidencia y a decir la simple verdad, todos estaríamos mejor. De no haber sido por aquella vez que quiso arreglarlo todo hace diez años, y fracasó, no estaríamos dependiendo de una herencia como estamos. Nos habríamos independizado y...

—¡Palmer! —gritó Lorraine airadamente—. ¡No insistas en lo de siempre!

—Sólo quería decir...

—¡Cállate!

Palmer se encaminó a la habitación contigua, diciendo:

—En el escritorio hay tinta y papel. ¿Puede tomar huellas dactilares, señor Mason, con estos materiales?

—Creo que sí —afirmó Mason.

—Todo eso es una idiotez —refunfuñó Ralph.

—Yo no apruebo esto... —gruñó Niles, moviéndose inquieto en su butaca.

Palmer Endicott regresó a la biblioteca con un tintero y una hoja de papel.

—Aquí tienes —dijóle a Ralph, poniéndole el papel delante—. Una hoja de papel en blanco y la tinta. Estampa tus huellas.

—Estás loco, Palmer —replicó Ralph, rabioso.

—Creo que sí —asintió Palmer—. Pero acércate y marca tus huellas.

Fue hacia una mesita de un rincón, dejó el tintero y la hoja de papel y añadió:

—Prepararé unas bebidas mientras lo haces.

—¿Debo ensuciarme los dedos? —preguntó Ralph a su abogado.

—Por mí, no —contestó éste.

Palmer Endicott, de pie ante el umbral de un gabinetito que casi parecía una alacena, volvió a intervenir con su eterna calma:

—Acércate a la mesa y estampa tus dedos en el papel. ¿Scotch y soda para todos?

—Creo que el scotch y soda nos vendrá bien a todos —asintió Lorraine—, excepto, tal vez, al señor Mason, que quizá no esté a gusto bebiendo con nosotros.

Ralph fue hacia la mesita, mojó los dedos en la tinta y los presionó sobre la hoja de papel.

—Que no se diga que los Endicott son poco hospitalarios —bromeó Palmer, en el umbral del gabinete contiguo—. ¿Scotch y soda, señor Mason?

—Sí, por favor.

Palmer regresó al gabinete.

Ralph, tras haber impreso las huellas de su mano derecha, procedió a marcar las de la izquierda. Luego, agitó la hoja en el aire para secar la tinta, fue hacia la mesa central y la dejó encima, delante de Mason. Tenía el semblante fosco.

—Por mi parte —comentó Lorraine—, lamento las sospechas que puedan recaer sobre nuestra familia. Los Endicott pueden haber estado faltos de fortuna, pero jamás se han deshonrado en nada.

Se produjo un silencio ominoso mientras Mason estudiaba las huellas dactilares.

Palmer Endicott abandonó el gabinetito con una botella de Scotch y varios vasos con cubitos de hielo.

—¿Qué tal? —preguntó al abogado.

—Creo que se trata de la huella de un pulgar —contestó Perry Mason, comparando las huellas—, oh, sí, es la huella de un pulgar. Son exactamente iguales ambas.

—Permítame —pidió Niles, y acercándose al abogado se inclinó por encima del hombro de Mason. Al fin, asintió—. Sí, creo que concuerdan.

Palmer sirvió scotch en los vasos, aunque sin mostrarse excesivamente generoso. Luego, al verter soda, el resultado final fue una mezcla de color ambarino.

—Supongo que ya estarás satisfecho —le espetó su hermano con sarcasmo.

Palmer llevó la bandeja hacia su hermana, ofreciéndole un vaso.

—No estoy satisfecho. Sólo convencido. Naturalmente, Ralph —agregó soñador—, tú no tenías ningún interés en matarla. Te faltaba el motivo, a mi entender. Pero sí tuviste la oportunidad.

—¡No! —exclamó Ralph, iracundo—. Cuando la dejé estaba llena de vida, y estoy seguro de que la autopsia demostrará que murió mucho después de salir yo de su apartamento.

—¿Conoce la hora de la muerte, señor Mason? —inquirió Niles.

—Creo que hacia las once cuarenta.

—Bien, ya nos lo dirá la policía.

Palmer, sorbiendo su bebida, limitóse a asentir.

—Observo que cuando Rose firmó con su nombre —indicó Perry Mason— usó una pluma muy suave. Escribió con la mano vertical, y hay mucho sombreado en los rasgos.

—Sí, también lo he observado —corroboró Niles.

—Pero en esta copia de la carta que estudiamos no se ve nada de eso.

—Claro que no —objetó Lorraine—. Fue escrita por una pluma completamente diferente. No trate de confundirnos, señor Mason.

Mason sonrió débilmente.

—A esto quería llegar, señora Parsons. Esta nota debió ser escrita con un bolígrafo. De lo contrario, no habría sido posible obtener una copia tan clara.

—Es la misma escritura —admitió Lorraine—, con el mismo trazo vertical que la firma del cheque que certificó el banco.

—No me interprete mal —sonrió Mason—. Sólo deseaba puntualizar un extremo.

Ralph Endicott volvióse hacia Niles.

—¿Qué piensa de todo esto? —preguntó con rudeza.

—Que se ha mostrado usted muy sincero con el señor Mason —fue la contestación—. Y creo que le ha contado cosas que no tenía por qué decirle.

—Quería que se hiciera cargo de todo el asunto —se defendió Ralph.

—Estoy seguro de que lo ha captado con todo detalle.

Mason empujó su butaca hacia atrás.

—Así es. Muchísimas gracias a todos.

Niles le estrechó la mano. Palmer se apresuró a hacer lo mismo. Lorraine murmuró una fría despedida y Ralph inclinó la cabeza sin alargar la mano.

Mason salió de la mansión, subió a su automóvil y al llegar a la primera cabina telefónica llamó a jefatura.

El teniente Tragg había salido.

—Le dejaré un mensaje —notificó Mason.

—De acuerdo.

—¿Pero no podrían ponerse en contacto con él por teléfono?

—Creo que sí. Haremos una llamada por radio. ¿De qué se trata?

—Díganle que Ralph Endicott presentó esta mañana un cheque en el Banco de Seguridad Central, para su certificación, a las diez aproximadamente. El cheque llevaba fecha de hoy, pagadero al propio Ralph, y estaba firmado por Rose Keeling. ¿Lo encuentra importante?

—En efecto —reconoció la voz al otro extremo de la línea—. ¡Tremendamente importante!

—Bien, pues es verdad —replicó el abogado.

Colgó y marcó el número de Marilyn Marlow.

Tardó un par de segundos en contestar.

—¿Está sola? —preguntó Mason.

—No.

—¿Amigo?

—No.

—¿Amiga?

—No.

—¿Policía?

—Sí.

—La cosa está que arde —explicó Mason en voz baja—. Dentro de una hora tendrán la copia de la carta que usted destruyó. No niegue haberla recibido; afirme que se enfadó tanto que...

El abogado oyó un sonido muy peculiar al otro extremo de la comunicación y después una exclamación reprimida.

Mason vaciló un instante y continuó hablando con tono casual.

—Creo que el asesinato ya está resuelto. He descubierto que Ralph Endicott presentó un cheque para su certificación poco después de las diez de esta mañana. Llevaba fecha de hoy y estaba firmado por Rose Keeling. Esto le coloca en posición de ser, posiblemente, la última persona que vio a Rose Keeling con vida. Le aconsejo que colabore en todo lo que pueda con la policía, y no les oculte nada, porque opino que el crimen quedará aclarado en muy pocas horas.

Hubo un silencio al otro extremo.

—¿Está usted ahí? —inquirió Mason.

—Bien, muchas gracias, abogado —tronó la voz del teniente Tragg—, gracias por el consejo. Me pareció conveniente averiguar qué pasaba cuando oí tantos monosílabos en boca de la señorita Marlow. Se me ocurrió que usted podía estar interrogándola.

—¿Qué diablos hace usted en su casa? —gruñó Mason.

—Ejerciendo mi profesión.

—Lo mismo que hago yo.

—Eso parece.

—Le noto un poco desanimado, teniente —observó Mason con sequedad.

—No demasiado, sólo asombrado. Es una sensación muy extraña la de escuchar cómo le aconseja usted a un cliente que colabore con la policía.

—Oh, es mi lema —repuso Mason con ligereza—. Lo que pasa, es que usted no siempre está presente para oírlo. ¿Se ha puesto en contacto con Homicidios últimamente?

—¿Por qué?

—Porque llamé allí y dejé un recado para usted.

—¡No lo creo!

—Como quiera. Se trata de un cheque.

—¿Habla en serio?

—Seguro. Cuelgue, porque deben estar llamándole desde Homicidios.

—Por si acaso es una de sus tretas —amenazó Tragg—, y usted intenta llamar a Homicidios tan pronto como yo haya colgado, marcaré desde aquí mismo, al momento, y descubriré si me ha dicho la verdad.

—De acuerdo —accedió el abogado—. ¿Pero qué hace con la señorita Marlow?

—Interrogarla.

—Está bien, le contestará.

—Sí —comentó Tragg secamente—, estoy llegando a la conclusión de que conoce todas las respuestas. Bueno, no trate de llamar ahora a Homicidios, porque lo haré antes que usted.

El teniente colgó.

Mason marcó el número de su oficina. Gertie contestó al teléfono.

—¿Qué hace usted ahí? —se sorprendió Mason—. ¿Un turno de noche?

—Della dijo que podía haber jaleo esta noche, y decidimos estar ojo avizor. Ella ha subido unos «perros calientes» y café, y ahora estábamos charlando juntas.

—¿Está ahí Della?

—A mi lado.

—Que se ponga.

Una pausa y en el receptor se oyó la voz de Della.

—Sí, jefe.

—¡Gracias a Dios que está usted ahí! —exclamó Mason—. Hemos de trabajar de prisa. Coja el formulario. Redacte una solicitud para una petición de *habeas corpus*^[3] para Marilyn Marlow, estableciendo que ha sido detenida por la policía sin que se haya formulado ninguna acusación contra ella, por lo que dicha detención es ilegal. Luego, redacte el *habeas corpus* para que lo

firmé un juez, asegurándose de que en el mismo conste que la joven puede ser dejada en libertad bajo fianza, durante el trámite del procedimiento. ¿Lo ha comprendido?

—Sí, jefe. Gertie y yo nos pondremos al trabajo ahora mismo.

—Estupendo —aprobó el abogado—. No hay un segundo que perder.

—¿Han detenido a Marilyn?

—No tardarán en hacerlo.

—Entonces, ¿qué?

—Entonces —replicó Mason—, nos enfrentaremos con un problema muy difícil, delicado y personal. Ralph Endicott posee una copia al carbón de la carta que Rose Keeling le envió a Marilyn ayer.

—¡Oh... oh! —exclamó Della, apabullada.

—Eso mismo pienso yo —afirmó Mason, colgando el teléfono.

Capítulo XIII

Marilyn sentóse bajo el resplandor de un implacable foco que dejaba cada rasgo de su rostro en plena visibilidad.

Los detectives y los agentes que estaban en círculo a su alrededor, no eran más que objetos vagos, indistintos y sombríos tras el halo de luz.

—¿No pueden apartar esta luz de mis ojos? —preguntó la muchacha.

—¿Qué le pasa? —replicó el sargento Holcomb, con ironía—. ¿Teme que le veamos los ojos?

—No temo que puedan leer en mi cerebro —exclamó ella, indignada—, pero tanta luz me produce dolor de cabeza. Me mareo. Este resplandor es como conducir de noche, estando cansada, y encontrar una fila interminable de faros.

—Vamos —gruñó Holcomb—, dejemos de hablar de la luz. Y vayamos al caso. Cuanto antes lo confiese usted, antes se apagará el foco.

—Los diamantes que posee usted —preguntó otra voz—, ¿de dónde proceden?

—Ya dije que los heredé de mamá. Era enfermera. Cuidó a George P. Endicott durante muchos meses antes de que él falleciese. Él estaba muy enfermo y lo sabía, y por simpatía le regaló a mi madre las joyas de la familia. Dijo que ella debía quedárselas cuando muriese, ya que no tenía a nadie más.

—Excepto dos hermanos y una hermana.

—No los apreciaba. Mientras estuvo en la clínica no fueron a visitarle jamás. Sólo se mostraron afectuosos cuando él murió. Entonces, se trasladaron a su casa y se quedaron con todo lo que pudieron.

—Se muestra un poco vengativa, ¿verdad? —comentó el sargento.

—Trato de expresar la verdad.

—Bien —volvió a hablar una voz desde la sombra—, ¿qué hay de los diamantes?

—Había algunos en las joyas. El señor Endicott se las regaló a mamá y yo las heredé de ella cuando... cuando fue atropellada.

Una voz cascada y burlona, sarcástica, que al parecer sólo podía efectuar observaciones nauseabundas, llegó desde la sombra, para lanzar otra nueva acusación contra Marilyn Marlow.

—Su madre era enfermera. Cuidaba a Endicott. Y cuando él la diñó, su madre obtuvo un buen montón de pasta. ¿Cómo sabe que ella no le ayudó a largarse de este maldito mundo?

Marilyn Marlow empezó a levantarse, llena de cólera.

—¿Está acusando a mi madre de asesinato? ¡Oh, usted...!

Una mano se posó en su hombro y la obligó a sentarse de nuevo.

—Síntese, hermanita. Límitese a contestar a las preguntas. No se fije en nada más. ¿Cuándo vio por última vez a Rose Keeling?

—No... no me acuerdo.

—La vio esta mañana, ¿verdad?

—No lo recuerdo... Tal vez, o bien...

—Oh, vamos ya. Haced que entre esa dama.

Se abrió una puerta. Entró una mujer que fue también un objeto difuminado en las sombras del foco.

—Échele una ojeada —dijo una voz—. ¿La ha visto antes?

—No veo quién es —repuso Marilyn.

—No hablaba con usted —arguyo la voz burlona—. Hablo con la testigo. ¿Ha visto alguna vez a la joven que está en la silla?

—Pues... sí —afirmó la recién llegada, con bien modulada voz.

—Perfecto. ¿Dónde la vio?

—Es la joven de quien les hablé, la que les describí, la que vi salir del apartamento de Rose Keeling, la que...

—¡Basta, basta! —la conminó la voz—. No es preciso que declare delante de la sospechosa. Pero es a ella a quien vio, la que nos describió antes, ¿eh?

—Oh, sí, es ella.

—Bien, nada más. Llévatela, Joe.

La figura femenina desapareció por la puerta.

—Bueno, muñeca —continuó la voz—, confiesa de una vez. Vamos, desembucha.

—Yo... traté de ver a Rose Keeling —murmuró Marilyn.

—Seguro... Esta mañana fuiste a su apartamento. Vaya, cuenta lo que ocurrió. Y si tratas de soltarnos una bola, tú misma meterás ese lindo cuello en un lazo de cáñamo.

—Yo... estuve allí.

—¿Y nada más? Entraste en el piso. Esta testigo afirma que te vio bajar la escalera cuando salías. Lo ha declarado todo. Le pareció que algo marchaba mal y espiaba a cuantos bajaban y subían. Tenemos todo el horario con detalle. De modo que no intentes engañarnos, monina, y dispara con bala. Explica las cosas satisfactoriamente y podrás descansar. Necesitamos saber toda la verdad. ¿Por qué no nos dijiste antes que fuiste a ver a Rose Keeling?

—Porque... porque en realidad no la vi.

—¿Cómo que no la viste?

—Ella...

—Sí, adelante.

—¡Ya veo —exclamó el sargento Holcomb, irritado— que no iremos a ninguna parte con esta mocosa! No hace más que dar rodeos. Sabemos toda la verdad, todo lo que sucedió. Sabemos quién entró y quién salió, las horas y los minutos, gracias a la testigo.

—¡Rose estaba muerta cuando entré en el apartamento! —gritó Marilyn Marlow con desesperación.

De pronto, el cuarto quedó en completo silencio. Nadie se movió. Nadie habló. Hubo un momento en que nadie se atrevió a respirar.

—Sí, fui a verla —prosiguió Marilyn, acongojada, tras una pausa—. Subí... y... ¡y estaba muerta!

—¿Cómo abriste la puerta?

—Tenía una llave, pero no tuve que usarla. La puerta estaba abierta cuando volví.

—¿Quién te entregó la llave?

—Rose. Teníamos que ir juntas a jugar al tenis. Me dio la llave

para que pudiera entrar sin llamar desde abajo.

—¿Qué hiciste con la llave?

—La dejé en la mesita.

—¿Y después, qué fue de ella?

—No lo sé... Supongo que alguien debió cogerla.

—Claro, claro...

—¡Repito que alguien debió cogerla!

—Bueno, monada, olvidemos la llave por el momento. ¿Qué sucedió cuando entraste en el piso?

—Rose estaba muerta.

—¿Por qué no lo dijiste antes?

—No... no quería verme mezclada en este asunto.

—Pues ahora ya lo estás. Será mejor que confieses. ¿Qué sucedió?

—Estaba caída en el suelo como... como la encontraron ustedes más tarde.

—Vamos, vamos... —intervino la voz burlona—, no olvides que tenemos el horario de todos los que entraron y salieron. Queremos saber la verdad sin más rodeos. ¡Será mejor que lo expliques todo, siempre que la explicación sea buena!

—El señor Mason —añadió Marilyn, aturdida por la desesperación y el foco— estuvo allí, a petición mía.

De nuevo se produjo un tenso silencio.

—Continúa —ordenó la voz burlona.

El silencio había sido demasiado brusco, demasiado completo. De repente se le ocurrió a Marilyn que acababa de darles una información que antes ignoraban, que la estaban engañando.

—No pienso decir nada más —afirmó entonces.

—¿Qué os parece? —exclamó la voz irónica—. Acaba de acusarse a sí misma. Admite que estuvo en el apartamento con la muerta. Admite que estaba allí cuando se cometió el crimen y ahora se niega a discutir los demás detalles. ¿No está todo bien claro?

—¡No estaba allí cuando se cometió el crimen!

—Oh, sí, sí estuviste, hermanita. No intentes retractarte ahora. Es demasiado tarde.

—¡Repito que no estaba!

—Ya, llegaste después. ¿Qué hiciste del cuchillo?

—¡No tenía ningún cuchillo! ¡No tuve nada que ver con el crimen! Yo...

—De modo que llamaste a Perry Mason —interrumpió el sargento Holcomb—. ¿Y qué hizo el famoso abogado?

—No pienso decir nada más. Si quieren una declaración mía, insisto en ver antes a mi abogado.

—De nada sirve cerrar la puerta del establo cuando ya se ha fugado el caballo —observó Holcomb—. Has admitido que estuviste allí. Que llamaste a Perry Mason y que se reunió contigo. ¿Qué hicisteis ambos? ¿Cómo te sacó Perry Mason de allí?

—No diré nada.

—Llamaste a Mason. ¿Por qué, entonces, no estaban tus huellas dactilares en el teléfono?

La joven apretó firmemente los labios.

Las preguntas empezaron a abatirse sobre ella con mayor rapidez. Tenía los ojos llorosos por la inclemencia del foco. Le dolían los oídos por la violencia del interrogatorio. Su sistema nervioso estaba al rojo vivo y se estremecía de rabia, y aquella serie incesante de preguntas repercutía en su conciencia como otros tantos golpes.

—¿Qué nos dices de la carta que te envió Rose Keeling? ¿Qué hiciste de ella? ¿Por qué la rompiste? ¿Quién te lo ordenó?

La joven trató de ofrecer en su rostro una expresión de desdeñosa calma.

—Vamos —la urgió el sargento Holcomb—, déjanos oír el resto de la aventura. Tú sabías que si Rose cambiaba su testimonio, estabas lista. Tu única esperanza estribaba en matarla para que no pudiera retroceder en su declaración.

—Sí —añadió la voz burlona—, de este modo podrías utilizar el testimonio prestado por Rose cuando el testamento se envió a probación.

Marilyn Marlow seguía callando.

—Observad que no niega nada —la acosó la voz—. La hemos acusado de asesinato y no lo ha negado. ¡Recordad esto!

—¡Lo niego! —gritó Marilyn.

—Ah, ¿sí? Creíamos que no querías seguir hablando.

—Niego haberla asesinado.

—Pero admites que estabas en el apartamento, cuando ya había muerto y que no comunicaste el crimen a la policía.

—Yo...

Al darse cuenta de que iba a ceder volvió a comprimir los labios.

—Vamos —insistió el sargento—, sepamos el resto.

Marilyn Marlow permaneció sentada muy erguida tratando de conservar una calma exterior.

—Está bien —se irritó Holcomb—. Que entren los periodistas.

Alguien abrió la puerta. Varios individuos invadieron la sala.

—¡Levanta la cabeza, Marilyn! —gritó uno.

Brilló un destello muy brillante, pero los ojos de la joven estaban tan acostumbrados a la luz del foco que no pestañeó.

Otros *flashes* estallaron en sucesión. Los fotógrafos se movían por todas partes enfocando sus cámaras.

—Bien, señorita Marlow —dijo de pronto un periodista—, necesitamos una declaración. Esto no la perjudicará en absoluto y le dará la oportunidad de atraer el interés de los lectores hacia usted.

—Sin comentarios —replicó la joven.

—Vamos, Marilyn, no sea así. Es una tontería. No le hará ningún bien. Usted depende mucho de los sentimientos del público, y éste siempre se deja llevar por la primera impresión. Dé su versión a los lectores antes de que se formen una opinión. Fíjese en todos esos chicos que matan y salen libres. Todos, desde el principio, se confían al público a través de la prensa.

—Sin comentarios —repitió ella, con suma desesperación.

La acosaron durante cinco minutos más, tratando de hacerla hablar.

Por fin, tomaron más fotografías y se marcharon.

Los policías volvieron a la carga, pero Marilyn se hallaba tan fatigada que se sentía completamente atontada, pudiendo oír su propia voz como si las palabras surgiesen de su boca mediante un truco de ventriloquia, repitiendo de cuando en cuando:

—Sin comentarios... sin comentarios... sin comentarios... No quiero discutir el asunto sin la presencia de mi abogado... Exijo que se llame a mi abogado...

Eran como una manada de perros aulladores, corriendo al alcance de una yegua nerviosa y asustadiza. Deseaba echar a correr,

y buscaba una salida...

Se abrió una puerta. En el umbral se recortó la silueta de un hombre alto.

—¿Qué pasa aquí? —inquirió una voz sosegada.

—Estamos intentando obtener una declaración de la señorita Marlow —gruñó el sargento Holcomb.

—¿De qué modo?

—Bueno, mediante un pequeño interrogatorio...

—¡Apaguen esa luz! —ordenó el teniente Tragg—. ¡Al instante!

Se oyó el ruido del interruptor y los agotados y llorosos ojos de Marilyn se relajaron al extinguirse la cegadora claridad.

—Envié aquí a la señorita Marlow para que fuese interrogada —tronó el teniente—. No para que fuese martirizada. No es más que una testigo.

—¡Y un cuerno! —rezongó Holcomb—. No quiero mostrarme irrespetuoso, teniente, pero ha admitido que estuvo en el apartamento a la hora en que se cometió el crimen. Afirma que halló ya muerta a Rose Keeling, pero no hay ninguna prueba en su favor. Además, llamó a Perry Mason. Hizo que se reuniese con ella, y con toda seguridad, Mason lo dispuso todo en su favor. Admite que usó el teléfono para llamar a Mason, pero recuerde, teniente, que en el aparato no estaban sus huellas, y sólo las del abogado. Por tanto, el teléfono lo limpió alguien.

—Sin embargo —replicó el teniente, colérico—, no es necesario que la señorita Marlow sea entregada a la indignidad de una inquisición. Vuelvan todos a sus puestos. Ya he señalado una obligación a cada uno. Vamos a trabajar. Procuren encontrar alguna prueba, usando la cabeza y los pies en vez de la boca.

Sin la luz del foco, Marilyn podía divisar claramente al teniente Tragg, un individuo alto y esbelto, cuyas facciones resultaban un alivio en comparación con los rostros de los agentes que la habían interrogado.

Hubo un movimiento general de sillas y de pies. Todos fueron abandonando la sala, con semblante huraño, hasta que el teniente quedóse a solas con la joven.

—Lo siento, señorita Marlow. ¿Ha sido muy terrible?

—Ha sido espantoso —replicó ella, con una nota de histerismo

en la voz—. Esa luz antes mis ojos... sin poder moverme...

—Comprendo —asintió Tragg con campechanía.

—Tengo dolor de cabeza y... Bueno, apenas sé lo que estoy diciendo.

—Ya. ¿Quiere venir a mi despacho?

La escoltó a través de la puerta hasta una estancia interior, ofreciéndole una cómoda butaca y girando atentamente la lámpara para que no la molestase, iluminando sólo su propio semblante y la superficie de la mesa.

Tragg extrajo un cigarro del bolsillo y se detuvo con la cerilla en alto.

—¿Le molesta?

—En absoluto.

Encendió el cigarro, se retrepó en la silla y empezó a decir con voz bien modulada:

—La vida de un policía no es muy dichosa.

—Lo supongo.

—Llevo todo el día yendo de un lado para otro —prosiguió Tragg—. Naturalmente, este caso es una tragedia para usted. Para mí no es más que otro caso, que debo investigar y aclarar.

Se quitó el cigarro de la boca, se desperezó, bostezó, contempló la encendida punta del puro un momento y sopló una bocanada de humo azul.

—Creo que Rose Keeling era una chica algo especial.

—Tal vez.

—¿Sabe por qué le escribió aquella carta?

—¿Qué carta?

—La que le envió a usted —explicó Tragg—. Creo que fue ayer. Los Endicott tienen una copia.

—No, no sé por qué la escribió.

—¿Cree que hay alguna verdad en su contenido?

—Decididamente, no. No creo que hubiese nada irregular en la ejecución del testamento. Hablé con ella antes de la muerte de mamá, y he escuchado la misma versión varias veces, lo cual no tiene nada que ver con la carta.

—A propósito —la voz de Tragg sonó muy casual—, la copia de la carta no es una buena prueba. Naturalmente, la conservamos

porque se trata de una copia auténtica y no hay duda de que la escritura es de Rose Keeling. Pero nos gustaría tener el original. ¿Lo lleva encima?

Extendió la mano como por casualidad, lo mismo que podía haber pedido una cerilla.

—Pues... no, no lo tengo.

—Ya, está en su apartamento.

—No... no sé dónde está.

Tragg arqueó las cejas.

—La recibió ayer... ¿o fue esta mañana?

—Esta mañana.

—Entiendo. Por esto fue a ver a Rose Keeling.

—No, teniente. Sinceramente, no.

—¿No?

El teniente Tragg levantó las cejas para dar la impresión de cortés incredulidad.

Llamaron a la puerta. Tragg arrugó la frente.

—¡Que nadie me moleste!

La puerta se entreabrió.

—¡Fuera! —gritó el teniente por encima del hombro—. No quiero que me interrumpen.

—Lo siento, teniente —contestó una voz masculina—. Soy un comisario del sheriff y estos documentos han de cursarse ahora mismo.

—No quiero que... Oh, está bien. Démelos.

El comisario del sheriff penetró en el despacho, con unos papeles en la mano.

—Lo siento, teniente. Ya comprenderá cuál es mi deber. Tenemos que hacerlo y el abogado se ha movido de prisa.

—¿De qué está hablando?

—Del mandamiento de *habeas corpus* para Marilyn Marlow —explicó el comisario—, ordenando que sea llevada ante el tribunal pasado mañana a las dos de la tarde, y mientras tanto, a menos que se le acuse de algo específico, sea puesta en libertad bajo fianza de dos mil quinientos dólares. Perry Mason está abajo depositando esa suma ante el cajero de fianzas. Dentro de un instante subirá con el recibo.

—Gracias por notificármelo —aulló Tragg—. ¡Salga!

El comisario se marchó, cerrando la puerta a su espalda.

—Esto no lo llevará a ninguna parte —gruñó Tragg, irritado—. Son las tácticas que emplean los abogados cuando sus clientes son culpables.

Marilyn Marlow no pestañeó.

—Bien —continuó el teniente—, supongamos que me cuenta por qué fue a visitar a Rose Keeling y...

Sonaron unos nudillos a la puerta, ésta se abrió y Perry Mason hizo su aparición.

—Lo siento, Tragg. Se acabó la función.

—¡Salga de aquí! —gritó el policía—. Éste es mi despacho privado y...

—¡Puede quedarse en él hasta que le salgan raíces! —repuso Mason, enojado—. Marilyn, nosotros nos vamos.

—¡Ella se queda!

—No se queda —replicó el abogado—. Está libre bajo fianza del *habeas corpus*. Aquí tiene el recibo que acaban de entregarme del mandamiento de *habeas corpus*, estableciendo que esta joven está libre bajo fianza.

—A menos que sea acusada de algo —terminó el teniente.

—Adelante, acúsela —le desafió Mason—. Acúsela y pagaré otra fianza.

—¿Y si la acuso de asesinato?

—No habrá fianza —admitió Mason—, porque no está permitida en tal caso.

—Pues, usted me desafía y la acusaré de asesinato.

—¡Bah! —se burló Perry Mason—. Si la acusa de tal cosa, se encontrará con un huevo que no podrá romper.

—Usted empuja y yo...

—Está bien, le empujo. Yo represento a la señorita Marlow. Está en libertad por *habeas corpus*. Aquí hay un oficial para hacer que se cumpla lo ordenado por el tribunal. La orden establece específicamente que esa joven está libre bajo custodia, en espera de un juicio por *habeas corpus*, y tras haber pagado una fianza de dos mil quinientos dólares. La fianza se ha pagado ya en buen dinero y yo he recibido el resguardo. Vamos, señorita Marlow.

Marilyn púsose de pie. Por un momento, pensó que sus rodillas cederían y que caería de frente. Pero respiró profundamente y empezó a andar, esperando a cada momento la voz restallante del teniente Tragg.

Sin embargo, el teniente estaba sentado, muy erguido, en un ominoso silencio, mientras Mason cogía del brazo a la muchacha. El comisario, que acababa de entrar, la cogió del otro brazo.

—¡Esto le pesará, Mason! —bramó el teniente.

—No lo creo.

—Incidentalmente, tengo que hacerle varias preguntas.

—Venga a mi despacho cuando guste.

—Puedo obligarle a venir aquí.

—No sin una orden, Tragg.

—Puedo conseguirla.

—Es su privilegio.

La puerta se cerró.

—Bueno, ya está, señor Mason —suspiró el comisario del sheriff.

—Acompáñenos hasta fuera del edificio, por favor —le rogó Mason.

Luego, ayudaron a Marilyn a bajar la escalera.

—Está temblando —comentó el abogado.

—Estoy hecha un guiñapo —admitió ella—. Sólo quiero estar a solas para poder llorar. Me siento histérica.

—¿Tan malo fue?

—Fue terrible.

Mason le estrechó la mano al comisario.

—Muchas gracias.

—De nada, señor Mason. Sólo cumplo con mi deber. Usted trajo los documentos, me ordenaron que les diese curso y ya está hecho.

—Gracias de nuevo.

La joven oyó el crujido de unos papeles y captó como la visión de unos billetes verdes. Luego, Mason la ayudó a entrar en el coche, y poco después estaban en marcha.

—¿Qué ocurrió? —quiso saber el abogado.

—Fue terrible, terrible, terrible, terrible...

La voz de la muchacha sonaba cada vez más alta. La palabra «terrible» estaba como atornillada en su cerebro. Su boca la repetía

sin conciencia por su parte.

De repente, Mason pisó el freno.

—Olvídelo —exclamó—. Los instantes son preciosos. Pueden acusarla de asesinato. Por tanto, cuénteme todo lo ocurrido. Ya llorará cuando haya terminado. Y deje el histerismo para más tarde.

Había tanto consuelo en los ojos del abogado, que la joven empezó a serenarse.

—El teniente Tragg me hizo ir a su despacho —comenzó a relatar la joven—. Me pidió que le enseñase algunas de las joyas recibidas por mamá de manos del difunto Endicott. Luego, me sugirió con mucho tacto que me llevase todas las que pudiese, ya que no era conveniente que las dejase en casa, sin custodia.

—¿La fotografiaron?

—¿La policía? No.

—¿Pero le tomaron fotos?

—Sí, unos periodistas.

Mason juró entre dientes.

—¿Qué le pasa? —se inquietó ella.

—Esa es la forma como la policía colabora con la prensa.

—¿A qué se refiere?

—Un poco de publicidad para la policía —le explicó Mason—. Primero, la obligan a llevar las joyas que su madre recibió de Endicott. Luego, los periodistas pueden retratarla a usted. Mañana por la mañana, todos los diarios mostrarán su foto, con grandes titulares: *La heredera, interrogada en el despacho del teniente Tragg, de la Brigada de Homicidios. Lucía la fortuna en joyas que su madre recibió de su difunto bienhechor.*

—¡Oh! —exclamó Marilyn, abrumada.

—Adelante. ¿Qué más ocurrió?

—El teniente Tragg se retrasó por algo y me enviaron con el sargento Holcomb y tres o cuatro agentes más.

—Y el sargento empezó a freiría a preguntas.

—Sí.

—Y la obligaron a sentarse en una silla con un foco muy intenso directamente hacia su cara. Formaron un círculo a su alrededor, entraron varias personas y comenzaron a dispararle una serie de preguntas, casi sin darle tiempo a responder, insinuando cosas

espantosas, acusándola y...

—Sí... —tartamudeó ella.

—Luego, el teniente Tragg se presentó de repente, con gesto paternal, disculpándose y la condujo a su despacho, y usted se sintió tan aliviada que pensó era el caballero más galante del mundo.

—Oh, sí... ¿cómo lo sabe?

—Es la rutina de la policía. Forma parte del tercer grado psicológico. Un policía se ensaña con un testigo hasta que casi enloquece, le saca lo que puede, y cuando apenas puede hablar, se da una señal, y entra otro que actúa como un cumplido caballero...

—¿Quiere decir que todo fue una farsa?

—Una farsa.

—No creo que el teniente Tragg actúe de esa forma.

—El teniente Tragg tiene que ejecutar una misión —replicó el abogado—. Le dan instrucciones respecto a los métodos que ha de emplear. No tiene que dar explicaciones respecto a cómo obra. Su obligación es soltar la lengua de la gente. Y la policía emplea todos los trucos. Algunos muy ingeniosos, lo reconozco. No cometa el error de pensar que los policías son tontos.

—Pues los primeros sí lo eran.

—Seguro que la sonsacaron en abundancia.

—No dije nada en absoluto hasta que entró la testigo.

—¿Qué testigo?

—La mujer que observó todas las entradas y salidas del apartamento de Rose Keeling.

—Nueve probabilidades contra diez de que fuese otra trampa de la policía —murmuró Mason—. La testigo era falsa. ¿La vio claramente?

—No.

—¿Declaró a qué hora llegó usted? ¿Y a qué hora salió?

—Pues... no —denegó Marilyn tras una corta reflexión—. Sólo dijo que yo era la joven que ella había, visto salir, y que esto ya lo había declarado a la policía.

—Una vieja treta —sonrió Mason tristemente—. No vio a nadie. Probablemente, era una taquígrafa de un departamento policíaco, que trabaja por las noches, o una empleada del despacho de fianzas.

Ni siquiera sabía dónde vivía Rose Keeling. A usted no la había visto en su vida.

Marilyn Marlow había suspendido la respiración.

—¿Y qué les contó usted? —quiso saber Mason.

—Supongo... supongo que casi todo —sollozó la muchacha—. Creí que aquella mujer lo había visto todo y yo... intenté salvarle a usted y les confesé que había telefoneado y que...

—¿Admitió haber estado allí y haberse marchado?

—Sí.

—Esto lo complica todo. La acusarán de asesinato.

—Y en tal caso, ¿qué hará usted?

—¡Muchas cosas! —repuso Perry Mason, sonriendo.

Capítulo XIV

Della Street estaba esperando cuando Perry Mason abrió la puerta de su despacho privado.

La joven saltó de la silla y corrió hacia él.

—Della, ¿qué hace aquí? Es medianoche.

—Lo sé, pero en casa no habría podido dormir. ¿Qué ha ocurrido?

—La hicieron hablar.

—¿Mucho?

Mason colgó el sombrero en un gancho del armario.

—Bastante.

—¿Sirvió de algo el *habeas corpus*?

—Sí, llegó a tiempo de salvarla. Pero ya había hablado demasiado.

—¿Por qué?

—Emplearon un viejo truco —explicó Mason—. Primero, el sargento Holcomb le aplicó el tercer grado y el teniente Tragg acudió a liberarla como un perfecto caballero. Esto le sale muy bien. La gente se deja engatusar por su aparente buen corazón y desvelan sus almas ante sus ojos... y oídos.

—¿Qué le contó?

—Le habló de la carta, de haberme telefoneado y, por implicación, dijo que yo había borrado las huellas del teléfono, o se lo había ordenado a ella. Esto será lo peor. Tragg tiene dónde hincar el diente.

—Pero Marilyn no les dijo claramente que ella había borrado las huellas del teléfono, ¿verdad? O que usted la había animado a hacerlo.

—Claramente no —concedió Mason—. Se trata de una

deducción de lo que ella dijo.

—¿Dónde está ahora?

—En libertad, gracias al *habeas corpus* —sonrió el abogado—. No es ninguna fugitiva de la justicia y se halla en un lugar donde la policía seguramente no la encontrará. ¡Maldito me vea si sé por qué lo hago, Della! Pero siempre me compadezco de mis clientes.

—Lo sé.

—Siempre arriesgo el pescuezo por ellos. Debería aceptar los casos como los otros abogados: tomar los hechos tal como son y dejar que todo siga su curso normal. Pero no, yo no soy así. Siempre saco la cara por el cliente que lo tiene todo en contra.

—Después de todo —repuso Della Street—, no estamos seguros de que Marilyn sea tan inocente como aparenta.

—No me la imagino culpable —se opuso Mason.

—Del asesinato tal vez no, pero no creo que haya sido muy sincera con nosotros. No estoy satisfecha con la explicación que dio por insertar su anuncio en la revista. Creo que aún ignoramos por qué deseaba la colaboración de Kenneth Barstow.

Mason sentóse a su mesa, encendió un cigarrillo, suspiró hondamente y acabó por decir:

—Le pedí a Paul Drake que me esperase. Tenía que ejecutar varios trabajos para mí. Llámeme por teléfono, ¿quiere, Della? Hablaré con él y dejaremos que se vaya a la cama.

—¿No dormirá usted?

—No lo sé. Me encuentro en lo que suele denominarse «posición poco envidiable». Debí prever que Marilyn Marlow se derretiría tan pronto como le aplicasen un poco de fuego. No tiene carácter para resistir los golpes bajos.

—Sólo tenemos su palabra de lo que sucedió antes de que nosotros llegásemos al apartamento de la difunta —murmuró la secretaria—, sólo su palabra.

—Póngame con Paul —pidió Mason, asintiendo con la cabeza.

Della Street marcó el número y poco después el detective estaba al aparato.

—Aquí, Della, Paul. El jefe ha llegado. ¿Puede venir...? Bien, dejaré la puerta abierta.

Della colgó el aparato y fue a abrir la puerta. Un momento más

tarde oyeron el rumor de los pasos de Drake en el corredor, y el detective cruzó el umbral, dejándose caer en el sillón de los clientes con aspecto de cansancio.

Della cerró la puerta.

Paul Drake se acomodó en su postura favorita, cruzado en el sillón.

—¿Qué hay de nuevo, Paul?

—Muchas cosas —afirmó el detective—. He verificado la coartada de Ralph Endicott. Eso me pediste, ¿no? La policía la estaba comprobando al mismo tiempo que yo. Absolutamente auténtica, a toda prueba.

—¿Sin la menor duda?

—Sin ninguna. Aparte de los diez o quince minutos perdidos entre el consultorio del dentista y su llegada al banco, hemos comprobado cada segundo de su empleo de la mañana. Y no salió del club de ajedrez hasta tres horas después de haberse cometido el asesinato.

Perry Mason empezó a pasearse por el despacho, con la chaqueta desabrochada, los pulgares metidos en las sisas del chaleco y la cabeza abismada en hondos pensamientos.

—Te telefoneé respecto a la testigo restante —exclamó de repente—. Ethel Furlong. ¿Te pusiste en contacto con ella?

Paul Drake asintió.

—¿Qué hay de ella?

El detective hojeó un cuadernillo de notas antes de hablar.

—La policía fue a buscarla, la interrogó y la soltó. Mi agente también la interrogó. La policía estaba interesada en el testamento y en lo sucedido en relación con el mismo. La joven contó una historia correcta. Nadie le ofreció dinero en ningún momento. Fue testigo del testamento. Eleanore Marlow, madre de Marilyn, llamó a las dos enfermeras del piso, Ethel Furlong y Rose Keeling, diciéndoles que el señor Endicott deseaba ejecutar un testamento y las necesitaba como testigos. Afirma que llamaron a Rose Keeling para atender a unos enfermos, cuando iba a serle leído el testamento al difunto Endicott, pero que la joven regresó antes de que el documento fuese firmado, y que cuando el viejo lo firmó, ambas enfermeras, junto con la Marlow, estaban en la sala con el

paciente; que éste firmó con la mano izquierda pero sabiendo muy bien lo que hacía, asegurando claramente que firmaba su testamento y que deseaba que las dos jóvenes firmaran como testigos.

—¿Afirma todo esto Ethel Furlong?

Exactamente.

—¿Le hizo Rose Keeling alguna proposición?

—Ninguna.

Mason volvió a pasearse.

—Naturalmente —exclamó, tras un silencio—, Marilyn Marlow necesitaba tener dos testigos que respaldasen el testamento, pero la parte contraría sólo necesitaba uno a su lado para impugnarlo. Pensándolo bien, resulta un poco raro el caso de esos hermanos Endicott, que nunca les importó un bledo su hermano George en vida; ahora, bien instalados en la antigua mansión, planean despojar a Marilyn de la herencia. Aparentemente, alguien trató de sobornar a Rose Keeling, y no creo que fuese Marilyn. Pero los Endicott aseguran que sí, y la policía aceptará gustosa su palabra.

—Podría ser, claro está —intercaló Paul Drake—, que tanto Ethel Furlong como Rose Keeling, recibiesen mil pavos para efectuar la declaración, y que la primera no se haya dejado sobornar ya más. Mientras que Rose Keeling podía desear sacar una tajada mayor.

—Es posible, pero no me gusta la idea —desaprobó Mason—. ¿Qué hay de Caddo, Paul? ¿Qué has descubierto?

—Él y su mujer sostuvieron una buena batalla, y ella le arrojó un tintero, Caddo envió un traje a la tintorería completamente manchado. ¿Sabías que la policía encontró un vestido de tenis con la blusa rasgada y tinta por todas partes?

—No. ¿Dónde?

—En el cesto de la ropa sucia de Rose Keeling.

Mason empezó a dar muestras de excitación.

—¿Era un vestido de Rose?

—Al parecer, sí.

—¿Tiene alguna teoría la policía al respecto?

—Ninguna. Piensan que la joven estaba llenando una pluma estilográfica y...

Mason le indicó a Drake que callase, reanudó su paseo y de repente plantóse ante el detective.

—Rose Keeling debió ser asesinada al salir del cuarto de baño.

—Sí. Aparentemente la golpearon con fuerza y cayó al suelo. Luego, fue apuñalada hasta morir.

Mason dejó de pasearse.

—¿Cómo?

—Alguien la golpeó antes de apuñalarla.

—¡Muy interesante!

—¿Por qué lo harían, jefe? —se admiró Della Street.

—Probablemente —repuso el abogado—, alguien se escondió detrás de la puerta, esperando a que ella saliera del baño. Tan pronto como lo hizo, el criminal la golpeó en la cabeza, para asegurarse de que no chillaría, ya que no estaba seguro de matarla de la primera puñalada. ¿Qué sabes de la hora de la muerte, Paul?

—Hacia las doce.

—Tal como me lo imagino —explicó Mason—, Della telefoneó al apartamento de Rose Keeling en el momento en que se cometía el asesinato. El asesino se hallaba al acecho del momento en que la pobre joven saliera del cuarto de baño. El teléfono empezó a sonar. Esto no le convenía al asesino. Temía que Rose se envolviera en una toalla y fuese a contestar al teléfono. Y sabía que en este caso, ella podría pasar por el pasillo corriendo, con lo que el asesino perdería la oportunidad de abatirla de un golpe.

—O sea que el asesino fue el que descolgó el aparato —concluyó Drake.

—Por ahora, no veo otra explicación. ¿Sabes si la policía se fijó en las cenizas de cigarro en el suelo del dormitorio de Rose, Paul?

El detective sacudió la cabeza.

—Si se fijaron lo mantienen en secreto. No lo han mencionado en la prensa... Dudo de que reparasen en ello.

—¿Siguen investigando tus muchachos, Paul?

—Naturalmente, no pueden penetrar en el apartamento. Pero hay un solar en la parte sur. La policía husmeó un poco por allí, pensando que el asesino podía haber arrojado el cuchillo por la ventana desde el piso de la Keeling, una vez cometido el crimen. Pero no encontraron nada. Mis chicos indagaron en el solar cuando

la policía se largó. Yo estaba con ellos. Registramos hasta el último centímetro.

—¿Sin suerte?

—Sin suerte.

Mason volvió a pasearse unos instantes y por fin preguntó:

—¿No observaste un cigarro a medio fumar en el solar, mientras buscabais el cuchillo?

—Un momento —exclamó Paul—. Recuerdo que Kenneth Barstow empujaba una colilla de cigarro con el pie. Barstow fuma cigarros puros y afirma ser un experto. Empujó el resto de cigarro y comentó: «¿Qué os parece? Ni los polis pueden acabarse los cigarros baratos que se venden hoy día».

Mason entornó los párpados.

—¿Estaba a medio fumar, Paul?

—A medio fumar.

—¿Una tagarnina?

—Bastante bueno —repuso Drake—. Uno de esos cigarros que mascan los polis. Un hombre tiene que poseer un estómago muy fuerte para resistir más de la mitad.

—¿Y a Barstow le gustan los buenos cigarros?

—Los mejores.

Mason volvió a medir la estancia.

—Naturalmente —añadió Drake—, respecto a la herencia, la simpatía del público estará del lado de los Endicott.

—¿Por qué? —inquirió Mason, sin dejar de pasear.

—Al fin y al cabo... bueno, son los herederos.

—¿Cómo es eso, Paul?

—Son los parientes consanguíneos.

—Y nunca se preocuparon de George Endicott hasta que hubo muerto. Se piensa demasiado en los herederos naturales de una herencia. La verdadera protección que un anciano o un enfermo tiene en este mundo es poder disponer de sus bienes del modo que mejor le plazca. Esto le sirve para premiar los buenos servicios y para mantener a sus familiares a raya. Si un individuo no pudiera testar a su antojo, los parientes lo mandarían a la tumba en brevísimo tiempo. Bueno, al menos, lo harían muchos.

—Claro, si tu teoría es correcta, Perry —observó Drake—, me

refiero a lo de haber sido el asesino quien descolgó el teléfono, en tal caso las huellas del aparato eran de suma importancia para el caso.

Mason no contestó.

—¿Cómo entró Marilyn en el apartamento?

—Dice que Rose le entregó una llave —contestó el abogado.

—¿De qué modo?

—Marilyn fue a ver a Rose —explicó Mason—. Ésta quería jugar al tenis. Marilyn volvió a su apartamento para recoger el equipo. Rose le entregó una llave para que pudiera entrar sin llamar al timbre de abajo. Marilyn fue a su casa, regresó y halló a Rose muerta. Sin embargo, afirma que no necesitó utilizar la llave, ya que la puerta de la calle estaba abierta, por lo que pudo entrar sin tropiezos.

—¿Ésta es la historia de Marilyn?

—Esta es su historia.

—¿Cuándo dejó a Rose?

—Hacia las once treinta y cinco. Tal vez un poco antes.

—¿Cuándo regresó?

—No se dio mucha prisa. Hizo algunas cosas. Compró comestibles y pasó por su banco. Volvió a las doce y cinco.

—¿Y mientras tanto se cometió el asesinato?

—Exacto. Marilyn me llamó hacia las doce y cuarto.

—¿Crees que las once cuarenta es la hora del asesinato?

Mason asintió.

—¿A qué hora llegó al banco Marilyn?

—No a tiempo de conseguir una coartada. Y nadie recuerda haberla visto en la tienda de comestibles.

—¿Y Rose le entregó la llave?

—Sí.

—Esto no te gustará, Perry —le previno Drake—, pero cuando permitimos que Marilyn volviese a ver a Kenneth Barstow, ella le contó que concertaría un partido de tenis con Rose y que deseaba que él le consiguiese una llave del apartamento de aquélla, fuese como fuese. Explicó que Rose se había pasado al enemigo y que ella quería registrar el piso cuando supiese que Rose estaba jugando a tenis u ocupada en otra cosa, a fin de tener tiempo de buscar como

sabe hacerlo una mujer... Aquí calló, sin comunicarle a Kenneth qué esperaba encontrar exactamente.

—Mantén a Kenneth fuera de la circulación por algún tiempo, Paul —ordenó Mason.

—Es muy discreto.

—A menos que le interroguen bajo presión. Caddo lo conoce.

—Tienes razón.

—Claro que no podemos censurar a Marilyn.

—Dirás que *tú* no puedes —puntualizó Drake.

—¿Qué diablos, Paul? Rose Keeling se había vendido. Y Marilyn deseaba obtener la prueba, como fuera posible.

Se produjo un silencio.

—Esa blusa manchada de tinta es una pista —murmuró el abogado de repente.

—¿Por qué?

—Tengo una teoría.

—¿La señora Caddo?

—Podría ser.

—¿Quieres que haga algo, Perry?

—No, aún no. Hablaré con Dolores Caddo, a ver si aclaro algo. Además, será divertido.

—Si le hallas alguna diversión... —rezongó el detective—, adelante.

—¿Tiene la dirección de la casa de Caddo, Della?

La joven asintió.

—¿Has comprobado todo lo referente a Ralph Endicott, Paul? —inquirió el abogado, volviéndose al detective.

—Su historia no tiene ni un solo fallo.

—Me fastidia eliminarle de la lista de sospechosos —gruñó Perry Mason—, pero tendré que hacerlo. Yo creo que el asesinato se cometió a las once y cuarenta minutos. Ésta es la hora en que Della telefoneó y alguien descolgó el receptor.

—Bien, todo irá bien si no pueden probar que alguien borró las huellas del aparato, Perry —masculló Drake.

—Exactamente —sonrió el abogado—. Pero mis huellas estaban en el receptor. Lo cual indica, al parecer, que yo salvé a mi cliente borrando tales huellas, con lo que también borré las del criminal.

—Sí, mirado desde ese punto de vista parece razonable —observó Drake.

—Yo no las borré, Paul.

El detective arqueó las cejas.

—Fue Marilyn —aclaró Della.

El rostro de Drake reflejó un gran alivio.

—Entonces, Perry, esto te absuelve —exclamó—. Estaba preocupado. Si Tragg hubiese podido demostrar que el asesino descolgó el receptor a las once cuarenta, que Marilyn te llamó a las doce y diez y que tú telefoneaste a la policía, sin haber más que tus huellas en el aparato... tendría un caso excelente contra ti, Perry. Sería una evidencia circunstancial haber enviado a Marilyn a su casa e intentar salvarla limpiando las huellas del receptor. Pero si tú y Della podéis jurar que lo hizo la propia Marilyn, esto te pone a cubierto.

—No podemos jurarlo, Paul.

—Me pareció entender...

—No podemos. No sería jugar limpio con mi cliente.

—Pero si lo haces al revés, tampoco sería jugar limpio contigo mismo.

—Si lo juramos, condenamos a la pobre Marilyn. Y tenemos que protegerla, porque es mi cliente.

—¡Pero no hasta el punto de acusarte tú mismo, Perry! Seguramente, no pensarás ir tan lejos.

—Diantre, Paul —replicó Perry Mason—, ya sabes que voy adonde sea preciso por un cliente, y ahora pienso enzarzar en una pelea a la familia Caddo. ¡Será un buen espectáculo!

Capítulo XV

Cinco minutos después de haber llamado Perry Mason por primera vez al timbre, Robert Caddo avanzó arrastrando los pies por el corredor y la puerta.

Llevaba echado sobre los hombros un albornoz. Debajo, llevaba las piernas metidas en un pantalón de pijama a rayas. Los pies estaban como embutidos en unas zapatillas de piel. El pelo, largo y peinado de modo que disimulaba la incipiente calvicie, colgaba ahora sobre una oreja, dándole un aspecto muy poco atractivo. Tenía los ojos hinchados aún por el sueño y su rostro mostraba una expresión asombrada.

—Hola —saludó Mason—. ¿Puedo pasar?

—Ah, usted... —tartamudeó Caddo—. ¿Qué sucede?

—Muchas cosas —respondió el abogado, apartando al dueño de la casa.

El piso era frío, con la frialdad de la medianoche. Las ventanas estaban abiertas para la ventilación.

Caddo encendió las luces y bajó las persianas. Mason encontró el botón que controlaba la calefacción y la puso en marcha.

—Hace frío aquí —concedió Caddo—. Estoy temblando.

—Tal vez necesite un trago —sugirióle Mason.

—¿Quién es, Bob? —se oyó la voz de la señora Caddo desde el dormitorio.

—El señor Mason, el abogado —le informó su marido—. Tú estuviste hoy en su oficina, querida.

Se escuchó el rumor de unos pies descalzos. Al cabo de un momento, se oyeron unas pisadas de unos pies ya calzados con zapatillas, y Dolores Caddo, envuelta en una bata muy ceñida a su cuerpo, hizo su aparición.

—Hola —dijóle a Mason y sonrió, adornando la sonrisa con un guiño amistoso—. Lamento la escena de hoy.

—¿Qué hizo usted hoy? —inquirió Mason, con ingenuidad.

—Ya sabe... ir a su oficina y armar aquel escándalo —la mujer volvió a guiñarle el ojo y añadió apresuradamente—: Bob dice que le vio a usted más tarde y que piensa zanjear el asunto a su satisfacción. Yo le advertí que no debe tirar el dinero (*nuestro dinero*), porque los daños fueron principalmente contra su dignidad. Espero que sea usted buen deportista.

—¿Adónde más fue usted hoy?

—Bueno, Mason, éste es un tema muy desagradable —terció Caddo—. ¿No podríamos...?

—No —insistió el abogado—. Quiero saber adónde más fue su esposa.

—A ver a Marilyn Marlow —repuso la aludida—. No la encontré. La dejé en mi lista de visitas de mañana. Pero vi a Rose Keeling.

—¿A qué hora?

—A las once y media.

—¿Le arrojó un tintero?

La mujer se echó a reír.

—Le aseguro que esa gatita ya no volverá a arañar a ningún hombre casado en su vida. La dejé lista.

—¿A qué hora?

—A las once y media, repito. Tardé un poco en localizarla. Perdí cierto tiempo buscando a Marilyn Marlow, pero la queridísima amiga de mi marido se había escondido.

—Te juro, amor mío, que se trata de negocios. ¡Oh, sí, sólo de negocios! —exclamó Caddo, desesperado—. Y si le hubieras dado al señor Mason la oportunidad de explicártelo, te lo habría confirmado. Además, nunca he visto a Rose Keeling en persona.

—Pues yo sí la vi —replicó la esposa—, y, créeme, le metí el corazón en un puño.

—¿Qué estaba haciendo cuando llegó usted? —quiso saber Mason.

—Vistiéndose para ir a jugar al tenis. Llevaba un vestidito muy mono, muy corto. ¡Yo acabé de acortárselo! Le rasgué la espalda y

luego le dije: «¿Por qué no va a jugar sin ropa, querida? Todos se volverán locos por usted...». Y acto seguido, saqué mi estilográfica y la inundé de tinta.

—¡Oh, no, cariño! —murmuró Caddo, desolado.

—Claro que sí —afirmó su esposa—. Y cada vez que te sientas tenorio, recuerda esto. Yo lo descubro siempre, y entonces armo cada escándalo que hasta las piedras tiemblan.

—Pero, amorcito... Si se trataba de un asunto de negocios... Hubiese podido sacar mucho dinero.

—¿Cómo? —preguntó Mason.

—Bueno, yo... —balbució Caddo. Calló bruscamente, sin terminar la frase.

—No creas que tu abogado te escudará —le retó Dolores Caddo—. ¿Quieres que vuelva a empezar a armar camorra?

—Estoy interesado —intervino Mason— en saber qué pasó con Rose Keeling.

—Vaya a preguntárselo a ella. Debe tener un vivo recuerdo de la escena.

—Por desgracia, no puedo.

—¿Se ha largado?

—Rose Keeling —declaró Perry Mason— ya no está con nosotros. Fue asesinada aproximadamente a las once y cuarenta de esta mañana.

En el silencio que siguió, los rumores procedentes del radiador al expandirse el gas recalentado, parecieron las trompetas de la Marcha Triunfal de *Aida*.

—¡Maldición, Dolores! —gritó Robert Caddo—. ¡Te advertí que algún día tu carácter te metería en un mal paso! ¡Y ese día ya ha llegado!

—Cállate —rugió ella.

—Tal vez si se dignase contarme algo más de su visita a Rose... —insinuó el abogado.

—Bah... —se mofó Dolores—. ¿Qué intenta? ¿Colocarme a mí ese asesinato?

—Tengo motivos para creer que el asesino entró en el apartamento pocos minutos después de marcharse usted —anunció muy solemne Mason.

—Un momento —rogó la mujer—. ¿Qué pinta usted en todo esto?

—Trato de investigar...

—¿Le interesa descubrir al asesino?

—Sí.

—¿Por qué?

—Soy abogado y trato de aclarar un caso.

—Usted es abogado —objetó Dolores Caddo—, y representa a alguien. Cuando se metió usted en el caso, representaba a mi marido. Bob, tú no le habrás pedido que descubra al criminal, ¿verdad?

—Oh, amor mío —exclamó el esposo, tras sacudir negativamente la cabeza—, el asunto es grave. El señor Mason es uno de los mejores abogados de la ciudad y...

—Y representa a alguien —concluyó ella—. Y trata de endilgarme a mí el crimen para proteger a otra persona.

—Pero, amor mío, has admitido que estuviste allí —casi imploró Robert.

—Bueno, él presenta los hechos de modo que parezca que el crimen se cometió cuando yo estaba allí... ¿Qué clase de tinglado es éste?

—Sólo trato de establecer los hechos —repuso Mason—, nada más. Usted no la mató, ¿verdad?

—Mire —respondió Dolores secamente—, le arrojé tinta sobre el traje y le rompí la blusa, creo, y traté de darle una buena somanta, pero logró escabullirse y se encerró en el baño... Bueno, Bob, creo que es inútil seguir hablando.

—Me ayudaría mucho si pudiera decirme... —empezó a rogar el abogado.

—¡No puedo ni quiero! —le cortó Dolores.

—Si pudiera apresar al verdadero culpable, ello impediría que una persona inocente fuese acusada.

—Sí, lo sé —admitió Dolores—, pero supongamos que usted tiene mucho interés por dicha persona y pretende colgarme a mí el sambenito...

—Tú ya has confesado que estuviste allí, amor mío —insistió Caddo, asustado—. Será mejor que lo expliques todo, de lo

contrario el señor Mason irá a la policía.

—Que vaya.

—Puedo ir, ya sabe —la amenazó el abogado.

—Bah...

—De veras.

—Aquí hay un teléfono. Llame.

Mason fue hacia el aparato.

—Lo mismo da de una forma como de otra —murmuró mientras tanto.

Cogió el receptor y marcó el número de Homicidios. Luego preguntó quién estaba de servicio.

—¿Quién habla? —preguntó una voz.

—Perry Mason.

—Un momento, el teniente Tragg acaba de llegar. Le pondré con él.

Al cabo de unos segundos la voz de Tragg resonó en el oído del abogado.

—Sí, Mason, ¿qué hay?

—Debe trabajar usted horas extraordinarias.

—Sí..., gracias a usted.

—Bien, esta vez creo que puedo darle una buena pista.

—Sus pistas nunca me interesan.

—Ésta sí —insistió Mason—. Le hablo desde el apartamento de Robert Caddo, el editor de la revista *Corazones Solitarios*. Él...

—Sé cuanto hay que saber respecto a ese caballero —le atajó el teniente—. El departamento de extorsiones ya le ha avisado un par de veces.

—Robert Caddo estaba interesado en Rose Keeling —declaró Perry Mason—. Su esposa, Dolores, lo descubrió. Entonces, fue al piso de Rose a las once y media de esta mañana y, según su propia declaración, zurró a la infortunada muchacha y la manchó de tinta. Rose se encerró apresuradamente en el baño. Dolores afirma que no quiere añadir nada más. ¿Le interesa?

La voz de Tragg sonó excitada.

—¿Dónde está usted?

—En casa de Caddo.

—¿No es ninguna trampa para proteger a su cliente?

—Es la pura verdad.

—Voy en seguida. No se mueva.

Colgó el teléfono y Mason le imitó.

—¿Y bien? —preguntó Dolores Caddo.

—El teniente Tragg —explicó Mason— es un poco escéptico.

—Quizá piensa que trata de proteger a su cliente.

—Tal vez.

—¿Qué hacemos ahora? —se impacientó Caddo.

—Haremos lo que determinen los acontecimientos.

—Bueno, prepara un trago, Bob —propuso la señora Caddo—.

No debemos olvidar los convencionalismos sociales sólo porque un abogado trate de colgarme un asesinato.

—Quisiera que nos hablastes francamente, amorcito —suplicó Caddo, con ansiedad—. Oh, cariño, como tienes este carácter tan... un brusco...

—Si tú no fueses tan tenorio... —gruñó Dolores—. No creas que podrás librarte de mí ni que permita que esa Marilyn Marlow me coloque su asesinato. ¡Maldito idiota! Bien, quiero un «Scotch» con soda. Y que sea bueno. No me gusta aquel combinado de jugo de ciruelas.

—Pero, corazón, si tú estuviste allí...

—¡La bebida!

—Cielín, por caridad...

—Está bien, me serviré yo misma.

Echó a andar hacia la cocina.

—Señor Mason —le susurró Caddo al abogado—, ¿no podríamos arreglar esto entre nosotros?

—Quiero que su esposa cuente exactamente lo que sucedió —se obstinó Mason—. Creo que es la mejor manera de...

—¡Bob! —tronó la voz de Dolores en la cocina—. ¿Qué has hecho con aquel «Scotch»?

—Un momento, corazón mío, un momento —repuso Caddo, y con suma velocidad voló a la cocina, dejando flotar el albornoz detrás de él.

No tardó mucho en volver.

—¿Por qué ha venido a vernos, señor Mason? —preguntó cautelosamente.

—Quiero conocer los hechos.

—Pero usted debía saber que Dolores estuvo allí. Debe de haber algo...

—Ella estuvo allí. Y, efectivamente, hubo algo.

—¿Qué?

Perry Mason se encogió de hombros.

—¿Qué importa? Su mujer confiesa que estuvo. Yo hallé la prueba. La policía encontrará la evidencia.

Caddo se aproximó al radiador que exhalaba excesivo calor. El aire caliente hizo volar su albornoz.

—Bien —inquirió Mason—, ¿qué piensa hacer?

—No lo sé —declaró Caddo.

La señora Caddo apareció llevando una bandeja con vasos y la dejó delante de Perry Mason.

—Coja el vaso que quiera para que vea que no trato de envenenarle —le espetó.

Mason cogió el del centro.

Dolores presentó la bandeja a su esposo y luego cogió el vaso restante, dejó la bandeja en la mesa y se instaló en una butaca.

Durante unos momentos, los tres sorbieron la bebida en silencio.

Caddo empezó a decir algo y su mujer le miró frunciendo el ceño, y obligándole a callar.

El sonido de una sirena estremeció el aire de la noche. El sonido bajó de tono y un coche se detuvo delante de la casa.

—Deja entrar a la policía, querido —le ordenó Dolores a su esposo.

—Sí, cariñito.

Robert Caddo fue hacia la puerta, abriéndola de par en par.

El teniente Tragg y un agente de paisano penetraron en el piso.

—Hola, Mason —saludó Tragg—. ¿De qué se trata?

—Le presento a Dolores Caddo —dijo el abogado—. El teniente Tragg. Su esposo, Robert Caddo.

El teniente echó su sombrero hacia atrás.

—¿Qué es esto de que Dolores Caddo fue a ver a Rose Keeling? —preguntó.

La mujer tomó un sorbo antes de contestar.

—Maldito si lo sé. Es una idea que se le ha metido a Perry

Mason en la cabeza. Pensó que podía tenderme una trampa.

—Dolores Caddo —aclaró Mason— se siente inclinada a sufrir ataques de celos cuando su marido hace una conquista. Creyó que él había estado con Rose Keeling. Oh, sí, la señora Caddo estuvo hoy en mi oficina, esta mañana temprano, y me contó que iba a visitar a Marilyn Marlow y a Rose Keeling y que intentaba armarles un escándalo. Naturalmente, vine para preguntarle qué sucedió.

—Continúe —le invitó Tragg.

—Delante de nosotros dos —prosiguió el abogado— acaba de admitir que estuvo en el piso de Rose hacia las once y media, que distribuyó una generosa ración de tinta a su alrededor y que trató de zurrar a la difunta. Esta logró escabullirse y se refugió en el cuarto de baño. Entonces, la señora Caddo se marchó.

—¿La hora? —interrogó Tragg, con pupilas chispeantes.

—Las once y media.

Tragg se volvió hacia la mujer.

—¿Qué dice usted?

Dolores Caddo miró a su marido con ojos abiertos por el asombro.

—Diría una palabra muy fea —contestó.

—¿No vio a Rose Keeling?

—En mi vida.

Tragg miró a Mason.

Dolores Caddo volvióse una vez más a su esposo.

—¿Quién es Rose Keeling, cariño? ¿La conoces?

—No la he visto jamás —repuso el aludido, pasándose la lengua por los labios.

—La señora Caddo es muy aficionada a arrojar tinta en medio de sus ataques de celos. ¿No es cierto, señora Caddo?

—No sé qué pasa aquí —la mujer se encaró con el teniente—, pero usted es la ley. Y tiene que lograr que se nos dé un trato decente.

—Cuénteme exactamente lo ocurrido —gruñó el policía—, y veré qué hay que hacer.

—Esta mañana fui a visitar al señor Mason —declaró ella—. Quería hablar con él. Poco después de salir de su despacho, mi marido estuvo allí. Me explicó más tarde que Mason me acusó de

haber manchado de tinta su despacho. La verdad es que Perry Mason se manchó la cara con tinta por su propia mano y al parecer se pintó unos arañazos con un lápiz de labios. Yo no lo toqué. Soy una dama. Y esta noche el señor Mason se ha presentado aquí acusándome de haber visitado a Rose Keeling. Le he replicado que no la he visto en mi vida. Entonces, se ha acercado al teléfono y ha llamado a la Brigada de Homicidios, soltando un bonito cuento. No sé por qué.

—¿Usted no le ha contado que visitó a Rose Keeling?

Dolores meneó la cabeza.

—¿Está bien segura?

Ella asintió. Robert Caddo se aclaró la garganta:

—No, no me he movido de aquí, teniente. ¡Y afirmo que mi mujer no ha confesado nada semejante!

—¿Estaban los dos aquí?

—Exacto. El señor Mason llamó al timbre y saltamos de la cama. Mason acusó a mi mujer de haber ido a ver a Rose Keeling. Y ella ha contestado que no la conocía. Entonces, Mason le ha llamado a usted.

Tragg dirigió su mirada hacia el abogado.

—Lo siento, teniente —se excusó Mason, dejando su vaso.

—¿No tiene nada más que decir?

Mason negó con el gesto.

—¡Oh, cielo! —exclamó el teniente—. Cualquier día, Mason, tendrá que saltar por encima de sus amígdalas. ¿Qué idea le dio de hacerme venir aquí para un chasco como éste? Está usted metido en este embrollo hasta el cuello y trata de salir de él como sea. ¿Qué hay de esa visita a su oficina y de haberse tizado la cara con tinta?

—Soy culpable de no haber sabido apreciar a la señora Caddo en lo que vale —se disculpó el abogado.

—¡Tampoco a mí me aprecia en lo que valgo! —gruñó Tragg—. Y para su conocimiento personal, hemos hallado pruebas que relacionan a su cliente con el asesinato. A las diez de la mañana tendré una orden de detención contra ella. Y si usted la mantiene escondida, lo acusaré de complicidad.

—¿Quién es su cliente? —inquirió la señora Caddo.

—Marilyn Marlow —rezongó el teniente.

—¡Esa mujer! —se sublevó Dolores, añadiendo—: ¿Fue ella quien mató a esa chica... como se llame?

—Rose Keeling... Sí, ella fue.

—¿Cómo lo sabe? —indagó la señora Caddo.

—Entre otras cosas —sonrió Tragg—, hemos hallado en su posesión el arma del crimen.

—Vaya —rió Dolores Caddo—, supongo que ya no les falta nada más.

—Antes de hacer hincapié en esto, teniente —intervino Mason—, quiero contarle lo ocurrido. Robert Caddo deseaba averiguar varias cosas respecto a Marilyn Marlow, que había puesto un anuncio en su revista como una heredera solitaria. Por aquel entonces, creí que me estaba diciendo la verdad. Que deseaba protegerse contra una denuncia por falso anuncio.

Pero una vez averiguó quién era ella y la vio, se le ocurrió la idea de que podía cambiar a su esposa por un modelo mejor.

—¡Esto es mentira! —gritó Caddo.

—Naturalmente —prosiguió Mason—, no trazó un plan de campaña al momento. Estaba convencido de que Marilyn tenía un proyecto. Y pensó que podría entrar en el mismo y ganar algún dinero... aunque fuese ejerciendo un poco de chantaje. Sin embargo, no se apartaba de su mente la idea que la misma Dolores le había dado respecto a lo poco que ya le podía ofrecer, por lo que juzgó un plan excelente enamorar a Marilyn, creyendo que podría llevarla al buen terreno.

—¿A qué terreno? —preguntó Tragg.

—A Reno. Cambiaría a Dolores por una chica más joven, más guapa y con más dinero.

—Es una terrible mentira, mi amor —casi sollozó Caddo—. No le escuches. Sólo busca perturbar nuestra dicha.

Dolores echó atrás la cabeza y lanzó una carcajada.

—¡Qué poco me conoce! Piensa que soy celosa. Oh, no, querido, sé que no serías capaz de un acto así. Tú me amas y yo estoy segura de ello.

—Gracias, cariño.

—En primer lugar —continuó Dolores—, no tendrías ninguna base firme con la heredera, y en segundo, yo te habría volado los

sesos antes de que pudieras llegar a la parada del autobús para Reno.

—Sí, mi amor.

—Sabes que de nada sirve querer engañarme. Tal vez logres resbalar de cuando en cuando, pero un patinazo completo jamás te atreverías a darlo. Son demasiado peligrosos. Uno puede romperse muchas cosas: costillas, brazos, el cráneo...

—Claro, cielín.

—Ya sabes lo que te ocurriría en un caso así.

—Sí, chatunga.

Dolores sonrió al teniente Tragg antes de espetarle:

—¿No puede hacer nada para impedir que ese leguleyo, ese picapleitos deje en paz a los matrimonios felices como nosotros?

Mason cogió su sombrero.

—La felicito, señora Caddo —sonrió alegremente—. Espero que no haya agotado todos sus triunfos.

—Oh, no —repuso ella dulcemente—. Quédese a tomar un trago con nosotros, teniente. Mi esposo tiene un «Scotch» excelente en la cocina. Ese jugo de ciruelas es una vulgar imitación que le servimos a ese abogado.

—Bien, puede marcharse —gruñó Caddo, mostrándole la puerta a Perry Mason.

—Oh, no se moleste —le detuvo Perry—. He sabido hallar mi camino en antros peores que éste, cielín. ¡Buenas noches!

Capítulo XVI

Mason se detuvo en un restaurante nocturno y llamó al apartamento de Della Street.

—Hola, Della. ¿Estaba ya en cama?

—No, casi acabo de llegar. ¿Qué ha ocurrido?

—Tropecé con algo.

—¿En casa de Caddo?

—Sí.

—¿Desea contármelo?

—Sí. ¿Está muy cansada?

—En absoluto. Le aguardo.

—De acuerdo.

Mason subió a su coche y aceleró por las desiertas calles hasta el apartamento de su secretaria.

La joven había dejado la puerta entornada para que él pudiera entrar sin llamar.

—Hola —le saludó ella—. ¿Quiere «Scotch» y soda o café?

—Café. Acabo de tomar lo otro... o una bazofia parecida.

Le sirvió una taza, el abogado tomó un sorbo con gesto complacido, mordió una pasta y permaneció callado.

La joven se sentó a la mesa enfrente de él, volviendo a llenarle la taza cuando la vació, y aguardando a que el abogado pusiera en orden sus ideas.

Al final, Mason apartó la bandeja de las pastas y sacó su pitillera. Sostuvo la llama del encendedor delante del pitillo y se retrepó en la silla.

—Fui a casa de Caddo —empezó a contar—. Este es un individuo sojuzgado. Su mujer admitió haberle armado un escándalo a Rose Keeling. Llegó allí a las once y media. Esto es

aproximado. Hizo su escena, le rompió unas ropas a la muchacha y la manchó de tinta con la estilográfica, pero Rose consiguió llegar al cuarto de baño y cerró la puerta. La señora Caddo se largó.

—¡Jefe! —los ojos de Della estaban brillando de gozo—. ¡Esto deja a Marilyn libre de culpa!

—Un momento —le pidió Mason—. Oiga el resto. Llamé al teniente Tragg, que llegó como el rayo. Le conté toda la historia. Pero la señora Caddo se mostró tan dulce como la compota. Le juró a Tragg que nunca había hecho tal cosa, jamás pensó siquiera en cometer tal desmán. Caddo la secundó. Juró también que había estado durante toda nuestra conversación y confirmó la versión de su mujer.

—¿Qué hizo Tragg?

—Cuando me marché iba a aceptar un trago ofrecido por los Caddo. Los mejores amigos del mundo.

—¿Tan tonto es Tragg?

—No es que sea tonto. Está completamente hipnotizado por la idea de que Marilyn es la culpable. No ve más que a Marilyn en ese papel. Ha hallado alguna prueba. Bueno, en realidad afirmó haber encontrado el arma del crimen en poder de Marilyn.

El semblante de Della Street mostró una expresión de desaliento.

—Por lo tanto —prosiguió el abogado—, supongo que nuestro famoso *habeas corpus* no habrá servido de nada. Hoy la acusarán.

—¡Jefe! —exclamó Della—. ¿Cómo pueden haber hallado...? ¡Oh, Dios mío!

Mason asintió tristemente.

—¿Pero por qué —preguntó Della, transcurridos un par de minutos— la señora Caddo le confesó a usted que había estado allí, si pensaba desmentirlo más tarde?

—Es muy lista. Tal vez lo confesó porque ignoraba que Rose había muerto hasta que se lo dije. Me precipité en esto porque pensé que lo sabía. En otras palabras, la había elegido como la culpable. Y pudo decidir interpretar esta comedia para convencerse de que a pesar de haber estado allí, no tenía nada que ver con el crimen. Es muy lista esa tal Dolores.

—¿Qué ocurrirá ahora?

—Si dejamos que los acontecimientos sigan su curso natural —

reflexionó Mason en voz alta—, a las diez o las once de la mañana Tragg llamará a mi despacho. Dirá algo como: «Señor Mason, o Mason a secas, usted ha escondido a Marilyn Marlow. Usted sabe dónde está. Y se halla acusada de asesinato en primer grado. Tengo una orden de arresto. Le llamo para que la traiga. Si sigue ocultándola, le acusaré como cómplice accesorio del crimen».

—¿Qué podemos hacer para impedirlo?

—Nada... una vez haya ocurrido esto. Una orden de arresto me ata de pies y manos.

—Entonces, entre este momento y mañana tiene usted que hacer algo para salir de este lío.

Mason inclinó la cabeza afirmativamente.

Della sonrió y le acarició una mano a través de la mesa.

—Veo que está a punto de inventar una jugarreta.

—Tenemos que inventar un mirlo blanco, Della.

—¿Dónde? —inquirió la secretaria.

—Esto, querida jovencita —sonrió Mason—, es el tema de esta reunión.

Della abandonó su asiento y fue a la cocina, volviendo con una cafetera y llenando nuevamente la taza del abogado. Luego, llenó la suya.

—¡Adiós sueño! —exclamó alegremente, alzando la taza, como si propusiera un brindis.

—¡Adiós sueño! —contestó Mason, chocando su taza con la de la joven. Acto seguido, siguieron tomando café y fumando cigarrillos.

El despertador de la cocina iba delatando el paso de los segundos con un tictac increíblemente audible en el silencio de la noche que parecía arropar la casa.

—Necesitamos alguna evidencia que incrimine a otra persona —indicó Mason.

—¿Qué opina de una interpretación diferente de alguna prueba de las que ya obran en poder de Tragg? —apuntó Della.

—Estoy dándole vueltas a esto en mi cerebro —confesó el abogado—. Pero sería un hacha si lo consiguiera. ¡Es tan difícil...!

Mason metió el pulgar y el índice en el bolsillo derecho de su chaleco y sacó una llave, que brilló al caer sobre la mesa.

—¿Qué es esto? —se interesó la secretaria.

—La llave que Rose Keeling le dio a Marilyn para que pudiera entrar en su apartamento sin llamar al timbre. La llave que Marilyn se dejó encima de la mesa y que yo cogí y me metí en el bolsillo.

—¡Oh, oh! —exclamó Della.

—¿Está leyendo mi pensamiento? —preguntó Mason, sonriendo.

—Creo que estoy más adelantada que usted.

—Lo malo del caso, a mi entender, es que nadie tenía un motivo para matar a Rose Keeling, aparte de Marilyn. Los Endicott están tan puros como la nieve. Aparentemente, su interés radicaba en que Rose viviera. Lo que a Marilyn le da un motivo a Ralph Endicott le otorga patente de inocencia.

—Aparte de una coartada, claro —añadió Della.

—Y con la señora Caddo —continuó el abogado—, nos hallamos en una situación muy particular. Una esposa celosa dispuesta a ajustarle las cuentas a una joven con la que pensaba que su esposo había mantenido relaciones extraconyugales. Su marido debió ir tras ella sollozando a sus pies, jurándole que sólo se trataba de un asunto de dinero, que sólo intentaba sacar una buena tajada de la impugnación de un testamento. Probablemente, de todas las coartadas que Robert Caddo haya necesitado en su vida, ésta es la más resistente. Tan pronto como encontró a su mujer, debió convencerla de que era mejor dejarlo correr todo. Y según como se desarrollaron los acontecimientos, debió encontrarla *después* de haber visitado ella a Rose, y *antes* de ver a Marilyn. De lo contrario, Marilyn habría tenido la cara manchada de tinta y tal vez algunas magulladuras.

—Continúe —le animó Della, sonriendo—, lo está haciendo muy bien.

—Entonces, nos encontramos con el muro de que nadie tenía un motivo para cometer el crimen, a no ser Marilyn Marlow.

—Y —añadió Della—, por una rara coincidencia, nosotros tenemos la llave del piso de Rose Keeling. ¿Es ésta la serie de ideas que trataba usted de imprimir en mi cerebro?

—Oh, es una tentación, Della —suspiró el abogado.

—¿Por qué no?

—Por varias razones —arguyó Mason—. Una es que la policía habrá fotografiado todo el apartamento. La otra, que puede haber

un guardia en el apartamento.

—Si lo han fotografiado todo, si lo han registrado de arriba abajo, ¿no lo habrán abandonado sin guardias?

—Lo bueno es que la fuerza de policía no anda sobrada de hombres —razonó Mason. Hizo una breve pausa y agregó—: Ésta podría ser nuestra oportunidad.

—¿Y bien...? —sonrió Della.

—*¡Vade retro, Satanás!* —exclamó Mason, fingiendo temor. Pero cogió la llave y empezó a golpear con ella el borde de la mesa.

Della Street llenó las tazas de nuevo.

—Es muy gracioso ceder a la tentación, Della —murmuró Mason.

—Opino lo mismo.

—Con esta idea en mi cerebro, no puedo pensar en otra cosa.

—¿Qué hacemos?

—No, no es posible —se opuso Mason—. Tendría que hacerlo yo solo y...

Della Street negó con la cabeza.

—De nada serviría que nos atrapasen a los dos —observó Mason, atinadamente—. Si ocurriese algo, usted tendría que llevar la oficina.

—Si nos atrapan —contraatacó Della Street—, podríamos decir que estábamos buscando pruebas.

—Sí, tal vez.

—Y salir bien del trance.

—Tal vez.

—¿Qué es lo peor que hay contra Marilyn, jefe?

—Apenas sé qué es lo peor —refunfuñó el abogado—. Si Tragg ha hallado un cuchillo en poder de la chica, proclamará que es el arma del crimen, y esto es lo peor que puede ocurrir. Creo que ha encontrado un cuchillo que podría ser el arma fatal, pero no creo que pueda probarlo. Pero como toda la historia de Marilyn es tan poco plausible... Rose Keeling estaba haciendo las maletas, lista para salir de la ciudad. Le escribió a Marilyn, diciéndole que el testamento era un fraude. Le había entregado un cheque a Ralph Endicott para aligerar su conciencia por el dinero recibido de manos de la madre de Marilyn... Naturalmente, esto hay que aceptarlo con

mucha circunspección. Creo que no se trató enteramente de un caso de conciencia. Supongo que Ralph le hizo algunas promesas, pero no sé cómo lo demostraremos. Subsiste el hecho de que la chica hacía sus maletas, para largarse de aquí.

Y sin embargo, Marilyn se obstina en hacer creer a la gente que Rose quería ir a jugar al tenis con ella. Y Dolores Caddo podría apoyar esta declaración si contara la verdad. Pero no quiere y esto deja a Marilyn en la estacada.

Mason volvió a abismarse, contemplando su taza de café.

—Caramba, jefe —exclamó súbitamente Della—. Tengo una idea. Es tan simple que no sé cómo no se me ha ocurrido antes, y tan audaz que me asusta.

Mason levantó una ceja.

—¿Cómo sabemos que Rose estaba haciendo el equipaje? —preguntó la joven, tan excitada que se le atropellaban las palabras—. Todo el mundo ha dado por supuesto que era así porque las ropas estaban cuidadosamente dobladas, dentro de una maleta y encima del tocador. Pero supongamos que pudiéramos demostrar que estaba deshaciendo el equipaje...

Mason frunció el ceño en profunda concentración y al fin una sonrisa iluminó su semblante.

—¡Oh, encanto!

—Es una de esas cosas —Della estaba trémula de emoción— que se escapan a la percepción de los policías, pero que pueden convencer a un jurado, cosas que realmente significan algo, sobre todo cuando hay mujeres en el jurado.

—Habrá mujeres en el jurado —exclamó Mason—. ¿Pero cómo demostraremos que la joven estaba deshaciendo el equipaje en vez de lo contrario?

—Déjelo para mí —le aseguró Della Street, y corrió a su dormitorio, de donde no tardó en salir con una chaqueta de piel y un sombrerito encaramado a un costado de su cabeza.

—¿Qué nos detiene? —preguntó.

—Mi maldito conservadurismo —rezongó Mason.

Perry Mason se puso en pie, estrechó a Della entre sus brazos y la besó. Ella se echó a reír.

—¿Por qué sus encantos femeninos nunca son tan atrayentes —

inquirió el abogado—, como cuando tiene una buena idea?

—Ese tema lo discutiremos más tarde —fue la respuesta—. Ahora hemos de trabajar. ¿Hará vigilar Tragg la plaza fuerte?

—Eso es lo que hemos de averiguar.

—¿Y si nos cogen?

—Estamos buscando pruebas... y si Tragg no nos cree, tendrá usted que poner de manifiesto sus indudables encantos femeninos otra vez —rió Mason.

—¿Con Tragg? Prefiero que no nos cojan —se asustó Della Street.

Capítulo XVII

Mason condujo lentamente hasta más allá del edificio.

—Fíjese bien, Della.

—Me estoy fijando.

—¿Todo oscuro?

—Oscuro como boca de lobo.

—Daremos la vuelta a la manzana —propuso Mason— y veremos si hay algún coche patrulla. Es posible que haya un guardia dormido dentro del piso. En tal caso, habrá un coche estacionado por aquí cerca.

Rodearon lentamente la manzana, estudiando las matrículas de los coches.

—¿Ve algo oficial? —preguntó Della.

—Creo que no hay peligro —anunció Mason—. Daremos dos vueltas más para aseguramos.

—¿Qué haremos una vez dentro, jefe?

—Lo suficiente para poder crear la indecisión entre el jurado, Della. Pensándolo bien, nadie sabe si Rose Keeling hacía las maletas o las deshacía cuando la asesinaron. Al iniciarse el juicio, el fiscal pondrá a Tragg en el estrado y le preguntará qué encontró cuando descubrió el cadáver. El teniente declarará que halló el cuerpo desnudo, caído en el suelo delante de la puerta del baño con los pies hacia la bañera, el cuarto de baño aún lleno de vapor, la temperatura del agua más caliente que la del ambiente, indicando que ella acababa de tomar un baño; que descubrió unas ropas bajo la cama, y luego añadirá que había dos maletas abiertas, y que la difunta estaba llenándolas de ropa.

Mason hizo una pausa.

—Tragg siempre declara de un modo que es difícil hacer la

menor objeción. Luego, avanzaré yo y refutaré su declaración, por tratarse de una conclusión a la que ha llegado el testigo, y el fiscal exclamará débilmente: «Oh, sí, esto puede eliminarse, si usted opina que es una conclusión, señor Mason». Y entonces, se volverá hacia Tragg y le dirá: «Diga sólo lo que halló, teniente, puesto que el abogado defensor se opone a que usted diga que la muchacha estaba haciendo su equipaje. Diga sólo lo que vio». Acto seguido, Tragg afirmará: «Hallé dos maletas delante del tocador. Encima de éste había un montón de ropa bien doblada. Las dobleces eran exactamente de la misma medida que la maleta, a fin de poder colocar dicha ropa encima de la que ya estaba dentro. Las maletas contenían artículos femeninos que hemos identificado como pertenecientes a Rose Keeling».

—¿Qué más? —preguntó Della con ansiedad.

—Entonces, el fiscal se volverá hacia el jurado con una sonrisa burlona, como diciendo: «Ya ve cuán técnico es ese Mason y cómo trata de aprovecharse de todas las tretas legales para impedir que condenen a su cliente». Sí, Della, todo esto son trucos que pueden emplearse en un tribunal para dejar en desventaja a un defensor.

—¿Qué haremos cuando estemos dentro del piso? —quiso saber Della.

—Cuando hayamos entrado, sabremos algo más de lo que sabemos. Dejaremos que Tragg haga su declaración de que la muerta estaba haciendo las maletas cuando falleció, sin oponer ninguna objeción. Pero cuando empiece el contrainterrogatorio, le diré: «Teniente, usted supone que Rose Keeling estaba haciendo el equipaje. ¿Cómo lo sabe? ¿Cómo sabe que no estaba deshaciéndolo?». Y Tragg responderá: «Rose no fue a ningún sitio ¿verdad? ¿O cree usted que guardaba sus ropas en las maletas y las sacaba de allí una vez por semana y las metía en los cajones del tocador para airearlas?». A lo que el juez fruncirá el ceño, el jurado sonreirá y la sala estallará en una carcajada. Luego, le preguntaré específicamente por los artículos que había dentro de ambas maletas y esto aportará la evidencia de que la joven deshacía el equipaje, lo cual demostrará que yo me he fijado en algunos detalles que al fiscal le pasaron por alto, y aún más importante, acabarán tal vez por creer la historia de Marilyn. O sea que si Rose

Keeling hubiese estado haciendo las maletas no se le habría ocurrido invitar a su amiga a jugar a tenis, pero de haber sido al revés, podía muy bien haberlo hecho. Es un pequeño detalle, pero que significa la diferencia entre la condena y la absolución en un caso de asesinato. Por una parte, el relato de Marilyn tiene que ser una mentira, y por otra, podría ser verdad. ¿Qué tal la manzana, Della? ¿Ha visto algún coche patrulla?

—Ninguno.

—Bien, no podemos estar dando vueltas indefinidamente —gruñó Mason—. Tenemos la llave, por tanto vamos a correr el albur.

—Estupendo —aprobo Della—. ¿Dónde dejamos el auto?

—Delante de la casa.

—¿No es peligroso?

—Es peligroso. Todo el asunto lo es. Tan pronto como entremos nos meteremos en la boca del lobo. Si Tragg nos descubre, nos arrestará por asalto.

—¡Pero no vamos a robar nada!

—Asalto es sólo un intento.

—¿Cómo?

—Una persona que penetra en un edificio con intento de cometer un robo o cualquier delito es culpable de asalto.

—O sea que si nos atrapan dentro no tenemos ninguna defensa.

—Tendríamos que convencer al jurado de que nuestra intención al entrar allí no era llevarnos nada. Tal vez resultase muy difícil. La policía afirmaría que intentábamos llevarnos algo.

—¿Qué, por ejemplo?

—No les haría falta especificarlo. Dirían que hay algunas pruebas que no queríamos dejar en manos de la policía. Oh, ¿de qué sirve todo eso, Della? No podemos permitir que nos cojan.

La joven se echó a reír.

—Me gusta empaparme de leyes.

—¿Quiere aguardar en el coche y yo...?

—No sea tonto.

—Puedo entrar y echar una ojeada previa...

—¿Cómo sabría usted conocer si la muchacha estaba o no haciendo las maletas? Esto es cosa de mujeres. Bien, vamos.

Mason detuvo el coche delante de la casa.

—¿Debemos reconocer antes el terreno? —preguntó Della.

—No. Si hay alguien mirando desde alguna casa de enfrente, pensaría inmediatamente que somos culpables de algo. Vayamos directamente hacia el piso, como si fuésemos detectives que buscan pruebas. Vamos.

Mason encabezó la marcha a través de la acera y metió la llave en la cerradura.

—¿Subimos directamente? —preguntó su secretaria.

—Directamente. Al fin y al cabo, con la falta de apartamentos que hay en la ciudad, los vecinos pueden pensar que un amigo del jefe de policía hizo un nuevo arrendamiento del piso antes de que se llevasen el cadáver. No podemos encender las luces, Della. Nos moveremos a la luz de estas linternas.

Y Mason enseñó dos que había sacado de la guantera de su auto. Acto seguido, comenzaron a subir la escalera.

—Manténgase a los lados —le aconsejó Mason—. Los lados de los peldaños no crujen tanto. No quiero que la gente oiga pasos.

—Este edificio parece bastante sólido —comentó Della.

—Lo sé, pero por si acaso.

Manteniéndose a un lado de los peldaños, fueron ascendiendo cautelosamente hasta el segundo piso. Mason, con el haz de la linterna bajo, avanzó quedamente por el saloncito, luego por el corredor y, por fin, penetró en el dormitorio, seguido por la joven.

Habíanse llevado el cadáver y donde había habido un charco de sangre quedaba una mancha rojiza y siniestra. Unas marcas de tiza indicaban la posición que había ocupado el cuerpo al ser encontrado.

—Han estado buscando huellas dactilares —comentó Mason—, pero aparte de esto, lo han dejado todo como estaba.

—Entonces, no habrán hecho un inventario de lo que había en las maletas.

—Creo que no. Probablemente, se limitaron a levantar algunas prendas sólo por el borde. Debieron hacer más fotografías o traer algunos testigos. Tal vez después vengán a buscar las maletas para llevarlas a la oficina del fiscal. Bien, Della, empiece a indagar.

Della Street se inclinó sobre ambas maletas. Mason sostuvo la luz de su linterna en dirección a las mismas.

Los hábiles dedos de la joven fueron repasando todas las prendas.

—¿Qué le parece? —se impacientó Mason.

—O iba a casarse —dijo Della Street—, o pensaba realizar un viaje largo. Caramba, cuánta ropa interior hay aquí. Y bastante buena, muy cara.

—¿Cómo podemos saber si estaba haciendo o deshaciendo el equipaje?

—Déme tiempo, jefe. Ya veré.

Sus hábiles dedos palpaban los pliegues de cada prenda sin deshacer la forma en que estaban colocadas.

—Le diré una cosa —susurró al cabo de unos instantes—. La chica sabía preparar un equipaje y no creo que lo hiciera deprisa. Al contrario, con sumo cuidado.

—Siga —la animó Mason.

Della Street pasó a la otra maleta.

—Evidentemente —continuó—, no acabó de llenar este lado. ¿Qué prendas hay en el tocador?

Mason levantó el haz de luz de su linterna para que Della pudiera inspeccionarlo. De pronto, ella lanzó un silbido.

—¿Qué pasa? —preguntó Mason.

—Jefe, la teoría de la policía es que estas prendas están dobladas y colocadas en el tocador listas para ser metidas en la maleta, ¿verdad?

—Exacto.

Della Street meneó la cabeza.

—No hubiera podido doblarlas tan cuidadosamente. Fíjese, todos los bordes del montón son uniformes, y la pila tiene exactamente las mismas dimensiones que la maleta.

Della Street cogió las ropas y las metió en la maleta.

—¡Encajan perfectamente!

—¿Y bien?

—¿No lo entiende? —la voz de Della sonaba excitada.

—¿Qué?

—Jefe, teníamos razón. La hemos tenido siempre.

—¿O sea que estaba deshaciendo el equipaje?

—¡Eso mismo! ¿Ve lo ocurrido? La joven dobló estas prendas

dentro de la maleta, una a una. Por esto tienen exactamente las dimensiones de la maleta. Al doblarlas, las iba dejando dentro de la misma. Luego, cuando empezó a deshacer el equipaje, las sacó de la maleta de una vez y las dejó encima del tocador... Probablemente, quería sacar algo de más abajo. Y las dejó tal cual aquí encima. No hay bastante como para llenar... Eche un vistazo, jefe.

Excitadísima, Della Street abrió los cajones del mueble.

—Mire —exclamó poco después—, mire esas ropas. Están dobladas exactamente de la misma forma que las otras. Veamos.

Della Street cogió cuidadosamente una blusa y la superpuso encima del montón del tocador.

—¿Lo ve? ¡Había empezado a deshacer el equipaje!

—¿No puede tratarse de una coincidencia?

—Si lo cree así —replicó la secretaria—, pruébelo. Trate de coger una prenda y doblarla con las mismas dimensiones que el resto del montón. No podrá, a menos que tenga algo que contenga la prenda, algo que presione para sus medidas. Necesitará una caja o una maleta.

—Bien, vámonos —decidió Mason resueltamente—. Pediremos una orden del juzgado para que nadie toque todo esto. Necesitamos unos fotógrafos.

—Oh, jefe —protestó Della—, aunque la policía se lo llevase todo, nosotros podríamos atestiguar que...

—¿Atestiguar, qué? Que habíamos penetrado aquí furtivamente a la una y media de la madrugada y...

—¿Qué importa la hora? Los hechos son los hechos.

—Sí —objetó Mason—, pero el fiscal lo haría aparecer como si usted y yo hubiésemos penetrado en este apartamento para doblar de nuevo las ropas para que encajasen en la maleta.

—¡Pero no es cierto!

—Nosotros lo negaríamos, Della, pero no serviría de nada. ¿Por qué hemos venido? Nadie nos creería.

Della Street meditó un momento.

—Está bien, salgamos de aquí.

—Lo más irónico —ponderó el abogado— es que la prueba ha estado aquí todo el tiempo. Si hubiese utilizado mis ojos esta mañana... Si le hubiese indicado a Tragg... Bien, de nada sirve

lamentarse. Vamos, Della, de prisa.

Recorrieron el pasillo de puntillas, cruzaron la salita y luego descendieron la escalera manteniéndose, como antes, a los lados de los peldaños.

Llegaron a la planta baja.

—¿Todo listo? —preguntó Mason.

—Todo listo —repuso Della.

Mason abrió la puerta.

Después del calor de dentro, con las ventanas cerradas, la frescura de la noche les obligó a estremecerse.

—¡Dios mío! —exclamó Della Street.

—Un coche patrulla —asintió Mason.

—¿Echamos a correr o...?

—¡Quieta! —Mason la hizo salir a la calle. La siguió y cerró la puerta. Sacó un pañuelo del bolsillo, lo sostuvo ante sí e hizo unos movimientos muy rápidos.

—¿Qué hace? —curioseó ella.

—Borrar las huellas dactilares de la llave. Levante la esterilla de la entrada. De prisa.

La joven la levantó con el pie. Mason dejó caer la llave sobre la acera.

—Bien, mantenga la estera levantada.

Della obedeció y el abogado empujó la llave hacia allí con el pie. Delante del portal, Mason empezó a tocar el timbre.

El faro rojo del coche patrulla los descubrió implacablemente. El auto frenó. Se abrió y cerró la portezuela.

—Queremos entrar ahí —dijo Mason con tono casual—. ¿Qué le pasa al guardia del piso? ¿Está bebido? Llevamos diez minutos llamando al timbre.

Un agente, seguido de otro individuo que se quedó en la sombra, cruzó la acera.

—¿Qué pasa aquí?

—Deseamos entrar en la casa —repuso Mason.

—Ya han estado dentro.

—¿Dentro? Claro que estuve. Por esto quiero volver a entrar.

—¿Cómo entró?

—Estuve aquí con el teniente Tragg.

—No me refiero a entonces sino a ahora.

—Quiero entrar —repitió el abogado—. He estado tocando el timbre. El agente de guardia debe estar dormido.

—Usted ya ha entrado. Abrió la puerta y entró.

—¿De qué está hablando?

—Hay testigos que le vieron a usted —indicó el oficial.

Robert Caddo avanzó unos pasos.

—Hola, Mason.

—Caramba, Caddo —exclamó el aludido—. ¿Qué hace aquí?

Caddo no contestó.

—Supongo que no hará el menor caso a las palabras de ese tipo —le espetó Mason al agente.

—¿Qué pasa con sus palabras?

—Es sospechoso de asesinato. Y ya le ha contado a la policía un hatajo de mentiras.

—Usted no puede hablar así, Mason —le retó Caddo.

—¿Por qué no? —gritó Mason con tono belicoso, avanzando hacia el otro—. Usted oyó cómo su mujer confesaba haber visitado esta mañana a Rose Keeling, y usted trató de...

—¡Ella no confesó nada!

El agente colocó una mano enorme sobre el pecho de Mason, apartándole de Caddo.

—Quieto, amigo. Ya aclararemos esto. Lo que ahora deseo saber es qué hacían ustedes en esta casa.

—Quiero conseguir la evidencia que necesito —explicó Mason—. Ese individuo trataba de entrar aquí con un propósito siniestro, a fin de llevarse algunas pruebas que acusarían a su esposa.

—¡No es verdad! —protestó Caddo.

Mason se echó a reír sarcásticamente.

—Usted daría la mano derecha por entrar aquí. Seguramente, ya tenía una buena historia preparada para que el agente le permitiera la entrada.

—¡No es verdad! —repitió Caddo—. Estaba vigilando el edificio porque estaba seguro de que alguien trataría de plantar alguna prueba que incriminase a Dolores.

—Y vino usted aquí —se burló Mason—, se quedó en el coche y estuvo toda la noche vigilando la casa.

—Exactamente. Y le vi a usted dar unas vueltas a la manzana, luego cómo estacionaba el coche y cómo usted y su secretaria subían al piso.

—Y usted corrió a avisar a la policía.

—Fui a la cabina más próxima y llamé a Homicidios. Allí se pusieron en contacto con un coche patrulla —afirmó Caddo.

—Ya —se burló de nuevo Mason—. ¿Y cuánto tiempo cree que estuvimos dentro antes de que usted volviese con el coche patrulla? ¿Por qué estaba usted sentado vigilando?

—No estuve vigilando todo el tiempo. Tan pronto como les vi llegar ante la puerta, comprendí lo que iba a suceder y corrí hacia un teléfono.

—Ya —asintió Mason.

—¿Qué hay de malo? —se extrañó Caddo.

—Tan pronto como usted nos vio delante de esta puerta —le corrigió el abogado, tocando a Della con el pie—, usted corrió hacia el teléfono más cercano.

—Ya se lo he dicho.

—Sí, claro —observó Mason—. Quiero que comprenda el significado de esto, agente. Tan pronto nos vio acercarnos a este portal, corrió en busca de un teléfono.

—Porque comprendí lo que iban a hacer. Sabía que iban a entrar aquí y plantar una prueba contra mi mujer. Ya sospechaba que usted era capaz de esto. Usted... Eh, oficial, esa joven está tomando notas en taquigrafía.

—Naturalmente —asintió Mason.

El agente dio media vuelta. Della Street, en la esquina, había sacado un cuadernito y un bolígrafo del bolso y su mano parecía volar sobre las páginas, trazando en sus líneas signos cabalísticos.

—¿A qué viene eso? —se inquietó el agente.

—Ese tipo que le acompaña, oficial —explicó Mason—, es un embustero congénito. Cambiará su historia tan pronto como le parezca conveniente a sus intereses.

—¡Vuelva a llamarme embustero y le sacaré todos los dientes! —amenazó Caddo.

—Cállese —le increpó el policía. Luego, volvióse hacia el abogado—. ¿Qué es todo esto?

—¿Me conoce usted? —preguntó aquél.

—No.

—Soy Perry Mason, abogado.

—Déjeme que le vea —pidió el agente. Lanzó el rayo de su linterna hacia el rostro de su interlocutor—. ¡Claro que sí!

—Y ésta es la señorita Street, mi secretaria.

—Bien, señor Mason, ¿qué está haciendo aquí?

—Tratamos de entrar. Por lo visto, el vigilante del piso se ha dormido. Hemos llamado al timbre casi diez minutos.

—No hay ningún vigilante arriba.

—¿Cómo?

—Lo que digo. Éste es mi territorio. No tenemos bastantes hombres para poner un hombre de plantón allá arriba. Yo vigilo por aquí...

—No es raro que nadie haya contestado a nuestras llamadas —asintió Mason.

—No han llamado —atacó Caddo de nuevo—. Han estado arriba. Él y su secretaria abrieron la puerta y entraron.

—¡Abrimos la puerta! —se asombró Mason.

—Ya me ha oído.

—¿Qué le hace pensar tal cosa? —rió Mason.

—Les vi... les vi a los dos. ¡Les vi entrar!

—¿Nos vio entrar?

—Ya me ha oído.

Mason volvió a reír.

—Usted nos vio llegar al portal y tocar el timbre —replicó el abogado—. Nos vio en la misma posición que estamos ahora.

—No es cierto. Les vi abrir la puerta y entrar.

—Oh, no... —rebatía el abogado, y volviéndose al agente, observó:— Ya le dije que trataría de cambiar su declaración según su conveniencia.

—¡No cambio ninguna declaración!

—Esto es lo que me contó —afirmó el agente de policía—. Que ustedes dos habían entrado ahí. Y que tan pronto como les vio corrió al teléfono de un restaurante desde donde telefoneó. Dijo que dos personas habían entrado en...

—Presumió que habían entrado —rectificó Mason.

—Vi cómo entraban —insistió Caddo.

—Ya lo ve —le advirtió Mason al agente, con magnanimidad—. Nos vio llegar al portal y presumió que íbamos a entrar, de forma que corrió inmediatamente hacia un teléfono. Ahora comprende que no hemos entrado y trata de enmendarlo.

—¡No trato de enmendar nada!

—Creo que no —le apoyó el oficial—. A mí me contó la misma historia.

—¿De veras? ¿Pero no entiende? —se admiró Mason—. Ha admitido por tres veces que *tan pronto como nos vio llegar al portal*, corrió hacia un teléfono.

—Pues sí... —reconoció el oficial, dudoso.

—¡No es esto! —gritó Caddo, elevando la voz—. Tan pronto como llegaron ustedes al portal comprendí que iban a entrar, y me dispuse a ir en busca de un teléfono. Usted abrió la puerta y entonces yo...

—Un momento —rió Mason—, no trate de mentir de nuevo.

—¡No miento! —protestó Caddo.

—Creo que sí.

—Yo le dije al oficial...

—Della —llamó el abogado—, lea lo que ha dicho el amigo Caddo.

La joven inclinó el cuadernito para que la luz incidiese sobre la página y empezó a leer lentamente:

(Señor Caddo): No estuve vigilando todo el tiempo. Tan pronto como les vi llegar ante la puerta, comprendí lo que iba a suceder y corrí hacia un teléfono.

(Señor Mason): Ya.

(Señor Caddo): ¿Qué hay de malo?

(Señor Mason): Tan pronto como usted nos vio delante de esta puerta usted corrió hacia el teléfono más cercano.

(Señor Caddo): Ya se lo he dicho.

(Señor Mason): Sí, claro. Quiero que comprenda el significado de esto, agente. Tan pronto nos vio acercarnos a este portal, corrió en busca de un teléfono.

(Señor Caddo): Porque comprendí lo que iban a hacer.

Sabía que iban a entrar aquí y a plantar una prueba contra mi mujer. Ya sospechaba que usted era capaz de esto. Usted... Eh, oficial, esa joven está tomando notas en taquigrafía.

—¿Ha oído, agente? —preguntóle Mason—. Mi secretaria ha tomado nota de esto. Esto es palabra por palabra lo que dijo ese tipo.

—Sí, sí... —asintió el policía—. Ha hecho bien.

—Pues no es esto lo que quise decir —volvió a protestar Caddo con fogosidad—. Sé que entraron. Les vi abrir la puerta.

Mason rió otra vez.

—¿Cómo la abrimos?

—Lo ignoro. Tal vez estaba entornada o tenía usted una llave.

—¿Quiere registrarme, agente? —invitó Mason, levantando los brazos.

—Puesto que lo permite, le cachearé un poco.

Palpó el cuerpo del abogado, buscando un arma y después hurgó en sus bolsillos.

—Creo que no hay nada, aparte de lo corriente —dijo al fin.

Mason empezó a vaciar sus bolsillos, volviéndolos del revés y dejando sus pertenencias en un montoncito en el centro del cono de luz de la linterna del policía, sobre la acera.

De repente, se encendió otra luz. Y la voz de una mujer resonó asustada.

—He telefoneado a la policía. No sé qué hacen ustedes, pero...

—Yo soy la policía —proclamó el agente, mostrando su placa.

—Pues yo he llamado a la comisaría y...

—Está bien. Allí ya saben que estoy aquí —replicó el agente, con los ojos fijos en el montón de objetos que sacaba Mason de sus bolsillos.

—Ya está —observó el abogado, enseñando los forros—. No creo que vea usted aquí ninguna palanqueta o algo parecido.

—Tal vez haya una llave —sugirió Caddo.

—No veo ninguna.

—¿Y su secretaria?

—Si existe alguna duda, puede usted llevarse a mi secretaria a

jefatura y hacer que una matrona la registre, agente, pero...

—Echaré una mirada a su bolso —indicó el policía, dirigiéndose a Della Street.

Abrió el bolso, miró en él y sacó un llavero.

—¿Cuál es esta llave? —indagó.

—La de mi apartamento.

—¿Y ésta?

—La de la oficina del señor Mason.

—¿Y esta otra?

—La de mi garaje.

—No se deje engañar —le advirtió Caddo—. ¿Cómo sabe que son las llaves que dice? Precisamente, la de la oficina de Mason podría ser muy bien la que...

—No me importa cuál sea —le atajó el oficial—, a menos que sea la de este portal. Y ahora lo veremos.

Una a una, trató de insertarlas en la cerradura pero ninguna encajó.

—Ni siquiera son iguales los dientes —rezongó el policía.

Devolvió las llaves al bolso de Della, lo cerró y se lo entregó.

—¿Cómo sabe, oficial —empezó a preguntar Caddo—, que no las tiene...?

—Oh, cálese —gruñó el agente—. No dice más que sandeces. ¿Qué intenta con estas maniobras?

—Trataba de ver si...

—¿Estaba vigilando ese apartamento?

—Sí.

—¿Toda la noche?

—Sí.

—Esto me parece muy extraño —reflexionó el agente.

Mason se limitó a sonreír.

—Le repito que ese abogado es muy listo —se indignó Caddo—. Me dio la corazonada de que intentaría...

—Oiga, Caddo —le increpó Mason—, usted vino a vigilar esta casa. ¿Es ésta su historia?

—Sí.

—¿Por qué no pidió que le acompañase un guardia?

—Ya lo sabe. Sólo tenía sospechas y...

—Usted, esta noche, habló con el teniente Tragg, ¿no es cierto?

—En efecto.

—Yo también. Y le conté a Tragg que había oído la confesión de su esposa respecto a haber estado en ese apartamento riñendo con Rose Keeling.

—Yo no oí tal cosa. Mi esposa no dijo nada de esto.

—Pero, a pesar de que su esposa no lo dijo, usted, en vez de volver a la cama, saltó a su coche y vino a vigilar esta casa.

—Sí.

Mason sonrió.

—Si usted no conocía a Rose Keeling, ¿cómo sabía dónde vivía?

—Yo... yo tenía su dirección.

Mason se echó a reír y volvióse hacia el agente.

—Si quiere ganarse un ascenso, encierre a ese mequetrefe.

El policía asintió de modo imperceptible.

—¡No puede hacerlo! —se asustó Caddo—. Oficial, yo telefoneé cuando vi que esas personas trataban de entrar en esta casa, pero usted les está dejando hablar y...

—¡Yo no dejo hablar a nadie! —exclamó el agente—. Sin embargo, no comprendo sus motivos. No sé por qué estaba usted vagando por ahí en vez de estar acostado y, personalmente, creo que no les vio abrir la puerta. No creo que entraran en la casa. Me imagino que han estado todo ese tiempo tocando el timbre. Y a propósito, conozco a este caballero y sé dónde puede hallarse cuando quiera, mientras que a usted... Bien, haré un informe de todo esto.

—Y yo también —rugió Caddo—. Cuando el teniente Tragg... ¡Maldito sea, yo mismo iré a ver al teniente!

—Está bien, obre como guste —asintió el agente—. Pero no veo aquí nada que nos obligue a discutir hasta mañana. Informaré al teniente y ya veremos.

—Yo exijo —intervino Mason—, como protección para mi cliente y para mí mismo, que un guardia vigile este lugar. No quiero que nadie pueda alterar las pruebas sin motivo ni conocimiento mío.

—Estamos cortos de agentes —se disculpó el policía—. Hay muchos crímenes y...

—Le hago una demanda —repitió Mason, muy grave—. Una demanda formal. En vista de que ese Caddo trataba de entrar en la casa, exijo un guardia constante.

—Bien, transmitiré su petición a Homicidios —se conformó el agente.

—En su coche tiene una radio —observó el abogado—. Llame desde aquí.

—¿Has oído, Jack? —le gritó el policía a su compañero que se había quedado en el coche.

—Si.

—Llama a Homicidios y transmite la demanda del señor Mason.

—Añadiendo —agregó el abogado— que una de las partes interesadas ha sido sorprendida merodeando por este lugar.

—¿Qué quiere dar a entender? —gruñó Caddo.

—Ya lo ha oído.

—¡Yo no merodeaba!

—Está bien —le cortó el agente.

—¡De acuerdo! Sólo vigilaba —dijo Mason con ironía—. Diga a Homicidios que uno de los principales sospechosos del caso se ha constituido en guardián del tesoro. Cuando lo sepan en Homicidios, enviarán rápidamente un guardia.

—Bien, un momento —pidió el agente.

Fue a subir el cristal de la ventanilla del coche para que el trío no pudiera escuchar la llamada.

Unos momentos después, volvió a bajar el cristal.

—Está bien —dijo—. Homicidios envía un guardia hacia aquí.

Capítulo XVIII

El juez Osborn levantó la vista de los papeles que leía y anunció:

—El Pueblo contra Marilyn Marlow.

—A punto para la acusación —declaró James Hanover.

Mason se puso en pie.

—Señoría, la acusada está en la sala, representada por su abogado defensor. La han advertido sobre sus derechos y está dispuesta a someterse a esta sesión preliminar. La acusación es de asesinato en primer grado y yo soy su defensor.

—En vista de la declaración del defensor —manifestó el fiscal Hanover—, procederé presentando las pruebas del caso. Llamo al doctor Thomas C. Hiller.

El doctor Hiller prestó juramento, presentó una lista de sus calificaciones como médico y declaró que lo habían llamado al apartamento de Rose Keeling y que había fijado la hora de la muerte casi a las doce del día, máximo una hora antes. Luego, realizó una autopsia en el cadáver. Éste presentaba un golpe en la cabeza de fuerza suficiente para dejar inconsciente a la víctima. Aparentemente, acto seguido había sido apuñalada por la espalda con una hoja de unos quince centímetros y un grosor de cinco décimas de centímetro en su parte más espesa. Naturalmente, no podía jurar la longitud del cuchillo, pero era aproximadamente tal como había dicho.

El doctor Hiller opinó que la muerte había sido prácticamente instantánea desde el momento de la herida, aunque ésta había sido infligida después de caer la víctima al suelo, inconsciente, quedando ya en la misma postura en que había sido encontrada.

Había habido bastante hemorragia. La hoja había penetrado por la espalda, o ligeramente a un costado. El análisis microscópico

llevado a cabo en las uñas indicaba que la difunta acababa de bañarse muy poco antes de fallecer.

—¡Contrainterrogatorio! —indicó el fiscal con cierta truculencia.

—Me inhibo del mismo —denegó Mason.

El teniente Tragg fue llamado a declarar.

Dijo que era un servidor de la justicia, dio su graduación y añadió que había sido llamado a casa de Rose Keeling el día del asesinato.

Al solicitarle que explicase la situación del apartamento al llegar allí, declaró que Perry Mason y su secretaria estaban dentro del piso, a solas con el cadáver.

Continuó describiendo la condición del dormitorio, identificando de cuando en cuando las fotografías presentadas, y recibió como prueba todas las que habían sido tomadas por los fotógrafos de la policía.

Después, Hanover se refirió al esfuerzo que Tragg había efectuado para encontrar el arma del crimen.

—Cuénteles a la Sala la búsqueda del cuchillo.

—Lo busqué por todo el piso, sin poder encontrarlo.

—Bien —siguió Hanover—, le pregunto si localizó usted un automóvil perteneciente a la acusada.

—Sí.

—¿Dónde estaba?

—En un garaje público.

—¿Sabe quién lo dejó allí?

—Sólo sé lo que me dijeron.

—Naturalmente, no puede declarar sobre este extremo. El dueño del garaje está en la sala. ¿Fue él quien le dio la información?

—Sí, señor.

Hanover sonrió triunfalmente.

—No hay necesidad de llamarle —opinó Mason—. Declaro haber conducido yo mismo el coche de mi cliente hasta un garaje público, dejándolo en él mientras mi cliente se marchaba a una clínica particular después de haber sido puesta en libertad por orden del mandamiento de *habeas corpus*.

—Muy bien —aprobó el fiscal—. Esto ahorra tiempo. Muchas gracias.

Abrió una bolsa, sacó una caja y se acercó al estrado. De la caja extrajo un cuchillo, manchado con sangre seca.

—Teniente Tragg, le pregunto si ha visto antes este cuchillo.

—Sí. Y puedo indentificarlo porque grabé mis iniciales en el mango. Hallé este cuchillo debajo del felpudo del automóvil, en el compartimiento portaequipajes del coche de la acusada. Cuando lo hallé, se hallaba en el mismo estado que ahora, salvo algunas manchas de sangre que han sido sometidas al correspondiente análisis en el laboratorio de la policía. Esto ha alterado un poco su aspecto. También hay un leve cambio en la apariencia general del arma, ya que el mango y la hoja fueron espolvoreados en busca de huellas dactilares.

—¿Hubo alguna revelación?

—Ninguna. Habían limpiado cuidadosamente el mango, para eliminar todas las huellas.

—Ésta es una conclusión del testigo —protestó Mason.

—Bien —sonrió Tragg—, lo diré de otro modo: el mango estaba absolutamente desprovisto de toda huella. No había ni el menor rastro —añadió triunfante—: Y, como hombre de considerable experiencia en los casos de homicidio y en huellas dactilares, sé que esta condición no es posible a menos que el mango fuese limpiado cuidadosamente.

—¿Piensa presentar el cuchillo como prueba? —preguntó Mason a Hanover.

—Exactamente.

—En tal circunstancia —declaró el abogado defensor—, no habrá objeción. Adelante, inclúyalo como prueba.

El juez Osborn pareció un poco asombrado.

—Naturalmente —observó—. Todavía no ha quedado demostrado que se trate del arma del crimen. Aunque es cierto que, aparentemente, la víctima falleció de una cuchillada, y supongo que esta hoja es casi idéntica a la que produjo la herida, todavía faltan más pruebas.

—Sí, señoría —concedió Hanover—. Pero es que tengo otra prueba, que pido el permiso de introducir.

—Pero —intervino Mason—, el fiscal desea introducir el cuchillo como prueba. Ha sido identificado como el que se encontró en el

automóvil de la acusada y yo no opongo ninguna objeción a tal proceder.

—¿Como el arma del crimen? —inquirió el fiscal.

La sonrisa de Mason fue helada.

—No me opongo a que se introduzca como un cuchillo encontrado en el coche de la acusada.

—Muy bien —gruñó Hanover—, que se introduzca sobre esta base y más tarde volveremos sobre el asunto.

El juez Osborn se mordió los labios como discutiendo consigo mismo si debía hacer algún comentario, pero finalmente decidióse en contra.

—De acuerdo, se recibe el cuchillo como evidencia y quedará marcado con el número debido. Adelante, caballeros.

—Señoría —prosiguió Hanover—, me gustaría que el teniente Tragg abandonara el estrado, para poner a otro testigo en el sillón, y luego volvería a llamar al teniente.

—No hay objeción —asintió Mason.

Tragg bajó del estrado.

—¡Llamo al sargento Holcomb!

El sargento prestó juramento, declaró su nombre, edad, dirección y empleo, y se instaló cómodamente en el estrado de los testigos.

—¿Conoce a la acusada, Marilyn Marlow? —preguntóle el fiscal.

—Sí.

—¿Sostuvo alguna conversación con ella referente a sus relaciones con Rose Keeling? Se trata de una pregunta previa, sargento. Conteste sí o no.

—Sí.

—¿Cuándo?

—El diecisiete de este mes.

—¿Fue la misma fecha en que se descubrió el cadáver de Rose Keeling?

—Exacto.

—¿Dónde se celebró tal conversación?

—En la oficina de la Brigada de Homicidios, en la jefatura.

—¿Hizo la acusada alguna declaración respecto a si había estado aquella mañana en el apartamento de la difunta?

—Sí.

—¿Qué dijo?

—¡Un momento! —saltó Mason—. No se ha establecido el fundamento apropiado. No ha habido declaración por parte de este testigo respecto a si la declaración fue hecha libre y voluntariamente, o si se obtuvo mediante la fuerza.

—No es necesario tal fundamento, señoría —se opuso Hanover—. No pedimos una confesión. Sólo una admisión. Es una regla bien establecida que una admisión contra el interés de la acusada no requiere necesariamente que sea voluntaria.

—Sin embargo —protestó Mason—, creo que lo que el fiscal pide es una admisión que afecta a los derechos de la acusada, por la que me creo en el deber de averiguar si fue una declaración libre y voluntaria; señoría, ¿puedo formular unas preguntas al sargento Holcomb a este respecto?

—Bien, adelante —accedió el juez.

—¿Hubo varios policías presentes cuando se efectuó la declaración?

—Sí.

—¿Estaban todos agrupados en círculo en torno a la acusada?

—Estaba donde podían escucharlo todo.

—¿Se hallaba iluminada la estancia?

—Con luz eléctrica. Ya no usamos petróleo en nuestra oficina. La concurrencia dejó oír una carcajada.

—¿Había un foco en la sala?

—Sí.

—¿Y se hallaba enfocado directamente contra la acusada?

—No es posible iluminar una estancia —replicó el sargento— sin que parte de la luz recaiga sobre el rostro de un acusado. Nosotros tratamos de reducir los gastos de luz, pero no tanto.

Otra carcajada en la sala.

—¿No estaba el foco dispuesto de forma que concentrase el cono de luz en el rostro de la acusada?

—La acusada estaba sentada en una silla.

—¿Frente al foco?

—Sí.

—¿Quién interrogó a la acusada?

—Yo mismo.

—¿Nadie más?

—Sí, algunos.

—¿No la interrogaron todos?

—Tal vez.

—Mientras la acusada estaba en la sala, ¿entró alguien más?

—¿Cómo puedo saberlo? No llevo la cuenta de quién entra y sale. Tal vez sí. Tal vez no.

—¿No entró alguien a petición suya?

—Quizá.

—¿No entró una mujer?

—Creo que sí.

—¿Y no identificó aquella mujer a la acusada?

El sargento Holcomb cambió de postura.

—Humm... ¡Sí!

—¿Había visto antes aquella mujer a la acusada?

—No lo sé. No puedo decir qué personas habían visto o no a la acusada.

—Usted ordenó a aquella mujer que penetrase en la sala del interrogatorio, que señalase a la acusada y exclamase: «¡Sí, es ésta!», o algo por el estilo.

—Le ordené que entrara a identificar a la acusada.

—¿Quién era la mujer a quien usted ordenó que entrase a identificar a la acusada?

—Una taquígrafa de noche del departamento de tráfico.

—¿Y algo después hizo usted una seña al teniente Tragg para que entrara en la sala?

—Es posible.

—Y recurrió a una farsa para que se marcharan todos los agentes, y el teniente se llevó a la acusada a su despacho, ¿no es cierto?

—¿Y qué si fue así?

—Señoría —exclamó Mason, victorioso—, aquí tenemos un caso típico de presión por tercer grado.

—No apruebo esto como una confesión —arguyó el juez Osborn—, pero recibiré la prueba como una admisión. Adelante, señor Hanover.

—Bien —Hanover se aclaró la garganta—. ¿Efectuó la acusada alguna declaración en aquel momento respecto a lo que hizo el día del crimen con referencia a su presencia en el apartamento de la difunta?

—Sí. Dijo que fue a ver a Rose Keeling, que ésta ya estaba muerta, que se acercó al teléfono y que llamó a Perry Mason, siendo ella la responsable de que el abogado estuviera allí. Admitió que se hallaba en el apartamento en cuestión a la hora del crimen y que había entrado con una llave que Rose le había entregado anteriormente.

—¡Contrainterrogatorio!

—¿La acusada admitió que estaba en el apartamento a la hora del crimen?

—Bueno, dijo que estaba allí, y tenía que ser casi a la hora del asesinato porque la policía la sorprendió allí poco después de haber muerto Rose Keeling.

—¿Pero ella no declaró haber estado allí a la hora del crimen?

—No con estas palabras.

—¿O casi a la hora de haberse cometido?

—Tampoco.

—¿O que supiese algo del crimen?

—No.

—¿Pero dijo que penetró en el apartamento con una llave?

—Dijo que tenía una llave del edificio.

—¿Y confesó haberla usado?

—No.

—¿No dijo que encontró la puerta abierta o ligeramente entornada?

—Tal vez lo dijo, pero tenía la llave y...

—¿Qué dijo exactamente?

—Que había hallado la puerta abierta, pero tenía la llave.

—Gracias —terminó Mason con cortesía exagerada—. Nada más, sargento. Gracias por haber sido un testigo tan imparcial.

El sargento Holcomb se puso de pie, le hizo una mueca a Mason y descendió del estrado.

—Vuelvo a llamar al teniente Tragg —proclamó Hanover—. Ocupe el sillón, por favor, teniente.

Tragg subió al estrado.

La voz de Hanover adoptó un tono de poder triunfante.

—Bien, teniente, cuando llegó al apartamento de Rose, ¿qué halló específicamente?

—Hallé un edificio típicamente de apartamentos de alquiler. El ocupado por Rose Keeling se hallaba en la segunda planta del lado sur.

—Le enseñaré un plano y algunas fotos y le preguntaré si puede identificar el apartamento.

—Sí —asintió Tragg poco después—. Ésta es una foto del edificio. El plano muestra la situación del apartamento donde fue hallado el cadáver. También está bien indicada la localización de las distintas habitaciones y el sitio donde se hallaba el cuerpo. Ah, sí, esta fotografía muestra el dormitorio y el cadáver. Esta otra presenta el interior de dicho dormitorio. Y ésta el interior de la salita. Ah, aquí tenemos el dormitorio desde otro ángulo. Ésta es un primer plano del cadáver. Puedo identificar todos estos planos y fotos de acuerdo con lo declarado. O sea, que son auténticos documentos del edificio y el apartamento.

—Pido que estos documentos sean marcados con los números apropiados y recibidos como prueba —dijo Hanover.

—No hay objeción —sonrió Mason—. El archivo debe estar bien surtido.

El secretario de la sala procedió a marcar los números.

—Bien, teniente —prosiguió el fiscal—, quiero llamar su atención hacia una foto, la Prueba del Pueblo número cuatro, donde se ven dos maletas.

—Sí, señor.

—¿Observó dichas maletas cuando entró en el piso?

—Sí.

—¿Qué había dentro de ellas?

—Ropas —repuso Tragg, añadiendo como por casualidad—. La joven estaba haciendo el equipaje cuando fue apuñalada.

—¿Sí? —preguntó Hanover inocentemente—. ¿Se iba de viaje?

—Estaba preparando un equipaje para un viaje largo. Pero cuando murió aún no había terminado.

—Entiendo. Y en esta foto de la salita se ve un teléfono.

—Sí.

—¿Hizo usted algo con el teléfono?

—Busqué las huellas dactilares.

—¿Encontró alguna?

—De una sola persona —repuso Tragg—. Las del señor Perry Mason, el defensor de la acusada.

El juez Osborn se inclinó hacia delante.

—¿Cómo?

—Sólo las huellas de una persona. Las de Perry Mason.

—¿Ninguna más?

—No.

—¿Pidió alguna explicación del...? Bien, continúe, señor fiscal.

Éste estaba sonriendo.

—Iba a llegar a esto, señoría. Teniente Tragg, ¿qué ocurrió cuando llegó usted al apartamento?

—Cuando llegué al piso —contestó el teniente—, fue en respuesta a una llamada del señor Perry Mason. Hallamos a éste y a su secretaria, Della Street, allí.

—¿Sostuvo alguna conversación con ambos?

—Con el señor Mason. Me contó que había encontrado la puerta abierta, entrado, y que tropezó con el cadáver, tras lo cual llamó a Homicidios. Agregó que también había telefoneado a Marilyn Marlow, su cliente.

—¿No le dijo que Marilyn hubiera estado allí?

—No, nada.

El juez Osborn frunció el ceño peligrosamente.

—¿Declaró más tarde la acusada ante usted que había estado en aquel apartamento aquella misma mañana?

—Sí, puesto que estaba citada para jugar al tenis con Rose Keeling, según manifestó.

—En esta foto del dormitorio, observo que hay unos zapatos de tenis, una raqueta y una bolsa con unas pelotas.

—Sí, ya lo vi entonces.

—¿Sostuvo alguna conversación con la acusada al respecto?

—Sí.

—¿Cómo fue?

—Acusé a la joven Marlow de haber sacado el equipo del

armario después de asesinar a Rose Keeling, a fin de dar consistencia a su historia del partido de tenis.

—¿Y qué contestó ella?

—No admitió mis palabras.

—¿Le ofreció la acusada alguna explicación de por qué Rose Keeling la había invitado a jugar a tenis cuando evidentemente estaba preparando apresuradamente el equipaje para marcharse fuera de la ciudad?

—No dio ninguna explicación.

—¿Sostuvieron ustedes alguna conversación respecto a una carta recibida de parte de Rose Keeling?

—Sí.

—¿Qué pasó?

—La acusada afirmó haberla destruido.

—Bien, teniente, le entrego una copia al carbón de una carta escrita a mano y dirigida a Marilyn Marlow, con la firma de Rose Keeling y le pregunto si ya la ha visto antes.

—Señoría —Mason estaba de pie—, creo que en esto no existe identificación posible.

—Marilyn Marlow destruyó la carta y podemos exhibir esta copia —rebatí Hanover.

—Sí —asintió Mason—, siempre que usted establezca dos cosas. Una es que el original ha sido destruido y no puede presentarse y, segunda, que ésta es una copia al carbón del original.

—En vista de esta objeción técnica, señoría —replicó el fiscal—, será necesario que convoque a otro testigo, que no pensaba llamar al estrado. Creo que no existe la menor duda de que esta copia es auténtica. Esperaba acelerar el juicio sin llamar a ese otro testigo.

—Usted tiene lo que pretende ser la copia de una carta —objetó Mason—. Si quiere introducirla como prueba, tendrá que demostrar que es una copia al carbón. Tendrá que demostrar que la escritura pertenece a la persona que firmó la carta original, y también deberá probar que la carta, cuya copia se supone ser ésta, la recibió la acusada.

—Muy bien, sea tan técnico como quiera —se burló el fiscal—. Lo haré de esta forma. Observo, señoría —agregó con otro tono—, que se acerca la hora del almuerzo, y si se concede un descansó

hasta las dos, creo que mi testigo podrá soportar el largo y tedioso proceso de identificar algo que la acusada sabe de sobra que es auténtico.

—En cuyo caso —concedió Mason—, la copia podrá ser recibida como prueba.

—Exactamente —gruñó el fiscal, irritado.

—Muy bien —aprobó el juez—, se aplaza la sesión hasta las dos. La acusada queda a la custodia de la sala. Hasta las dos, caballeros.

Capítulo XIX

Perry Mason y Della Street se hallaban instalados en un pequeño reservado de su restaurante favorito, cerca del Palacio de Justicia.

El abogado, sorbiendo un vaso con jugo de tomate, expresó sus pensamientos.

—Hanover trata de ganar el caso dando a entender que yo me muestro demasiado legalista.

—Sí, y esto puede impresionar al juez Osborn —admitió Della.

—El juez —observó Mason— es un hombre honrado, directo y con buen sentido, pero carece de experiencia. Su programa está muy lleno y tiene prisa en terminar. Se deja engañar por todos los trucos que a un juez más experimentado le tendrían sin cuidado. Claro que entonces, Hanover ya no los intentaría siquiera. Es muy astuto, conoce a todos los jueces y sabe cómo reaccionan.

El camarero les sirvió ensalada.

—Bien, Della —continuó Mason—, ya hemos visto su bomba atómica. El cuchillo es la pieza de la prueba que debemos atacar o mi cliente será declarada culpable.

—¿Qué explicación puede haber? Fue hallado escondido en su coche... Oh, jefe, esto es fatal para Marilyn. ¡Ese cuchillo aprieta el lazo en torno a su garganta!

—No necesariamente, Della —refutó el abogado—. Hay dos posibilidades. O Marilyn mató a Rose Keeling con ese cuchillo o alguien lo puso deliberadamente en su coche.

—¿Robert Caddo? —sugirió Della.

Mason jugueteó unos instantes con el tenedor.

—No lo sé, Della —confesó al fin—. Hay otra pista significativa en el hecho de que Dolores Caddo no visitó a Marilyn ni trató de hacerle una escena. Ante mí admitió haber visto a Rose Keeling, y

estoy seguro de que dijo la verdad. Dolores es la culpable de la blusa rota.

—Pero intervino alguien más antes de que la señora Caddo fuese a ver a Marilyn —razonó la secretaria.

—Supongamos que Dolores visitó a Rose a las once y media. La hora es aproximada, pero podemos presumir que fue poco después de haberse marchado Marilyn. La Caddo tocó el timbre y Rose Keeling debió apretar el botón eléctrico que suelta el pasador.

—Continúe, jefe —le alentó Della.

—Dolores subió y armó el escándalo. Manchó a Rose con tinta. La joven corrió al baño. Dolores intentó cogerla por el cuello de la blusa, la rompió y Rose se encerró en el baño. Si esto es lo que ocurrió, Marilyn Marlow tiene una corroboración de su historia, según la cual Rose la invitó a jugar al tenis. Y si esto es verdad, lo demás también debe serlo.

Mason hizo una pausa, meditando.

—Rose no hacía el equipaje. Lo deshacía. Invitó a Marilyn a jugar al tenis, y tan pronto como Marilyn se marchó de allí, se vistió. Sacó el equipo de tenis del armario y entonces sonó el timbre. La joven fue al rellano y apretó el botón del zumbador eléctrico. Apareció Dolores Caddo, probablemente mostrándose muy amable y luego, sin ningún preámbulo, le espetó: «De modo que usted es la chica que trata de engatusar a mi marido, ¿eh?» y la roció con tinta de su pluma estilográfica. Rose trató de decirle que no estaba tratando de conquistar a su esposo, y Dolores la agarró y trató de pegarle. Rose corrió hacia el dormitorio y se encerró en el baño. Dolores pensó que ya había hecho bastante alboroto. No creo que pierda los estribos como dice. Sólo representa una comedia para impresionar a su marido, a fin de que no vaya por ahí conquistando muchachas a cada momento. Además, Dolores fue lo bastante franca como para confesarme que había visitado a Rose Keeling. Pero cuando le dije que alguien había matado a la chica, lo pensó mejor y juró que no sabía nada de aquel asunto. Fue entonces cuando llegó el teniente Tragg, y ella empezó a mentir. Cambió su declaración al enterarse de que la chica había sido asesinada; lo que yo le notifiqué fue la primera información que tuvo de la muerte de Rose. Naturalmente, no pudo ser ella, en tal caso, la asesina.

—¿Y el marido?

—Esto es completamente diferente —reconoció Mason—. En el dormitorio había cenizas de un cigarro. Me gustaría mucho saber si aquella chamuscadura del suelo, donde cayó el cigarrillo, fue debida a un pitillo de Rose, que ésta tiró al pelearse con Dolores, o si lo dejó caer el asesino. No creo que Rose lo dejase caer *después* de tomar el baño, pues no tuvo tiempo, y aparte de la visita de Dolores Caddo, no había ningún motivo para que lo dejase caer antes de entrar al baño.

—Pero pudo dejarlo caer el asesino —alegó Della.

—Rose Keeling no fumaba cigarros —objetó el abogado—. Las cenizas del puro indican la presencia de un hombre. De haber un cigarro y un cigarrillo presentes a la hora del crimen, el asunto se complicaría extremadamente. Estoy seguro de que el cigarrillo lo dejó caer Rose cuando Dolores quiso pegarle, pero no sé cómo probarlo.

—Tengo la sensación —manifestó Della—, de que si pudiéramos saber algo más respecto a lo que hizo Robert Caddo el día 17 hacia mediodía, no tardaríamos en aclarar este caso.

—No es un gran fumador —rechazó el abogado—. Tal vez fume cigarros pero nunca he visto ninguno entre sus labios ni en sus bolsillos.

—Es verdad —admitió Della Street, de mala gana.

—Bueno —exclamó el abogado—, terminemos el almuerzo y ya veremos qué sucede esta tarde.

Siguieron atacando la ensalada y cuando hubieron terminado, abonó la cuenta y ambos se dirigieron al Palacio de Justicia.

De pronto, Della Street le asió del brazo.

—Mire, jefe, ¿ve lo mismo que yo?

Mason se detuvo en seco y siguió la dirección de la mirada de su secretaria.

Robert Caddo, acompañado por Palmer y Ralph Endicott, y algo más atrás por Lorraine, se dirigía al tribunal, y cuando Della habló, Palmer estaba sacando un paquete de cigarros. Robert Caddo cogió uno y, con la destreza del fumador habitual de puros, le cortó la punta con los dientes, encendió una cerilla y la aplicó al cigarro durante unos instantes, a fin de que prendiera, y después continuó

hacia el Palacio de Justicia. La expresión de Caddo era la del hombre que ha comido bien, se dispone a gozar de un buen cigarro y está en paz con el mundo.

Capítulo XX

Al reanudarse la sesión, el juez preguntó:

—¿Están dispuestos, caballeros, para la continuación del caso del pueblo contra Marilyn Marlow?

—Listo para la defensa —anunció Mason.

—Listo para la acusación —declaró el fiscal—. Tengo el placer de informar a la sala que el testigo de que hablé se encuentra aquí y testificará sobre la autenticidad de la copia de la carta. Creo que el teniente Tragg estaba en el estrado, pero con permiso del tribunal, me gustaría que el teniente le cediese el turno a Ralph Endicott.

—No hay objeción —admitió Mason—. Sin embargo, deseo que el teniente vuelva a subir al estrado porque quiero contrainterrogarle sobre algunos asuntos de los que ya ha testificado.

—Tendrá usted amplia oportunidad de contrainterrogar a este testigo —le prometió el juez.

—Llamo ahora a Ralph Endicott al estrado —gritó el fiscal.

Ralph Endicott inclinó la cabeza ante Mason con cierta aspereza, subió al estrado y contestó a las preguntas generales de la ley, afirmando ser hermano del difunto George P. Endicott y que había conocido en vida a Rose Keeling.

—El día diecisiete de este mes —continuó Hanover, suavemente—, ¿recibió usted una copia al carbón de una carta que Rose Keeling envió por correo a la acusada?

—Sí.

—¿Quiere explicarlo, por favor?

—Recibí, de parte de la señorita Keeling, la copia de una carta escrita de su puño y letra.

—¿A quién iba dirigida?

—A Marilyn Marlow.

—¿La acusada?

—Sí.

—Le enseñé lo que parece ser una copia al carbón de esa carta dirigida a Marilyn Marlow y le pregunto si la había visto antes.

—Sí. Me la entregó Rose Keeling.

—¿Y la carta estaba escrita de puño y letra de la difunta?

—Sí, conozco su escritura. Estudié su firma atentamente. Era la misma firma estampada al pie del supuesto testamento de mi pobre hermano George, en calidad de testigo.

—¿Es ése el único medio que tuvo usted para saber que la carta estaba escrita por Rose Keeling?

—No, señor. Discutí el asunto con la propia Keeling. Y ella me contó que había escrito la carta.

—Contrainterrogatorio —ofreció Hanover.

—¿Cuándo le dijo ella que había redactado la carta? —interrogó Mason.

—El diecisiete.

—¿El día en que murió?

—Sí.

—¿Dónde tuvo lugar esa conversación?

—En la salita de su apartamento.

—¿A qué hora?

—Hacia las ocho de la mañana.

—¿Cómo estaba usted allí a tal hora?

—Me había telefoneado, diciendo que quería verme.

—¿Y habló usted con ella entonces?

—En efecto.

—¿Y qué le contó ella en dicha conversación tan matutina?

—Oh, señoría —intervino Hanover—, con el permiso del tribunal, esto es ridículo. Las únicas preguntas que le he dirigido a este testigo se referían a la carta. Pero si el defensor desea ir de pesca, inquiriendo respecto a todo lo hablado... entonces, señoría, me opongo por no ser un contrainterrogatorio apropiado.

—Creo, señoría —contraatacó Mason—, que es una regla elemental de prueba que cuando el fiscal inquiriere respecto a una conversación en el examen directo, el defensor tiene derecho a

sacar a relucir toda la conversación en el contrainterrogatorio.

—Yo no pregunté respecto a la conversación —protestó el fiscal.

—Usted le preguntó al testigo —sonrió Mason— cómo sabía que la escritura era la de la difunta, y él contestó que estaba familiarizado con la misma y, además, que la joven había afirmado haber escrito la carta. De este modo, yo le he preguntado de qué hablaron en la conversación, y puesto que la misma tuvo lugar en el apartamento de la muerta, es lógico que desee enterarme del desarrollo de toda la entrevista.

—No se admite la protesta —decidió el juez.

—Bueno, ella me llamó —contestó Ralph—, y me pidió que fuese a visitarla. Entonces me notificó que deseaba entregarme una copia al carbón de la carta que acababa de enviarle a Marilyn Marlow.

—¿Esto fue por teléfono?

—Sí.

—Y entonces usted fue a su apartamento o piso, y habló con ella.

—Sí.

—¿Qué le dijo ella?

—Que Eleanore Marlow le había prometido el dinero si firmaba como testigo en un testamento falso y fraudulento, y que le había entregado mil dólares a cuenta; que sabía que el testamento había sido obtenido con malas mañas, que mi hermano no conocía los términos del testamento y que dudaba de que lo hubiera firmado él; que ella no había estado presente en la sala en el momento de la firma, y que en tales circunstancias, la conciencia le remordía por el dinero recibido de Eleanore Marlow, ya que además sabía que el dinero obtenido por ésta gracias a la venta de unas joyas también era fraudulento, y que todo este dinero, en realidad, pertenecía a la familia Endicott. Entonces, me entregó un cheque por mil dólares para tranquilizar su conciencia.

—¿Ésta fue la conversación que sostuvo con ella en su apartamento?

—Exactamente.

—¿La mañana del diecisiete?

—Sí.

—¿Y fue entonces cuando Rose Keeling le entregó a usted un cheque que también lleva la firma de la difunta?

—Sí.

—¿Cómo sabe que dicha firma era auténtica?

—Porque vi cómo lo firmaba y porque el banco lo aceptó como auténtica.

—¿Tiene el cheque encima?

—Sí.

—Y cuando afirmó que usted estaba familiarizado con la escritura de Rose Keeling, supongo que aludía implícitamente, por comparación, a la firma del cheque.

—Sí.

—Quiero que quede marcado para identificación —exigió Mason—. Y quiero verlo.

—Con el permiso del tribunal —se interpuso Hanover—, esto es incompetente, irrelevante e inmaterial.

—Es uno de los documentos en que el testigo se funda para afirmar que la carta estaba firmada por la difunta.

—¡Pero ella le confirmó de viva voz que había escrito la carta! —tronó el fiscal.

—Esto es lo que declara el testigo —repuso tranquilamente Mason—. Por desgracia, Rose Keeling no está aquí para confirmar o negar tal testimonio. Este testigo, con el permiso del tribunal, ha declarado que una escritura era auténtica, sólo por comparación con la firma impresa en otro documento que obra en su poder. En tales circunstancias, en el contrainterrogatorio, tengo derecho a inspeccionar tal documento.

—Tal vez —concedió Hanover de mal humor—, si desea que este caso se alargue indefinidamente. Supongo que tiene derecho a prolongarlo con cualquier excusa. Muéstrole el cheque, señor Endicott.

Ralph Endicott abrió la cartera y extrajo el cheque certificado.

—Tenga cuidado —advirtióle al abogado—. No quiero que le pase nada. Es una prueba.

—Claro que sí —asintió Mason—. El secretario del tribunal lo marcará ahora para su identificación.

El aludido obedeció las indicaciones del juez.

—¿A qué hora salió usted del apartamento?

—Ya se lo dije a usted y al teniente Tragg. Hacia las ocho y media. Puedo dar buena cuenta de todos mis movimientos durante aquel día.

—Nada más por el momento —concluyó Mason—. Tal vez más adelante necesite volver a formularle unas preguntas. Señoría, me gustaría que fotografieran el cheque.

—Muy bien —aprobó el juez.

—No pienso moverme de aquí hasta que me devuelvan el cheque —declaró Ralph con aspereza—. No me importa que saque una foto, pero exijo que me lo devuelvan.

—Puede sacarse una fotocopia en el primer descanso —insinuó el secretario—. La tendré en diez minutos.

—Perfecto. Aunque creo que el señor Endicott quiere continuar de todos modos en la sala —el juez sonrió al testigo.

—Sí. Me quedaré aquí —afirmó el aludido, y fue a sentarse junto a sus hermanos al fondo de la sala.

—El teniente Tragg puede ocupar el estrado —gritó Hanover. Tragg volvió al sillón.

—Bien, teniente, le enseño esta copia al carbón de la carta recibida por Marilyn Marlow y ahora le ruego que nos hable de ella.

—El señor Ralph Endicott me la entregó.

—¿Qué hizo después con ella?

—Se la enseñé a la acusada.

—¿Y qué dijo ésta?

—Admitió haber recibido el original con el correo, y haberlo destruido.

—Puede usted contrainterrogar, señor defensor —ofreció el fiscal.

—Teniente Tragg —Mason acercóse al estrado—, usted ha declarado que le preguntó repetidas veces a la acusada si había sacado del armario el equipo de tenis que se ve en aquella fotografía con el propósito de corroborar su historia, pero que ella se negó a admitirlo.

—Es cierto.

—¿No es una forma incorrecta de presentar un hecho, teniente?

—¿A qué se refiere?

—En otras palabras, usted no tenía la menor prueba que indicara que ella había colocado allí el equipo de tenis, ¿verdad?

—Bueno, estaba seguro de que había sido ella. Si Rose Keeling le había enviado la carta el día anterior, y estaba preparando su equipaje para salir de la ciudad el día diecisiete, y tomaba un baño, para disponerse a viajar, no intentaría ir a jugar a tenis.

—Pero, teniente, ¿cómo sabe que estaba haciendo el equipaje?

—Porque había llenado dos maletas. Una estaba completamente llena y la otra a medias.

—Quiere decir que la otra estaba medio deshecha, ¿no?

—¡No! ¡Estaba haciendo el equipaje!

—¿Cómo sabe que lo estaba haciendo?

—¿Cómo se saben las cosas? —gruñó el teniente—. Allí estaba la prueba. Usted mismo pudo verlo. La joven hacía su equipaje.

—Teniente, le enseño una fotografía del dormitorio y llamo su atención hacia el montón de prendas dobladas sobre el tocador.

—Bien.

—¿Vio esas prendas?

—Sí.

—¿Qué eran?

—Unas ropas que ella había doblado para meter en la maleta.

—¿Examinó el montón?

—Sí.

—¿No lo tocó, limitándose a mirarlo?

—Hurgué un poco para ver qué prendas eran.

—¿Y qué había?

—Ropa interior, una camisa de noche, unos pañuelos, medias y algo más.

—Y estaban dobladas en varias dimensiones, teniente, pero las dimensiones exteriores del montón eran las mismas que se ven en la foto, ¿cierto?

—Cierto. Algunas prendas eran pequeñas, como los pañuelos y la ropa interior, pero las dimensiones externas del montón encajaban con las de la maleta.

—Y, por tanto, usted dio por supuesto que la joven se disponía a meterlas en dicha maleta.

—Exacto. Las dobló para que encajasen perfectamente.

—¿Cree posible que una persona haga esto?

—Claro que sí. Ahí tiene la prueba.

—Una prueba que también puede interpretarse como la demostración de que las prendas estaban dobladas dentro de la maleta y luego fueron sacadas al deshacer el equipaje, dejándolas tal cual en el tocador.

—No es posible.

—Bien —intervino Hanover—, el defensor pide que el testigo llegue a una conclusión.

—Está calificando como experto —replicó el abogado—, ya que ha jurado que la difunta estaba haciendo el equipaje a la hora en que murió. Y quiero demostrarle que está equivocado.

—¡Adelante, demuéstrelo! —le retó Hanover, chillando.

Mason, sonriente, se apartó del estrado.

—Por favor, traiga ese paquete, Della.

La secretaria le entregó una bolsa.

Mason sacó una maleta debajo de su mesa y volvió a acercarse al estrado.

—Teniente Tragg, usted dice que es posible que una persona doble unas prendas para que encajen en una maleta sin haberlas metido dentro al doblarlas. Bien, aquí tenemos unas prendas femeninas, interiores y de otra clase. Veamos, dóblelas para que encajen exactamente en esta maleta. Pero hágalo sin meterlas dentro.

—Esto es muy fácil —blasonó Tragg, y se enfrascó con las prendas que había dentro de la bolsa, extrayendo unas bragas de seda, ante su embarazo y la diversión de la sala.

—¡Esta prueba no es legal! —rugió Hanover.

—¿Por qué no? —se admiró Mason—. El teniente afirma que puede hacerlo. Que lo haga.

—Si es muy fácil —repitió Tragg—. Sólo necesito una mesa para amontonar todo esto y le enseñaré al señor Mason cómo puede hacerse.

Miró la maleta y extendió las bragas encima de la mesa. Luego sacó una blusa de la bolsa.

—Naturalmente —iba diciendo—, que no tengo mucha experiencia en doblar prendas de señora sin que se arruguen un

poco.

—Entiendo —replicó el abogado—. Usted no posee la experiencia de una mujer en tales menesteres. Sólo tiene que demostrarle al tribunal que es posible amontonar unas prendas de las dimensiones externas exactas a las de una maleta dada.

El teniente Tragg procedió a doblar la blusa con cierto malestar. Sin embargo, volvió a meter la mano en la bolsa y sacó otras prendas que dispuso en forma más o menos cuadrada.

—Creo que ya está —anunció al fin.

Mason contempló el montón y lo cogió, metiéndolo en la maleta.

—Aquí faltan más de siete centímetros, teniente —anunció luego.

—Bueno, lo probaré otra vez y ensancharé el montón.

Poco después, el montón volvía a erguirse triunfante.

De nuevo, el abogado trató de meterlo en la maleta.

—Ahora es unos cinco centímetros demasiado ancho. Tengo que remeter estos bordes si quiero que entre.

—Bueno, permita que meta una prenda en la maleta y obtenga las medidas exactas —barbotó el teniente—, y después...

—¡No puede hacerlo así! —le amonestó el abogado—. El montón contiene varias prendas. Y sólo hay unas cuantas que pueden darle las medidas exactas.

—Bien, meteré dos o tres y...

—Y tan pronto como las saque estará usted deshaciendo la maleta —recordóle Mason.

Tragg quedóse estupefacto ante la amplitud del dilema en que se debatía.

—Por tanto —prosiguió Mason—, puede suponerse que las ropas que usted vio amontonadas encima del tocador de la difunta, fueron dobladas al ser metidas en la maleta y luego sacadas todas a la vez y dejadas allí encima, ¿no es así?

—Bueno, ignoro si efectivamente encajaban en la maleta.

—¿No lo afirmó usted?

—Me lo pareció.

—¿No tenía el montón todos los bordes regulares y uniformes?
¿En forma de rectángulo?

—Por tres lados, sí.

—Trate de doblar estas prendas —le desafió Mason—, de forma que los bordes formen un rectángulo regular sin ninguna caja o maleta como referencia.

—Está bien, usted gana —masculló el teniente—. Estaba deshaciendo el equipaje. O mejor dicho, estaba sacando unas prendas del interior de la maleta, y dejándolas encima del tocador.

—Exactamente —afirmó Mason—. Y usted se equivocó al decir que estaba preparando las maletas cuando la asesinaron. Quiso decir que estaba deshaciéndolas, ¿no es cierto?

—Todavía no creo que deshiciera el equipaje —rezongó Tragg.

—¿Puede explicar la evidencia de otro modo?

—De acuerdo. Retiro lo que dije respecto a estar haciendo el equipaje a la hora de su muerte.

—Gracias, teniente —sonrió Mason—. Por tanto, la historia de la acusada ya no parece tan improbable. La señorita Keeling pudo invitarla a jugar al tenis.

—Pero no se bañaría antes de jugar un partido.

—Pero en el cuarto de baño había un cesto de ropa sucia, y usted halló una blusa blanca rota, con unas manchas de tinta, ¿no es verdad?

—Si.

—Y si alguna persona hubiera entrado en el piso después de haberse vestido la señorita Keeling con un traje de tenis, le hubiera arrojado tinta de una estilográfica, rasgándole la blusa y la joven se hubiera encerrado en el cuarto de baño, aguardando la partida de su atacante, ¿no es razonable suponer que, tras desnudarse y tirar la ropa al cesto, debía proceder a bañarse para quitarse las manchas de tinta del cuerpo?

—Oh, seguro —asintió el teniente, sarcástico—, continúe. Es una bonita explicación, siempre que sea posible demostrarla. Siga adelante y demuestre que una persona desconocida se divirtió arrojando un chorro de tinta a la cara de la difunta.

—Gracias —dijo Mason—. Creo que lo haré, teniente. Y nada más.

—Nada más, teniente —repitió Hanover.

—Ahora —intervino el juez—, en vista de que el señor Endicott desea que se le devuelva su cheque, la sala se tomará veinte

minutos de descanso para que el secretario proceda a sacar la fotocopia, la cual podrá ser recibida como prueba para la muestra de la escritura de la difunta.

El juez Osborn salió de la sala. Los periodistas, previendo un desenlace dramático que cautivaría a la masa de lectores, rodearon al teniente Tragg, asetándole a preguntas y fotografiándole desde todos los ángulos posibles, incluso sacando prendas femeninas de la bolsa y tratando de amontonarlas sobre la mesa en forma de rectángulo.

Mason le hizo una señal a Paul Drake cuando éste se levantó de entre los demás espectadores.

Drake se acercó, sonriendo.

—Los has apabullado, Perry.

Las facciones del abogado demostraban la tensión que le embargaba.

—De prisa, Paul —murmuró—, tienes que hacer algo.

—¿De qué se trata?

—Tenemos que considerar los hechos de este caso de una manera escueta. Rose Keeling había hecho su equipaje para ir a alguna parte. De pronto, empezó a deshacer las maletas sin motivo aparente. Le entregó a Ralph Endicott un cheque por mil dólares. Después de haberle escrito a Marilyn que su madre era una tramposa y que el testamento no era válido, volvió a sentirse amiga suya y la invitó a jugar al tenis. ¿Te da esto alguna idea?

—¿Qué quieres decir?

—Sólo hay una explicación lógica. ¿Es posible, Paul, destruir la coartada de Ralph Endicott?

—Imposible. La he comprobado una y mil veces.

—De acuerdo —se resignó Mason—, entonces, sólo hay una explicación. Quiero que te quedes a la puerta de la sala sin moverte de allí.

—¿Por qué? —quiso saber Drake.

—Quédate allí —repitió Mason—, nada más. No necesito hacerlo hasta que se reanude la sesión. Quiero que adoptes una posición junto a la puerta, desde donde puedas escuchar los procedimientos. Y que no te muevas.

—¿Nada más?

—Nada más. Ah, sí. ¿Tienes aquí algunos muchachos?

—Un par de los mejores.

—Está bien. Entrégales esta citación. Es para el cajero del banco donde Rose Keeling tenía la cuenta, el que certificó el cheque con la firma de Rose. Quiero que se presente con el registro de la cuenta de la difunta de los últimos sesenta días. Que tus chicos cojan un coche, vayan al banco y lo traigan al instante.

—¿Algo más?

—No —repitió Mason—, y asegúrate de que cuando se reanude la vista estés ya en la puerta.

Capítulo XXI

Antes de que el secretario regresase con la fotocopia del cheque certificado, habían transcurrido unos treinta minutos; El juez Osborn, consciente del retraso, esperaba en su cámara, alargando automáticamente el descanso.

Al término de la media hora, el juez reanudó la vista.

—Por desgracia, el secretario se ha demorado. Sin embargo, aquí tenemos ya una fotocopia del cheque certificado que, según creo, usted desea presentar como prueba, señor Mason.

—Sí, señoría.

—Muy bien. Esta fotocopia se recibirá como prueba número uno de la defensa. Queda estipulado, caballeros, en lo que a este caso concierne, que la fotocopia puede considerarse como el original, por lo que el cheque puede serle devuelto al señor Ralph Endicott.

—Así se estipula —convino Hanover.

—De acuerdo, señoría —se inclinó Mason.

—El secretario le entregará el cheque al señor Ralph Endicott —instruyó el juez—. Adelante, señor Endicott, venga a recibir el cheque.

En aquel momento, Mason, que había estado vigilando la puerta de la sala, divisó a un agente de Drake con el cajero del Banco de Seguridad Central que cruzaban el umbral.

—¿El señor Stewart Alwin? —preguntó en un susurro.

—Si.

—Quiero que suba al estrado —indicóle Mason—. ¿Ha traído los archivos consigo?

—Sí, señor.

—Un momento, venga por aquí, por favor.

Perry Mason fue hacia la barandilla que limitaba el tribunal del

resto de la sala y se inclinó hacia Marilyn Marlow.

—Marilyn, voy a correr un grave riesgo. Creo saber lo que ocurrió. No tengo tiempo para comprobarlo —luego se irguió y se dirigió al juez—. Señoría, tengo un testigo a quien me gustaría interrogar, aunque no esté señalado en la vista. Creo que el señor fiscal no opondrá ninguna objeción porque también querrá interrogarle.

—¿Quién es? —preguntó Hanover, instantáneamente suspicaz.

—El señor Stewart Alwin, cajero del Banco de Seguridad Central. Es su firma la que aparece en la certificación del cheque extendido por Rose Keeling. Quiero preguntarle algo respecto a dicha certificación y supongo que el señor fiscal agradecerá la oportunidad para hacer que identifique la firma de la difunta Rose Keeling.

—Muy bien —accedió el fiscal—, que se presente al estrado —y añadió con una mueca—: También le hubiese llamado yo.

Alwin prestó juramento, respondió a las formalidades generales de la ley y se volvió hacia Perry Mason.

—Para el propósito de este examen, señoría —empezó a decir el abogado—, sería mejor enseñarle al testigo el cheque original y no la fotocopia. Si el señor Ralph Endicott tiene la bondad de acercarse al testigo, puede enseñarle el cheque mientras yo le interrogo.

Ralph avanzó hacia el estrado.

—Usted certificó un cheque, al parecer extendido por Rose Keeling, con fecha del diecisiete de este mes, y pagadero a Ralph Endicott, por la suma de mil dólares —estableció Mason.

—Creo que sí.

—Por favor, enséñele el cheque, señor Endicott.

El nombrado extendió su mano y procedió a exhibir el documento bancario.

—Exacto, sí, señor, éste es el cheque y ésta es mi firma. Lo certifiqué a las diez y diez minutos del diecisiete por la mañana.

—Bien, interrógueme respecto a la firma de Rose Keeling —desafió el fiscal a Perry Mason.

El abogado se inclinó.

—¿Es ésta la firma de Rose Keeling?

—Correcto.

—¿La conocía personalmente?

—Conocía su firma.

—¿Y a ella en persona?

—Sí.

—¿Sabía que era enfermera?

—Sí.

—¿Puede contarnos exactamente qué sucedió cuando el señor Endicott se presentó en el banco y le pidió que certificase el cheque?

—Lo cogí y me aseguré de que era la firma auténtica de Rose Keeling, pero tenía también que comprobar el saldo y decidí comprobar la firma al mismo tiempo.

—¿Por qué hizo todo esto?

—Usualmente, esa joven no poseía un gran saldo, y recuerdo haber pensado que mil dólares era una suma bastante importante. Quise asegurarme de que la tenía en la cuenta. Mientras comprobaba el saldo, decidí comprobar la firma para hacer bien las cosas.

—¿Comparó la firma del cheque con la del archivo de la cuenta?

—Sí.

—¿Y halló que la joven poseía los mil dólares en la cuenta?

—También.

—¿Recuerda la cantidad exacta?

—Puedo refrescar mi memoria.

—Por favor...

El cajero estudió el registro.

—El saldo exacto era de mil ciento sesenta y dos dólares con cuarenta y ocho centavos.

—Si el cheque hubiera sido presentado al cobro una semana antes —interrogó Mason—, ¿habría sido bueno?

El cajero sonrió y meneó la cabeza.

—¿Por qué, pues, fue bueno aquel día?

—La cliente había depositado mil dólares en billetes la tarde del dieciséis, poco antes de la hora de cierre.

—Gracias, señor Alwin, nada más.

—Sin contrainterrogatorio —anunció Hanover.

El cajero recogió su cartera y bajó del estrado.

—Por favor —continuó Mason—, quisiera formularle una pregunta al señor Ralph Endicott. Ya ha prestado juramento. Vuelva al estrado, señor Endicott.

—¿Es una prolongación del contrainterrogatorio? —inquirió el juez.

—Sí, señoría. Sólo un par de preguntas.

Endicott estaba ya en el estrado de los testigos.

—Usted ya ha jurado —repitió Mason—. Y ahora ha escuchado el testimonio del cajero del Banco de Seguridad Central.

—En efecto.

—¿Le presentó usted el cheque para su certificación?

—Sí.

—¿Sabe algo respecto a una mancha de tinta que hay al dorso del cheque? ¿La huella de un pulgar?

—Sí. Se lo expliqué a usted hace unos días, cuando me interrogó sobre ello.

—¿Cuál fue su explicación?

—Cuando presenté el cheque al banco empecé a endosarlo. Se me manchó un poco el pulgar con la tinta de la estilográfica y dejé la huella al dorso del documento.

—Exacto —corroboró Mason—. Bien, observe ahora que se trata de una tinta diferente, de una tinta de una calidad distinta a la que aparece en el anverso del cheque.

—En efecto.

—Y eso se debe —prosiguió Mason— a que usted usa un bolígrafo que escribe con tinta que penetra a presión y es de un tipo diferente a la de las plumas estilográficas, como la que usaba corrientemente Rose Keeling para firmar.

—Ignoro qué clase de pluma usaba —replicó Ralph, suspicazmente.

—Observe el sombreado de las líneas de la firma del cheque que tiene usted, señor Endicott. Este documento fue extendido por Rose Keeling.

—Exacto.

—¿Observa el sombreado?

—Sí, ahora que usted me ha llamado la atención sobre ello.

—En cambio, es imposible lograr tal sombreado con un

bolígrafo. Por mucha presión que se ejerza, la anchura del trazo siempre es la misma.

—Creo que sí.

—Pero usted emplea un bolígrafo y Rose Keeling solía usar una pluma estilográfica, ¿no es cierto?

—Aparentemente...

—Pero la carta que ella le envió a Marilyn Marlow, y la copia al carbón que le entregó a usted, debieron ser escritas con un bolígrafo, ¿no?

—Por lo visto, sí.

—¿El suyo? —pidió Mason.

—¿Por qué lo pregunta?

Mason sonrió antes de responder.

—Porque la evidencia indica, señor Endicott, que usted visitó a Rose Keeling el día dieciséis, que la sobornó entregándole mil dólares en billetes y que logró que escribiera la carta bajo su dictado, para ser enviada a Marilyn Marlow. Y usted se quedó con una copia al carbón para protegerse.

—¡No es cierto! —gritó Ralph salvajemente.

—Y al día siguiente —continuó Mason, con suavidad—, Rose Keeling se arrepintió. Le llamó y le comunicó que no pensaba seguir adelante, que iba a contarle toda la verdad a Marilyn y que estaba dispuesta a devolverle los mil dólares. Usted fue a verla y trató de convencerla para que no mudara de opinión, pero la joven le entregó un cheque por valor de mil dólares. ¿No es ésta la verdad?

Ralph se pasó la lengua por los resecos labios.

—No, no es verdad —gruñó sordamente.

—No, señor Endicott —sonrió Mason—, creo que no es verdad.

—Me alegro de oírle, porque la acusación es totalmente falsa.

—Pero la razón de que crea que no es verdad —continuó Mason, implacable—, es que pienso que no fue usted quien visitó a Rose Keeling a la mañana siguiente.

—¿Cómo?

—Permítame examinar la pluma que lleva usted en el bolsillo.

Endicott le entregó lo pedido, pero dándose cuenta de su error pretendió recuperar la pluma. Mason fue más rápido y desenroscó la caperuza.

—Vaya, esto es una pluma estilográfica y no un bolígrafo —exclamó Mason—. Con su nombre estampado. Es una pluma estilográfica con el correspondiente depósito de goma.

—Es vieja —jadeó Ralph Endicott—. Mi bolígrafo es nuevo. Lo... lo presté a no sé quién y no me lo ha devuelto... o lo he perdido... no sé. Pero hace días que no lo llevo encima.

—Usted declaró —le recordó Mason— que la huella de su pulgar está en el dorso del cheque. ¿Quiere ser tan amable de estampar aquí sus huellas para efectuar una comparación?

—¡Señoría! —protestó Hanover—. ¡Esto es incompetente, irrelevante e inmaterial! No es un contrainterrogatorio en debida forma. No está de acuerdo con el caso.

—Lo está ahora —replicó Mason con energía—. Ese testigo ha jurado que la huella del pulgar era suya. Yo declaro ante su señoría que no es cierto. Y que el testigo puede ser acusado por perjurio. Vamos, señor Endicott, estampe la huella de su pulgar. ¡Le desafío a que lo haga!

—¡Usted sabe que es mi pulgar! —chilló Endicott.

—No, señor Endicott —sonrió Mason—. Se trata de la huella del pulgar de su hermano, Palmer Endicott. Y voy a pedirle al señor Palmer Endicott que avance hasta el estrado. Venga y jure, señor Endicott, ya que usted... ¡Deténganle!

Palmer Endicott, que corría hacia la puerta, logró franquearla.

Paul Drake, que se hallaba un poco más allá, avanzó y asió al fugitivo. Ambos cayeron al suelo del corredor, Paul Drake encima y Palmer debajo, luchando, pataleando y lanzando espumarajos por la boca.

La sala se convirtió en una casa de locos.

Capítulo XXII

Mason, sentado en su despacho, sonrió a Della Street.

—Creo que esto se merece una celebración, Della. Esta semana actúa la Revista sobre Hielo. Pida cuatro butacas y reserve una mesa para cuatro también en nuestro club favorito.

Della Street fue hacia el teléfono.

Apenas había terminado su misión cuando se oyó la clásica llamada de Paul Drake a la puerta.

Della abrió.

El detective penetró en la estancia, se dejó caer en su postura predilecta en el sillón de los clientes, se rascó la cabeza y exclamó:

—¿Cómo diablos lo supiste?

Mason sonrió bonachonamente.

—Un asesinato no es más que un rompecabezas... una serie de piezas que han de encajar entre sí. Cuando tienes la solución exacta, todo forma un dibujo perfecto. Si una pieza no encaja, seguro que la solución no es la apropiada.

—Paul —intervino Della—, esta noche vamos a salir el jefe y yo, y usted y Marilyn a ver la Revista sobre Hielo y luego iremos a bailar al club.

—Estupendo —rió Drake—. Es una chica bellísima.

—Por desgracia, Della —terció Mason—, ha llegado usted a una conclusión equivocada.

—Me ordenó reservar mesa para cuatro —se defendió la secretaria, intrigada.

—Paul Drake no viene con nosotros. Se trata de Kenneth Barstow.

—Vaya, me gusta —se amoscó el detective.

—¡Oh, bravo! —se entusiasmó Della—. Empezaba a inquietarme

por el giro de los acontecimientos. Oh, Paul, hubiera debido ver el rostro del jefe cuando el juez anunció que el caso contra Marilyn Marlow quedaba sobreseído.

—¿Qué hubo en su cara? ¿Una gran expresión de alivio?

—¿Expresión de alivio? —repitió Della—. ¡Una expresión de pintura de labios! ¡Cualquiera hubiese dicho que Marilyn Marlow ya tenía un príncipe encantador!

—¿Había olvidado ya a Kenneth? —rió Drake.

—Eso me pareció —sonrió Della—. Naturalmente, la pobrecita estaba histérica. Además, pensándolo bien, las relaciones entre Marilyn y Kenneth fueron tan superficiales...

—No sea tonta —le reprochó Drake—. Kenneth se enamoró de ella como un colegial. Se estaba mordiendo las uñas hasta sangrar cuando parecía que la joven tenía pagado el viaje de ida a San Quintín sin retorno.

—Bien —bromeó Della—, no está mal que uno de sus agentes vaya una noche a ver la revista del hielo y se tome un descanso.

—No me importa —asintió Drake—, si Perry se digna contarme cómo lo logró.

—La huella del pulgar fue la prueba decisiva —explicó Mason.

—¿Cómo supiste que era la huella de Palmer y no la de Ralph? Creí que éste había demostrado que era suya.

—Palmer Endicott es muy astuto —empezó Mason—, no lo olvides. Aparentemente, fue él quien lo planeó todo. Por un instante, examinemos la evidencia:

»La estilográfica de Rose Keeling tenía una punta muy suave. De este modo sombreaba los rasgos de su firma, así como sombreó los trazos del cheque. Pero Ralph Endicott enseñó una copia al carbón de una carta que la joven escribió con pluma, dirigida a Marilyn Marlow. Su pluma de punta blanda no habría podido marcar tan bien la copia. Por tanto, la carta había sido escrita con bolígrafo. Naturalmente, ya sabes que para los bolígrafos se emplea una tinta distinta que para las estilográficas. Y la huella del dorso del cheque fue hecha con la tinta de un bolígrafo.

»Ralph aseguró que era su huella. Aparentemente, él había sido el único que había hablado con Marilyn. Palmer, según se suponía, ni la conocía.

»Ralph Endicott tenía una coartada perfecta. Por tanto, una vez quedase demostrado que la huella de Palmer era la que estaba en el cheque todo el caso se venía abajo.

»El significado de la huella no lo comprendí hasta que visité a los Endicott y Ralph me contó su versión de lo ocurrido, una mezcla de ficción y verdad, que los Endicott habían pergeñado bastante bien. Luego, me fijé en la huella y, naturalmente, Ralph tuvo que insistir en que era suya.

»Le pedí que demostrase tal aserto.

»Ralph Endicott no era muy veloz pensando. Y no hubiese sabido salir del mal paso. Probablemente, habría fingido una gran indignación ante mis dudas y me hubiera invitado a marcharme. Sin embargo, esto habría sido un subterfugio demasiado inocente.

»Palmer sí pensaba con rapidez. Al momento comprendió que la huella debía pertenecer a su pulgar derecho, por lo que le dio la pista a Ralph delante mismo de mis narices, de una manera tan astuta que me engañó por completo.

»Palmer Endicott insistió en que Ralph estampase sus huellas en una hoja de papel, y que me lo entregara a mí. Entonces, Palmer pasó a la habitación contigua a buscar tinta y papel. Regresó con ambas cosas y nos enseñó la hoja de papel de forma casual, para que viéramos que estaba en blanco. Pero, naturalmente, mientras sostenía la hoja, lo hacía con el índice y el pulgar de la mano derecha, habiéndose manchado dicho pulgar con tinta antes de coger el papel. Por tanto, cuando dejó la hoja sobre una mesita, ya había estampado la huella de su pulgar.

»No creo que Ralph lo comprendiera entonces, pero a fin de no dar un escándalo, fue hacia la mesita para estampar sus huellas, esperando que antes de entregarme el papel se le ocurriría algo que los salvase a todos.

»Cuando Ralph se inclinó sobre la mesita, no halló una hoja en blanco sino con la huella del pulgar de Palmer claramente estampada, e inmediatamente comprendió lo ocurrido. Entonces vio que estaba a salvo y procedió a imprimir las huellas de la mano derecha y las de la mano izquierda, exceptuando, naturalmente, la del pulgar derecho. Yo comparé aquellas huellas con la del cheque y, claro está, vi que la del cheque era idéntica a la del pulgar

derecho del papel. Mientras tanto, Palmer, con el pretexto de servir unas bebidas, se fue a un gabinete contiguo, donde pudo borrar las manchas de tinta de su pulgar.

—¡Caray, qué ladino! —se maravilló Paul Drake.

—Seguro que sí. Palmer Endicott es muy ladino. Tuvo que planear *ad libitum* toda la escena y lo hizo con una gracia y una rapidez asombrosas.

»Una vez se me ocurrió esta explicación —prosiguió el abogado —, lo demás fue fácil. Rose Keeling era enfermera, por lo que no era de suponer que tuviera una cuenta bancaria con un saldo de más de mil dólares. Pero si las declaraciones contenidas en aquella carta dirigida a Marilyn y las efectuadas por los Endicott eran ciertas, su cuenta bancaria habría debido arrojar un saldo excelente algún tiempo antes ya a la redacción de la carta.

—O sea que la carta era una falsificación —concluyó Della.

—No, los Endicott la sobornaron para que ella la escribiese. Y le entregaron mil dólares en billetes como recompensa. Naturalmente, los Endicott supusieron que Marilyn no haría pública la carta, por lo que no les importó que Rose Keeling empleara un bolígrafo, a fin de que la copia saliese incólume.

»Rose aceptó los mil dólares, escribió y firmó la carta, la envió por correo y fue al banco a depositar el dinero. Pero ya en cama, se arrepintió. Al día siguiente, muy de mañana, llamó a los Endicott advirtiéndoles que se retractaba de lo hecho y estaba dispuesta a devolver el dinero. Y fue entonces cuando firmó su sentencia de muerte.

»Ralph procedió a forjarse una coartada. Palmer fue a visitar a Rose. Indudablemente, habría preferido que Rose le hubiera devuelto los mil dólares en billetes, pero la joven insistió en darle un cheque, ya que había depositado la suma en el banco el día anterior.

—¿Pero por qué Palmer no destruyó el cheque? —se extrañó Drake.

—Porque los Endicott no podían permitirse el lujo de perder el dinero tan tontamente. La mente ingeniosa de Palmer ideó una historia que lo cubriría todo. Con ella, el cheque en lugar de ser una prueba contra ellos, sería la evidencia que incriminaría a Marilyn.

Pero un cheque no es bueno cuando el firmante ha muerto, y Palmer deseaba estar seguro de recobrar sus mil dólares. Por tanto, cuando salió del apartamento con el cheque, fue a ver a Ralph y éste lo llevó al banco. Una vez certificado el documento mercantil, Palmer planeó su vuelta al piso de la Keeling para asesinarla antes de que pudiera hablar con Marilyn y confesarle que la carta no era más que el resultado de un momento de debilidad.

»A Palmer le era necesario estar en contacto con Ralph, y que éste tuviera una coartada porque había que hacer creer que era Ralph el que había visto a Rose Keeling. Por tanto, Palmer hizo que Rose extendiese el cheque pagadero a Ralph. Era, por tanto, necesario que éste endosase personalmente el cheque y lo presentase al banco. En efecto, cuando Palmer fue en busca de Ralph, probablemente sacó su pluma y se la entregó a Ralph para que endosara debidamente el cheque, siendo entonces cuando su huella quedó impresa en el papel.

—¿Pero por qué Ralph no certificó simplemente el cheque? Hubiera podido utilizarlo como prueba y el hecho de estar certificado antes de la muerte de Rose le concedía todo su valor.

—Bien, Ralph fue al banco y el cheque quedó certificado, y sólo entonces Palmer se dirigió a matar a Rose. Aquí tuvo un fallo Palmer: en vez de llamar al timbre y convencer a Rose para que lo dejara entrar, halló la puerta abierta.

—¿Tal como la había dejado Dolores Caddo? —concluyó ella.

—Exacto. Dolores estuvo allí. Armó el escándalo. Roció con tinta de su estilográfica a Rose, le rompió la blusa, y la muchacha huyó al cuarto de baño. Luego, Dolores, contenta de sus dotes de actriz, se largó tranquilamente sin cerrar la puerta de la calle.

»Palmer la encontró, por tanto, abierta. La cerró, deslizóse por la escalera y halló a Rose en el baño. Se escondió a fin de poder apuñalarla tan pronto saliera de allí. Por entonces, sonó el teléfono. Era Della, en nombre mío. Esto no le interesaba a Palmer, puesto que el sonido podía atraer a la joven Rose, y entonces era fácil que se escabuliese. No le quedó otro remedio que ir al saloncito y descolgar el aparato sigilosamente. Luego, cuando Rose surgió del baño envuelta en su toalla, apareció Palmer. Probablemente, la muchacha trató de huir, pero Palmer le golpeó fuertemente el

cráneo con alguna porra. Acto seguido, la apuñaló, retiró el cuchillo y dejó el piso, cuidando de dejar la puerta de abajo entornada tal como la había encontrado.

—¿Y el cigarrillo consumido? —se interesó Della.

—Cuando Dolores Caddo visitó a Rose Keeling, ésta estaba fumando. Probablemente, acababa de encenderlo. Lo dejó caer al suelo cuando Dolores empezó a increparla y pelearse con ella. Y el cigarrillo se quedó en el suelo, consumiéndose lentamente.

»Más tarde, cuando Palmer entró, iba fumando un cigarro. Un fumador inveterado siempre necesita un cigarro para sus nervios cuando está a punto de realizar algo difícil. Pero cuando Palmer halló a Rose en el baño, comprendió que tenía una oportunidad de ocultarse y pensó que el olor del cigarro podía traicionarle, por lo que dejó caer el cigarro al suelo, probablemente aplastando la punta con el zapato, y arrojando el resto por la ventana, para que no le traicionara en absoluto.

Drake, que escuchaba atentamente, asintió con la cabeza.

—Bien —continuó Mason con la exposición de los hechos—, una vez obtenida la solución correcta, todas las pruebas encajan en su lugar. O, dicho de otro modo, cuando todas las piezas encajan entre sí, se obtiene la solución correcta.

—¿Y lo del anuncio de Marilyn? —preguntó el detective.

Mason se permitió una risita.

—Sé muy bien lo que ocurrió. Marilyn estaba casi segura de que los Endicott planeaban sobornar a Rose. Pero necesitaba una prueba. Y pensó que lo mejor era que Rose se enamorase de un chico guapo que, sin embargo, fuese leal con ella. Bien, una labor de mera aficionada. Hubiera debido acudir a un detective privado.

—Naturalmente, a mí, por ejemplo —rió Drake.

—Probablemente, lo tendrá todo solucionado ya para esta noche —reflexionó Mason—. Dile a Kenneth que tiene que salir para una misión de suma importancia. Pero no le digas cuál.

—Eres un cupido —sonrió Drake—. Piensas juntar a esos dos muchachos y además, proporcionarles un par de acompañantes.

—Esto demuestra que conozco el mundo, Paul. Esta noche, Della y yo nos olvidaremos de todos los asuntos judiciales. Nos sentiremos completamente libres y románticos.

Drake se levantó de repente.

—De acuerdo. Que os divirtáis. Mientras tanto, yo estaré sentadito en mi despacho, royendo mis uñas hasta los huesos.

—¿Haciendo qué? —preguntó Perry Mason.

—Bueno, en realidad, componiendo la cuenta de gastos contra Marilyn Marlow. Y no pienso ahorrarle nada. Al fin y al cabo, es una heredera.

—Pero ya no tan solitaria como antes —replicó Mason.



ERLE STANLEY GARDNER (17 de julio de 1889, Malden, Massachusetts - 11 de marzo de 1970). Fue un abogado y escritor estadounidense. Autor de novelas policíacas, que publicó bajo su propio nombre, y también usando los pseudónimos A. A. Fair, Kyle Corning, Charles M. Green, Carleton Kendrake, Charles J. Kenny, Les Tillray, y Robert Parr.

Sus novelas destacan por su acción y sus ingeniosas revelaciones legales transformando la vida de la abogacía en una apasionante profesión. Así nacieron más de cien relatos policíacos con la diferencia innovadora con relación a las historias de la época, de que sus protagonistas eran atrevidos e inteligentes abogados y no solamente policías y ladrones. La característica que hizo a Gardner

notorio en el medio, es que, a pesar de pertenecer al género policíaco, el héroe de sus novelas no era un policía ni un detective, sino un abogado o un fiscal.

Sin duda alguna su personaje más conocido fue Perry Mason, el cual apareció en más de ochenta novelas e historias cortas. Perry Mason no solo demostraba la inocencia de su cliente, sino que acababa desenmascarando al verdadero culpable. Mason siempre ganó los casos en los que intervino, excepto uno (El caso de la mecanógrafa aterrorizada).

Además de las novelas de Perry Mason, Gardner escribió bajo el pseudónimo A. A. Fair, varias novelas con los detectives Bertha Cool y Donald Lam; además de escribir una serie de novelas sobre el fiscal Doug Selby, y su enemigo Alphonse Baker Carr. En esta última serie, era evidente el contrapunto a la serie de Perry Mason, pues los papeles del investigador infalible y su eterno rival eran invertidos entre el fiscal y el abogado de las novelas.

Notas

[1] En conjunto, la firma significa «Yo estoy verde». (N. del T.) < <

[2] Black, en inglés, significa negro, y, como ya se ha dicho, Green, verde. (N. del T.) < <

[3] *Habeas corpus*: Mandamiento, cuyo nombre procede del latín: «tenemos el cuerpo». Es un auto del tribunal dirigido al director de la cárcel, o a otra persona que tenga a su cargo la custodia del acusado o sospechoso de un crimen, ordenándole conducir dicha persona al juzgado para que éste decida si debe o no continuar detenida. El Acta de Habeas Corpus de 1879 tuvo el efecto de que dicho mandamiento sirva para proteger la libertad individual y asegurar la rapidez en la tramitación del proceso. Sus estatutos son mantenidos por la Constitución de Estados Unidos, único país dónde se aplica este procedimiento legal. (N. del T.) < <